



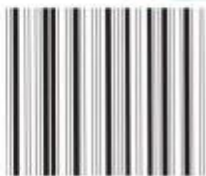
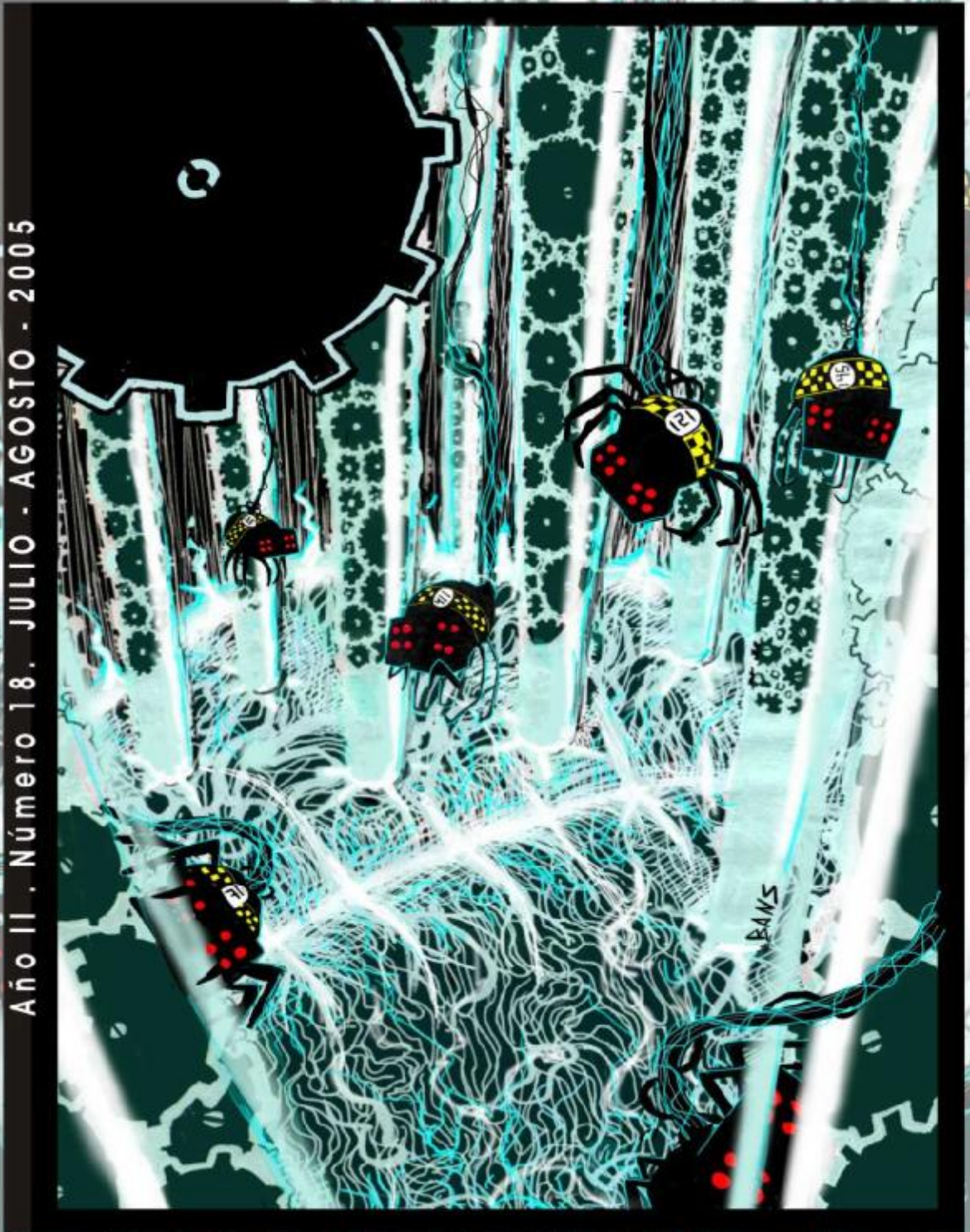
Alfa



ridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año II . Número 18. JULIO - AGOSTO - 2005



ISSN 1695-1859

© FERRÁN CLAVERO

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Ferran Clavero.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Guillermo Romano.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial:

Cuentos:

¿INTELIGENCIA NATURAL?

por Sergio Mars 3

EL ÚNICO

por José Vicente Ortuño 15

LA MÁQUINA

por Salvador Badía 33

O. A. OMNISCENCIA ARTIFICIAL

por Rafael Avendaño 53

MNEMÓNICO

por Sandra Bayona 76

YO DECIDO

por José Luis Mora 82

ULYSSES

por José Antonio Fuentes Sanz 97

Poesía:

LAMENTOS

por Antonio Mora Vélez 118

Portofolio:

FERRÁN CLAVERO 121

Artículos:

ASIMOV, UNA BIOGRAFÍA

por J. J. Arnau 122

EL COSMOS DESCONOCIDO

por Antonio Mora Vélez 127

LA MIEL DE LOS MUDOS Y OTROS CUENTOS TICOS DE CIENCIA-FICCIÓN

por José Joaquín Ramos 129

BATMAN BEGINS: LOS ÚLTIMOS SON LOS PRIMEROS

por Miguel Ángel López Muñoz 131

CRÍTICA DE *STAR WARS: LA VENGANZA DE LOS SITH*

por Víctor Conde 134

Noticias:

CONVOCATORIA AL PREMIO PLANETA 2005 137

PREMIO UPC DE CF 138

FALLECIÓ MAGDALENA MOUJÁN OTAÑO, ESCRITORA VASCO

ARGENTINA. 138

NECRONOMICÓN EN LÍNEA. 138

NOTICIAS LIBRO ANDRÓMEDA 139

NOTICIAS AEFCT 140

CONVOCATORIAS ALFA ERIDIANI 147

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Hola Amigos,
una vez más tienen la revista frente a sus ojos.

Al lanzar la idea de hacer un especial dedicado a las *Máquinas Pensantes*, no me imaginé que recibiría lo que tienen en sus manos. No por la calidad de los relatos sino por la temática desarrollada. Creí con inocencia, injustificable en mi 4ª década de vida, que recibiría relatos donde la máquina pensante sería una compañera de la humanidad en su camino hacia el futuro. Por máquina pensante, cabe aclararlo, me imaginaba relatos donde computadoras, androides o robots compartieran de igual a igual la gracia de la inteligencia y la creatividad inherentes al ser humano. En cambio la respuesta no ha podido ser más sorprendente para mí, repito. En este número tenemos máquinas con delirios mesiánicos, a veces justificados o no. Tales son los casos de los relatos de **José Vicente Ortuño** y **Antonio Mora**. Por otro lado, están los relatos de **Sergio Mars**, **Rafael Avendaño** y **Sandra Bayona** en donde la idea de máquinas pensantes nos ha sido devuelta desde otra óptica. Por último, **Salvador Badía** y **José Antonio Fuentes Sanz**, nos hacen ver que a la larga o a la corta toda máquina inteligente, tendrá ideas propias.

Bien mirado es bueno saber que no todos son tan idealistas como yo y que se aprovechan del buen y bien vivaz síndrome de Frankenstein que nos regaló **Mary Shelley**.

Tal vez por haber pasado mi adolescencia (y madurez) leyendo los cuentos de robots positrónicos de **Asimov** sostuve inconscientemente la igualdad, pero, pensando un rato, hay un cuento del Buen Doctor donde una computadora estropeada nos hace una advertencia velada sobre lo que podría ser el futuro, *CÓMO SE DIVERTÍAN* es la historia para quien quiera leerla. La idea la retoma Asimov en *SUEÑOS DE ROBOT* uno de sus últimos relatos de robots. A propósito, **Javier Arnau** nos ilustra con una corta biografía del Buen Doctor.

Antonio Mora nos deleita con un par de poesías donde hay también máquinas pensantes. Pero, para que vean que no todo es placer lúdico, también hay un artículo suyo que nos cuenta sobre los últimos descubrimientos de la cosmografía. Entre los artículos está la reseña de *LA MIEL DE LOS MUDOS Y OTROS CUENTOS TICOS DE CIENCIA-FICCIÓN* por **José Joaquín** y una de *BATMAN BEGINS* por **Miguel Ángel López Muñoz**. También incluimos una crítica de *Star Wars III: LA VENGANZA DE LOS SITH* de **Víctor Conde**.

Presentamos el portfolio de **Ferrán Clavero**, quien, dicho sea de paso ha ilustrado también algunos cuentos de este número.



No hemos olvidado la sección de noticias.

Confiamos que el presente número sea de su agrado.

Los editores

ESCRITORESCF es una lista de correo dedicada a aquellos que escriben relatos encuadrables en la literatura fantástica. Organizada como un taller literario a distancia, han pasado por sus filas autores de la talla de **Santiago Eximeno**. ¿Vas a dejar la oportunidad de apuntarte? Basta enviar un mensaje a escritorescf-subscribe@yahoogroups.com para suscribirse.

 **Golwen** Revista Literaria
Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.
<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>
Suscripción: golwen-alta@elistas.net



Cuentos

¿INTELIGENCIA NATURAL?

por Sergio Mars

Siempre se ha opuesto natural a artificial, como términos antagónicos en el que éste es invariablemente el resultado de la manipulación del hombre sobre aquél. Los investigadores del genoma humano y de su evolución nos ponen al alcance de la mano nuevos enfoques sobre el origen y evolución de la inteligencia. Sergio, investigador en genómica comparativa, nos propone una inquietante perspectiva para que razonemos sobre esta inmensa caja de Petri que llamamos Planeta Tierra.

— ¡Plasticidad! Eso es todo lo que hace falta, un poco de plasticidad.

David se retrepó en su butaca irradiando satisfacción. Paseó una mirada jovial por las dos filas de periodistas. Su buen humor era contagioso; no fueron pocos, bueno, pocas para ser exactos, quienes le correspondieron con una sonrisa. Finalmente, clavó la vista en la cámara que estaba grabando la presentación y repitió, componiendo su mejor expresión de afable sabiduría:

—Plasticidad.

Dejó pasar unos instantes en silencio, permitiendo que la exposición calase. De sus dos últimas ruedas de prensa había sacado nada menos que tres minutos en los telediarios y ello pese a no disponer todavía de resultados espectaculares que mostrar, sólo en base a promesas y carisma. Cuando juzgó instintivamente que estaba llegando al límite de su capacidad para atrapar la atención de su audiencia, rompió el hechizo con un suspiro con el punto justo de teatralidad.

—¿Alguna pregunta?

Varias manos se alzaron, requiriendo su atención. Sin embargo, escoger entre quienes le reclamaban era una tarea demasiado ingrata para que él la desempeñara, pues ineludiblemente se dejaba a más periodistas descontentos de los que se complacía. Así pues, fue Alberto, el director del departamento, quien dirigió la ronda de preguntas.

—A ver, por favor. Sonia.



Sonia era la corresponsal de uno de los principales periódicos, además de ser posiblemente la única en toda la sala con suficiente preparación técnica como para haber comprendido con aceptable exactitud lo que habían expuesto. Se trataba de la elección obvia para empezar con buen pie la nueva fase.

—Gracias, Alberto. Doctor Sánchez, ¿cuándo calculan que podrán disponer de un primer neurocomputador funcional?

—Umm, es una pregunta difícil de responder —contestó David—. Primero tendríamos que determinar a qué podríamos llamar neurocomputador. Por cierto, me gusta mucho ese término. A decir verdad, en cierta forma, ya disponemos de redes neuronales capaces de procesar información entrante para ofrecer un output específico, aunque aún no tenemos nada comparable con un Maccium de última generación. Claro que no es ése el objetivo que tenemos marcado.

Inevitablemente, la siguiente cuestión, lejos de ahondar en la viabilidad práctica a corto plazo de la investigación, siguió obedientemente el sendero trazado por David.

—¿Cuál es ese objetivo? —inquirió el enviado de la televisión local. Siempre se podía confiar en él para tener una ronda de preguntas sin sobresaltos.

—Veréis. Difícilmente podemos competir con la industria del silicio a la hora de diseñar ordenadores más rápidos, o más compactos, o más eficientes. Llevan décadas de ventaja sobre nosotros. No, lo que nos proponemos es replantar los cimientos mismos de la informática, abriendo caminos nuevos que nos permitan llegar más allá de donde jamás podríamos hacerlo con la fórmula actual. Eso simplemente.

La concurrencia rió complaciente la pequeña broma. Las ideas más descabelladas entran mejor con unas risas. David prosiguió:

—Vale, tal vez tenga que explicar esto un poco mejor. Veréis, aunque año tras año nos vienen diciendo eso de que por fin nos hemos topado con límites físicos infranqueables en el desarrollo de la electrónica —que si fenómenos cuánticos, que si fusión de los componentes microminiaturizados por el calor de las resistencias internas—, lo cierto es que cada vez tenemos ordenadores más potentes y veloces. Sin embargo, el que puedan llevar a cabo los procesos más rápido no implica ninguna mejora cualitativa respecto a lo que realmente son capaces de hacer.

Al igual que va postergándose indefinidamente el tropezar con el límite técnico, también va retrasándose la llegada de la inteligencia artificial. Os sorprenderíais de saber que ya llevamos un cuarto de siglo de retraso con respecto a las primeras predicciones. Y seguimos lejos de poder augurar de forma realista su llegada.



David se interrumpió para tomar un sorbo de la botellita de plástico que tenía sobre la mesa. No sólo quería asegurarse de que no le fallara la voz en aquel momento clave de la presentación, sino que se trataba de un gesto calculado para permitir que los periodistas se reubicaran en el nuevo marco conceptual que les proponía.

—Llevamos décadas tratando de emular procesos intelectuales en nuestras máquinas. Sin embargo, por muy rápido que sean capaces de calcular, eso es todo lo que conseguimos: una emulación, un artificio. Aunque muchos se empeñan en seguir empujando, el camino actual está agotado. Ningún nuevo algoritmo ni ninguna mejora cuantitativa nos permitirán superar esa barrera, pues se trata de una restricción impuesta por la propia estrategia empleada. Ahí, es donde entramos nosotros. Proponemos superarla empezando prácticamente de cero bajo un nuevo paradigma, el paradigma de la plasticidad que sólo los circuitos orgánicos pueden ofrecer.

Ya estaba dicho, ahora sólo faltaba que alguien pidiera un resumen de toda la media hora anterior y los tendría exactamente donde quería.

—Doctor Sánchez —intervino uno de los periodistas—, ¿podría ofrecernos una síntesis de su investigación a la luz de este objetivo?

—Por supuesto. Nuestro trabajo está encaminado a la obtención de circuitos vivos, neuronas interconectadas en una red flexible, capaz de generar nuevas conexiones de acuerdo con las necesidades específicas de cada problema. Podríamos decir, de forma burda, que buscamos un ordenador creativo. No será rápido, ni potente, al menos al principio, pero será inteligente.

Ajá, ahí estaba Sonia de nuevo, dispuesta a plantear la duda obvia. Ahora sólo faltaba que Enrique estuviera a la altura.

—Tenía entendido —comenzó la periodista— que precisamente se estaba trabajando en la ductilidad de los circuitos electrónicos, con el fin de simular la plasticidad de un sistema nervioso. ¿Cuál es pues la ventaja de tratar con un material de tan complejo manejo como una célula viva?

—Muy buena pregunta. La palabra clave es *simular*. Toda simulación es, por propia definición, una aproximación inexacta a aquello que imita. Nuestra intención no es simular la flexibilidad de los sistemas nerviosos, sino recrearla por completo. Para ello contamos con la colaboración del doctor Seguí, especialista en genética del sistema nervioso. Sus estudios sobre la proteómica del cerebro nos permiten abordar el problema desde una perspectiva tan innovadora que empiezo a plantearme si *Inteligencia Artificial* es el término apropiado para designar lo que estamos desarrollando; nuestro objetivo se haya mucho más próximo a una *Inteligencia Natural*. Pero tal vez sea preferible que él mismo les ofrezca la esencia de su investigación. ¿Doctor Seguí?



Con un ademán desplazó la atención de los asistentes hacia su compañero, que había permanecido en silencio desde que acabara la exposición técnica de sus experimentos. Al no iniciarse el discurso, se volvió en su dirección para ver qué pasaba. El científico parecía absorto en sus pensamientos, ajeno a la conferencia de prensa. David le llamó alzando la voz:

—¿Enrique?

—Eh. Sí, claro que sí —farfulló el aludido, retornando bruscamente a la realidad—. ¿Por dónde íbamos?

—La esencia de tu investigación —le recordó su compañero.

—Ah. —Enrique comenzó a desgranar de forma automática la exposición que tenía preparada—. Lo que buscamos es conocer a fondo la proteómica de la actividad cerebral, para actuar mediante agentes bioquímicos en el mantenimiento y la función de nuestros circuitos orgánicos. La bibliografía existente ya nos proporciona muy buenos datos sobre cuáles son los principales actores en procesos como la mielinización, la migración axónica o la plasticidad, así como sobre las neurotrofinas necesarias para la diferenciación de nuestras células pluriipotenciales siguiendo los patrones adecuados. Sin embargo, aún estamos lejos de comprender en detalle siquiera una minúscula parte del proceso. Mediante la integración de la información de miles de chips de expresión pretendemos hallar las proteínas neuroespecíficas que constituyen la clave para la función cerebral fina.

—Esto... gracias, Enrique. Bueno, básicamente lo que trataba de transmitirnos el doctor Seguí es que nuestra intención es conocer el contexto celular real en nuestros cerebros para reproducirlo con total exactitud. Es por ello que no acabo de sentirme cómodo aplicando la etiqueta de *Investigación en Inteligencia Artificial* a nuestro trabajo. Nuestros circuitos mantendrán más similitudes con un cerebro natural que con lo que hoy por hoy conocemos como cerebros electrónicos.

Tras estas palabras ya estaba proporcionada toda la información relevante. Aún hubo un par de preguntas intrascendentes más, pero nada que fuera a aparecer en la prensa o los telediarios del día siguiente.

Con unas últimas frases de agradecimiento, David despidió a los periodistas, emplazándolos para la presentación del primer neurocomputador. Sin embargo, apenas hubo abandonado el último de ellos la sala de conferencias, mudó su rostro, asumiendo una expresión preocupada. Se volvió hacia Enrique, que había actuado desde su intervención de forma distante y mecánica y se sentó a su lado, en una de las sillas plegables destinadas al público asistente a las charlas.



—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Se te ve hecho polvo. Hoy era importante ofrecer una buena imagen. Además, creía que habíamos ensayado todo esto. ¿No habíamos quedado en que nada de liarnos con explicaciones excesivamente técnicas.

—También habíamos quedado en que no nos mostraríamos sobreoptimistas con nuestras expectativas.

—¡Venga ya! No les he dicho nada que no sea estrictamente cierto.

—Ya, ¿y qué me dices de tu respuesta a lo que tardaríamos en disponer de un circuito funcional?

—No he faltado en ningún momento a la verdad.

—No, pero sabes perfectamente cómo interpretarán tus insinuaciones.

—¡Qué quieres que haga! Es parte del juego. Necesitamos financiación y quienes ponen la pasta quieren ver resultados, o al menos obtener algo de publicidad que justifique su inversión. Debemos prestarnos al juego. Tú y yo sabemos que estamos en el buen camino, pero prueba a explicarle a cualquiera de ellos que aún deberán pasar años hasta que obtengamos resultados palpables y verás cómo se olvidan de que existimos. La publicidad es necesaria, es parte del trato.

—Lo sé, lo sé. Mira, lo siento —reconoció Enrique—. La próxima vez colaboraré más.

Cayeron en un silencio tenso. Sobre sus cabezas se oía el zumbido del proyector refrigerándose antes de apagarse.

—Vamos, ¿qué ocurre? —inquirió finalmente David.

—¿Cómo?

—No sueles dar tu brazo a torcer con tanta facilidad. ¿Qué es lo que te preocupa?

Enrique pareció considerar durante unos instantes la conveniencia o no de sincerarse. Suspiró con cansancio y se pasó la mano por el rostro antes de contestar.

—Tiene que ver con eso que dijiste de la *Inteligencia Natural*. Se trata... de unos datos que han ido apareciendo recientemente. —Se lo pensó un poco más y, finalmente, añadió—: vamos a mi despacho. Te enseñaré mi libreta de laboratorio.



David asintió y ambos científicos se incorporaron. No hablaron de nada en todo el trayecto por el campus de camino hacia el edificio de investigación. Enrique inmerso en cavilaciones y David repasando todos los detalles de la rueda de prensa que acababan de conceder. Sacaron un par de cafés de la máquina del vestíbulo y subieron hasta el cuarto piso, donde ambos tenían sus despachos.

—**P**asa y siéntate, enseguida estoy contigo —le dijo Enrique a su compañero, antes de dirigirse a su laboratorio a recoger los datos que precisaba para su explicación.

Apenas tardó unos instantes, como si lo hubiera tenido todo dispuesto de antemano. Aun así, le había dado tiempo a David a formar en su mente el esbozo de una terrible sospecha. Sin dar ocasión a que el otro comenzara la exposición, preguntó:

—¿No habrá algún problema con los patrones de expresión que estamos usando, verdad?

—No, no —le tranquilizó Enrique—, es algo totalmente distinto. En principio no tiene por qué afectarnos en nada, al menos no de inmediato. Tenemos suficiente trabajo por delante para los próximos diez años sin necesidad de considerar lo que voy a mostrarte. Es sólo algo... que me preocupa.

Visiblemente más relajado, David alzó las cejas y gesticuló para indicar que estaba abierto a cualquier información que quisiera proporcionarle. Se arrellanó en su asiento. Su compañero no le imitó, sino que se quedó de pie, restregándose las manos, preguntándose cómo empezar.

—Muy bien —se decidió al fin—. Comencemos por el principio. Sabes que mi principal cometido ha sido identificar las proteínas cerebro específicas y determinar cuáles son sus patrones de expresión, para poder aplicar esta información a nuestros circuitos orgánicos. También sabes que mi equipo ha actuado por etapas, de acuerdo con las necesidades de cada fase del experimento. Primero identificando los factores tróficos y de diferenciación, luego los de mantenimiento y, finalmente, los disparadores de función: para fijar memorias, establecer y mantener las sinapsis, controlar los potenciales de acción y todo eso.

David se limitó a asentir con la cabeza, aguardando a que su compañero entrara de una vez en materia y dejara de explicarle un proyecto que se sabía de memoria.

—Bueno, toda la parte estadística está ya completa y lo que nos queda es bastante más lento, pues debemos estudiar la posible función de todas las proteínas que han aparecido, cuando muchas de ellas no son más que simples se-



cuencias de letras. Si no podemos obtener información por homología, tiene que ser a nivel experimental. Muchísimo trabajo, más en realidad del que tenemos capacidad para abordar. Sin embargo, aún no estaba satisfecho del todo con la exploración inicial, albergaba la sospecha de que nos dejábamos algo, así que volví sobre los chips de expresión y sobre los procedimientos empleados para filtrar la información.

Toda la última parte del discurso la había dado paseándose arriba y abajo por delante de David. Finalmente, se detuvo y tomó asiento, por el simple procedimiento de dejarse caer sobre su sillón, que crujió en protesta. Su café se enfriaba, olvidado en una esquina de la mesa.

—Resumiendo —exclamó, como si él mismo se hubiera cansado de tanto circunloquio—. Habíamos filtrado la información para obtener todo aquello que fuera neuroespecífico o que exhibiera un patrón claramente neuroespecífico, a partir de una muestra extraordinariamente heterogénea y es posible que hubiéramos sido demasiado estrictos. ¡Qué digo! ¡Seguro que lo fuimos! No teníamos otro remedio. El caso es que nuestro procedimiento nos hacía obviar como irrelevante cierto tipo de información: proteínas que se expresaban muy poco en neuronas pero que no lo hacían en absoluto en ningún otro tejido. En este caso, especialmente cuando la expresión se limitaba a unas condiciones o a unos momentos muy concretos, el protocolo de análisis desechara la información.

—¿Tan grave resulta eso? —intervino David—. Desde el primer momento asumimos que resultaba materialmente imposible afinar tanto y que deberíamos trabajar sólo con aquella información que pudiéramos interpretar de forma absolutamente inequívoca.

—No, no, era sólo una cuestión de refinar el trabajo. No debería tener mayor importancia. Son los resultados y lo que se podría derivar de ellos lo que me preocupa. Déjame continuar y te lo explicaré.

Su interlocutor se limitó a mover una mano, invitándole a proseguir.

—Bueno, el caso es que elaboramos todo un nuevo sistema de comprobación de datos y tratamiento de la información, lo que nos permitió identificar algo así como dos docenas de secuencias que respondían al perfil que he detallado antes. Son neuroespecíficas, pero al mismo tiempo con una expresión tan restringida que si no se va con cuidado pueden quedar camufladas por el ruido aleatorio de fondo. Después de examinarlas una a una, descubrimos que correspondían a apenas siete proteínas, algo totalmente normal, por otra parte. La sorpresa vino cuando fuimos incapaces de encontrar la menor relación filogenética para ninguna de ellas; ni siquiera encontramos sus homólogas en chimpancé. Son siete proteínas totalmente humano específicas, todas ellas además con expresión exclusiva en el cerebro.



—Pero eso... —exclamó David—. ¡Eso es magnífico! ¿Me estás diciendo que tal vez hayamos identificado los factores genéticos que marcan la diferencia en cuanto al desarrollo intelectual entre nosotros y el resto de animales.

—No sé si intelectual, pero sí que se trataría de un factor particular humano en el desarrollo del sistema nervioso central.

—¿Entonces a qué viene esa cara? ¡Es una noticia maravillosa! ¡Hace años que nadie es capaz de identificar ninguno! ¡Mierda! —maldijo—. Si lo hubiera sabido antes hubiéramos podido adelantarle en la conferencia. ¡No! ¿Qué digo? Primero tenemos que publicarlo. *Science*, *Nature*, cualquier revista nos quitaría de las manos un artículo al respecto.

Ajeno a sus muestras de júbilo, Enrique permanecía abatido en su asiento, mordiéndose los labios con expresión preocupada. Apercibiéndose de esta circunstancia, David moderó su júbilo y comenzó a preocuparse por dónde podría estar el truco.

—¿Qué ocurre con esas proteínas? —preguntó.

—Que no sé de dónde vienen —contestó Enrique.

David compuso una expresión de incompreensión y exclamó:

—¿Sólo eso? El que no puedas determinar cuál es su origen no quiere decir que se hayan materializado de la nada.

—No dispones de toda la información. Mira, dejemos de lado el que no presenten similitud alguna con ninguna proteína conocida, incluso el que no contengan ningún grupo funcional identificable. Podría argumentarse que han sufrido una tasa de evolución excepcionalmente alta, hasta el punto de enmascarar su origen. Sin embargo... —Enrique había estado pasando páginas en su libreta de laboratorio hasta encontrar determinada información. Entonces, giró el cuaderno para que David pudiera ver lo que había apuntado en él y le dijo—: Mira, aquí tienes la secuencia genómica que incluye a uno de los genes y a su entorno inmediato. No importa cuál, todos poseen una estructura similar.

David se inclinó sobre la hoja que le presentaba su compañero. Se trataba de una secuencia impresa, recortada y pegada sobre una página de la libreta. Era bastante simple, unas dos kilobases en un único exón, sin apenas extremos no traducidos. Había algo resaltado, ocupando aproximadamente trescientas pares de bases a ambos lados de la secuencia principal. Enrique había etiquetado estas dos cadenas como 5' y 3' LTR.

—¿Y esto? —acertó a preguntar.



—¿Qué es lo que recuerdas sobre retroelementos? —le interrogó a su vez Enrique.

—No mucho, la verdad —contestó David.

—Eso de ahí —comenzó a explicar Enrique, señalando una de las secuencias marcadas como LTR—, es la marca de inserción de un elemento transponible.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que ese gen, humano específico y cerebro específico, fue insertado en nuestro genoma evolutivamente hablando hace poco tiempo.

—¡Venga ya! No saques conclusiones apresuradas. Podría haber muchas explicaciones. No debe ser tan inhabitual que aparezcan genes entre marcas de inserción.

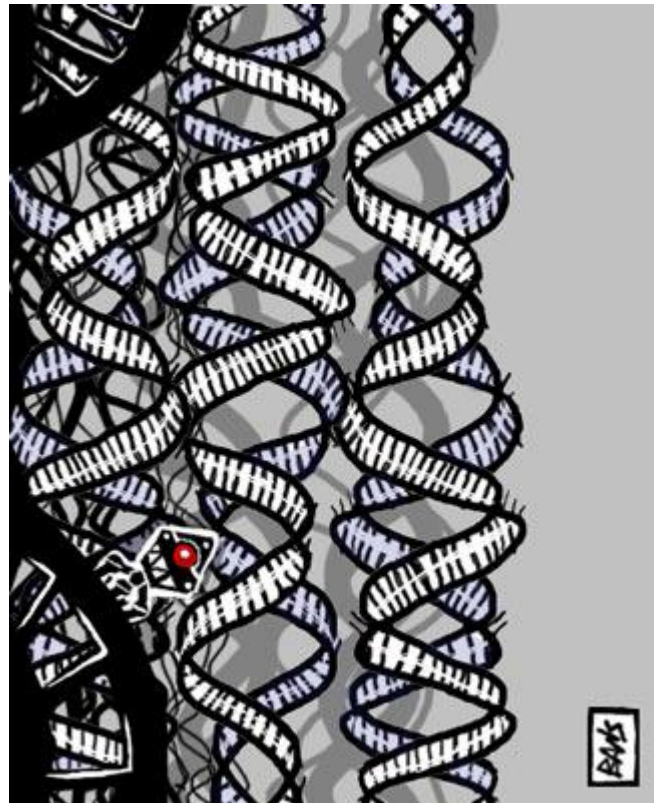
—Te he dicho que todos los genes que habíamos identificado poseían una estructura similar. Los siete están flanqueados por estas LTRs. ¡Por las mismas LTRs!

Enrique había alzado la voz hasta convertirla casi en un grito. También se había incorporado y se aferraba con manos crispadas a los bordes de la mesa. Su café, derribado, se extendía por el suelo, formando un charco viscoso.

—Siéntate y tranquilízate —le sugirió su compañero—. Venga, explícame todo esto con un poco más de calma.

Enrique volvió a dejarse caer sin fuerzas en su asiento. Apoyó los codos en la mesa y comenzó a hablar con un tono monocorde:

—La presencia de estas siete secuencias en el genoma humano se debe a sucesivos fenómenos de inserción. Por sí solas son totalmente inertes. Necesitan del auxilio de una pol, un gen con acción integrasa y retrotranscriptasa que les permita insertarse en la secuencia genética original. Algo así como lo que hace el virus del SIDA, aunque éste necesita además una proteasa... no sé





si ése será también el caso de nuestros siete genes. Lo único cierto es que las proteínas de la pol determinan de forma específica la secuencia de los LTRs, así que los siete han sido insertados mediante el mismo enzima que, por todo lo que sé, no sería capaz de movilizar nada más y que no debe formar parte del genoma humano, pues en dicho caso no hubiera permitido la estabilización de los genes que nos han llamado la atención.

Enrique se perdió en su divagación y David no se atrevió a molestarle. Al cabo de unos breves instantes prosiguió:

—Debido al mecanismo de copia, los dos LTRs son idénticos en el momento de la inserción. Así pues, es posible estimar cuánto hace de aquel evento comparando las diferencias existentes actualmente entre ambos. Esto nos da un rango de entre dos millones y pico y unos ciento veinte mil años, para nuestros siete casos, aplicando la indeterminación estadística correspondiente en cada caso. Ése, por ejemplo —dijo Enrique, señalando la secuencia de la libreta—, es el más antiguo, el de hace un poco más de dos millones de años. ¿Sabes qué ocurrió entonces?

David se limitó a negar con la cabeza, aunque su compañero ni siquiera le estaba mirando.

—Pues que apareció el género *Homo* —se contestó Enrique a sí mismo—. Más o menos por aquellas fechas un *Australopithecus* dio origen al primer *Homo habilis* o al primer *Homo rudolfensis*. También hay un par de inserciones que datan de algo así como un millón setecientos o un millón ochocientos mil años, que es más o menos cuando apareció el *Homo erectus*. La última, la de los ciento veinte mil años, aunque aquí el intervalo de confianza es demasiado amplio como para poder precisar nada, coincide de forma admirable con nuestra entrada en escena como especie.

»¿Comprendes ahora por qué me chocó tanto el que definieras nuestro trabajo como *Inteligencia Natural*? Es muy posible que tal cosa no exista. Si mi conclusión es acertada, el cerebro de nuestra especie ha sido ajustado paso a paso, mediante la inclusión en nuestro genoma de los genes apropiados en unos momentos concretos, hasta alcanzar su estado actual. Toda inteligencia sería artificial.

Se calló por fin. Después de haber soltado todo lo que tenía dentro se sentía vacío. Frente a él, David pasaba pensativo las hojas de la libreta, sin estudiar realmente los datos, simplemente pensando.

—Podría haber otras interpretaciones. Además, esa hipótesis deja sin explicar muchas cuestiones —dijo finalmente—. Por ejemplo, el paso de un género de homínidos a otro no se debe exclusivamente a cambios en el desarrollo cerebral. ¿Cómo se ajustaría eso a tu teoría?



Tras una breve pausa, más por reunir fuerzas que para pensar la respuesta, Enrique argumentó:

—Hemos identificado estos siete genes por su especificidad de expresión en el sistema nervioso central. No hay nada que impida el que haya otros que puedan haber sido también insertados de igual forma. Hasta que no los ves en grupo es difícil percibir el patrón común. De todas formas, no creo que sea una cuestión de introducirlos sin más y esperar que cumplan su función. Posiblemente requieran de una preadaptación, de que se den determinadas circunstancias favorables. Además, podrían ser los únicos genes realmente necesarios. Podrían servir de impulso para adquirir la única habilidad que no puede desarrollarse por sí sola.

—¿Y los perros? —insistió David—. ¿Qué me dices de los perros? O los delfines. No negarás que ambas especies muestran cierto grado de inteligencia.

—Claro, pero se me ocurren dos posibles explicaciones. La primera de ellas, que se beneficien de inserciones previas a la divergencia de nuestras dos ramas evolutivas. Aunque lo que me parece más probable es que nosotros no constituamos el único experimento, sino sólo el más exitoso... o no. ¿Cómo determinar cuál es el objetivo final de estas manipulaciones?

—Sí, supongo que ésa es la pregunta clave, cuál es el objetivo —murmuró David entre dientes.

—Entonces... ¿me crees?

—Bueno, tendría que repasar los datos y dedicarle unas cuantas horas a la cuestión, pero así, de repente, no puedo encontrar agujeros en tu argumentación.

—Aún quedan en pie muchas incógnitas —dijo Enrique emocionándose—. Me niego a creer que toda nuestra evolución no haya sido más que parte de un plan para convertir a unos simples animales en una especie de máquinas pensantes. ¿Cómo podría sacarse provecho de ello?

—No le des más vueltas ahora. No estás en buenas condiciones. ¿Hace cuánto que no duermes?

Enrique cerró los ojos tratando de hacer memoria.

—No sé, treinta o cuarenta horas.

—Entonces lo mejor que puedes hacer es consultar todas estas dudas con la almohada. Yo me quedaré estudiando estos resultados. Tú vete a casa y acuéstate. Mañana por la tarde vuelves y nos ponemos a diseñar los experi-



mentos necesarios para determinar el alcance de esta historia que habéis des-tapado.

Enrique asintió en silencio y apoyó una mano en el hombro de su colega, en señal de agradecimiento por su comprensión.

El científico se encontraba realmente agotado. Estuvo a punto de pasar de largo su parada dando cabezadas en el asiento del tranvía. Cuando llegó a su casa no perdió el tiempo en prepararse nada de comer. No tenía hambre, sólo quería tenderse en la cama y olvidarse por unas horas de todas sus preocupaciones.

Como suele ocurrir en estos casos, tardó un buen rato en poder conciliar el sueño y cuando lo logró fue un duermevela ligero durante muchos minutos. A pesar de todo, poco a poco, fue cayendo en un sueño más profundo y reparador. Súbitamente, las neuronas de su cerebro comenzaron a excitarse, su respiración y su ritmo cardiaco se volvieron irregulares y sus ojos empezaron a moverse rápidamente tras sus párpados cerrados.

A lo largo de la noche experimentaría otras cuatro fases de sueño REM, totalizando unos ciento seis minutos. Tampoco era nada de lo que preocuparse. Toda aquella actividad cerebral no dejaría huella alguna en su memoria, apenas unos sueños confusos que se fundirían en el olvido con las primeras luces de la mañana.

© Sergio Mars

SERGIO MARS (Valencia, 1976) Biólogo, actualmente adscrito al departamento de genética de la Universidad de Valencia, terminando una tesis doctoral sobre la genómica evolutiva asociada a la enfermedad de Parkinson. Apasionado del hard y con una cierta vena sádica, no es de extrañarse que nos brindara un relato como el de arriba. Sus primeros cuentos son de hace unos tres años y aparecieron en Axxón y en Los Manuscritos Perdidos, aunque después vino un largo período de total sequía, roto apenas por un artículo en el libro Memoria de la novela popular: Homenaje a la colección Luchadores del Espacio. Nos cuenta que este año se ha planteado un retorno y ya ha tenido sus frutos puesto que le publicarán cuentos en Necronomicón 8, en Qliphoth y en Visiones 2005, además del que tienen ustedes en sus manos.



EL ÚNICO

por José Vicente Ortuño

La arqueología ha estado rodeada de un aura de romanticismo, aventura y peligro desde que Lord Carnarvon abriera junto con Howard Carter la tumba de Tutankamon. Más recientemente, la saga de Indiana Jones aportó lo suyo a la creencia popular. ¿Qué clase de tesoros olvidados en planetas ignotos nos encontraremos en el futuro? En este cuento se da una vuelta de rosca al más popular de los mitos religiosos de los últimos veinte siglos.

El supervisor Sánchez la miraba como si estuviese viendo un espécimen de laboratorio especialmente repugnante. Era un hombre robusto de rostro ancho y anguloso con una sola ceja negra que ensombrecía sus ojos azules, capaces de fulminar al primer incauto que fuera capaz de subestimarlos. Una espesa melena leonada de pelo gris, le caía sobre sus anchos hombros. El conjunto le daba un aspecto muy amenazador, especialmente para sus subordinados.

La doctora Verónica Corona, especialista en arqueoingeniería de la Corporación de Comercio del Imperio Galáctico, permanecía sentada frente a él erguida y muy seria. Su cabello largo y negro, recogido en un moño, le hacía aparentar más edad de la que realmente tenía y enmarcaba su cara ovalada de tez morena, en la que resaltaban unos grandes ojos negros que reflejaban su carácter serio y una gran inteligencia. Esperaba alguna reacción del supervisor al informe que le había enviado, pero pasaban los segundos y la única reacción que veía era la mirada taladrante y un ligero temblor en el labio superior, pero la arqueóloga no sabía discernir su significado.

—¿Qué todavía no ha averiguado nada? —dijo al fin el supervisor con los dientes apretados, por lo que la frase sonó como un gruñido siseante— ¿Y además pide más tiempo? ¿Se ha pensado usted que está aquí para malgastar el tiempo y el dinero de la compañía?

—Supervisor —respondió la doctora Corona—, ya le he dicho lo que he averiguado: El Gran Salón, como le bautizaron sus hombres, tiene forma de pirámide, mide cien metros de alto por ciento cincuenta y siete metros de base. El artefacto es una esfera plateada de diez metros de diámetro que, de momento, descansa en el suelo justo bajo el vértice.

—¿Pero sabe para qué diablos sirve? —gruñó el supervisor.

La arqueóloga pensó que el hombre no se había molestado en leer su informe, en caso contrario no la escucharía repetir lo mismo que ya debía de haber leído. Algo más animada continuó.



—Ya sabe que cuando los prospectores hallaron la gran cámara piramidal, a doscientos metros de profundidad, comprobaron que estaba rodeada de un laberinto de galerías que la unen con casi un millar de estancias menores totalmente vacías.

La arqueóloga hizo un alto para tomar aire y lo aprovechó para estudiar la expresión de su interlocutor. Estaba cada vez más claro que el supervisor Sánchez no había leído ni una sola palabra de los informes que le había enviado.

—Basándome en las mediciones y cálculos que he realizado desde que llegué —continuó antes de que el supervisor la interrumpiera—, creo que se trata de una especie de laboratorio.

—¿Laboratorio de qué? —dijo Sánchez.

—Lo ignoro todavía, pero según parece es muy antiguo —continuó la arqueóloga—, entre treinta mil y cuarenta mil años estándar, según mis cálculos.

—¿Ha encontrado más artefactos? —preguntó el supervisor mostrando escaso interés por lo que le estaba contando la arqueóloga.

—Desgraciadamente no, supervisor —respondió la doctora Corona—, sólo la esfera.

El supervisor levantó un índice amenazador, pero la arqueóloga se le adelantó:

—Pero sé lo que es.

—Me importan tres rábanos klachianos lo que usted crea que es esa maldita máquina —ladró el supervisor Sánchez—, lo que me importa es cuándo podremos comenzar a extraer el mineral de esa condenada roca donde se encuentra.

—Ya sé que el valor arqueológico no tiene importancia para la CorCom —respondió la doctora—, pero yo sugeriría estudiarlo más a fondo, tal vez podamos activar la máquina de nuevo.

—¡Pero qué se ha creído usted! —bramó el supervisor golpeando la mesa con ambas manos—. ¡El gerente del sector me está pateando el culo todos los días pidiendo resultados!

—Pero las minas de litiosita están produciendo —intervino la arqueóloga, intimidada, con un hilo de voz.

—¡Al diablo las minas de litiosita! —rugió el supervisor dando un puñetazo en la mesa y añadió luego bajando la voz en tono amenazante—. El tiempo es



dinero, el equipo es dinero, el personal es dinero, incluso a usted se le paga; aunque no sé por qué. Si no hay beneficios no hay nada —soltando un bufido exclamó—: ¡Esa roca está llena de la tripiromagnitolita más pura que hemos encontrado en este sector! ¿Sabe usted lo que eso significa?

—Sí supervisor... —inició la doctora.

—¡No tiene usted ni idea de lo que vale ese mineral! —la interrumpió cada vez más congestionado—. Si no estuviésemos perdiendo el tiempo...

La arqueóloga conocía al supervisor Sánchez desde que fue contratada por la CorCom, habiendo coincidido con él en varias ocasiones, pero siempre la sorprendía superándose a sí mismo con su tozudez y mal genio. Tenía que conseguir algún tiempo más para estudiar la máquina o al menos conseguir que la preservaran.

—... de todos los demonios! —continuaba el supervisor con su perorata—. Voy a darle una semana más, pero no piense que voy a permitir que siga jugando con ese montón de chatarra y haciendo perder dinero eternamente a la CorCom.

—Gracias supervisor —dijo la arqueóloga levantándose como impulsada por un muelle—, vuelvo al trabajo. ¡Ah, por cierto! No se lo había terminado de decir, pero creo que esa esfera en la pirámide es un ordenador.

El supervisor se puso colorado y comenzó a levantarse lentamente. Verónica Corona salió del despacho tan rápido como pudo, antes de que el supervisor alargase su bronca por toda la eternidad. Se colocó el chaquetón y la máscara protectora y salió del barracón de oficinas del campamento minero. En la puerta le esperaba el vehículo terrestre que le habían asignado: un destartalado furgón impulsado por energía solar que, a juzgar por el estado de la parte trasera, probablemente había sido utilizado para llevar la basura del campamento antes de prestárselo a ella. Bajo el sol abrasador que cocía el planeta, la arqueoingeniera condujo el vehículo por el camino polvoriento, entre dunas y rocas erosionadas, que unía el campamento minero con la explotación de litiosita. A mitad de camino lo abandonó y siguió las rodadas que ella misma había ido dejando en sus idas y venidas desde el campamento. Detuvo el vehículo a la entrada del complejo de cavernas donde se encontraba la máquina. Sin detenerse entró y activó la iluminación. Descendió por el laberinto de pasillos hasta los trescientos metros bajo tierra, al nivel de la base de la pirámide. Afortunadamente contaba con un pequeño vehículo eléctrico, apenas una carretilla de transporte, que le ahorraba el esfuerzo de hacer a pie el largo camino hasta el Gran Salón, y muy especialmente la dura subida desde las profundidades.

La cámara había sido descubierta tres meses antes, durante una prospección en busca de minerales. Era un planeta desierto en la periferia de la galaxia. La atmósfera era respirable, aunque cargada de polvo en suspensión que



les obligaba a llevar siempre máscaras filtrantes en sus salidas al exterior, lo que, a pesar de todo, era una ventaja para la compañía minera, ya que extraer mineral en una atmósfera hostil requería una tremenda cantidad de recursos, más incluso que hacerlo en el vacío. El planeta en sí mismo era una *inmensa bola de polvo* –como solían decir los mineros espaciales–, tan desgastada por la erosión que prácticamente carecía de relieve, pero su corteza contenía algunos elementos valiosos, los suficientes para dedicar recursos materiales, humanos y no-humanos a extraerlos. Pero lo más sorprendente fue el hallazgo de la antigua red de cavernas, bajo lo que en tiempos remotos tuvo que ser una imponente cordillera, y que, gracias a la erosión, se había visto reducida a pequeñas colinas rocosas que apenas sobresalían entre las dunas.

Dentro de la caverna –por llamar de alguna manera a aquel lugar–, la temperatura era bastante agradable, por lo que la arqueóloga de despojó de su ropa de superficie y se puso un mono blanco para trabajos de laboratorio. En pie frente a la mesa que contenía todo su equipo –colocada junto a uno de los accesos a la sala–, observó durante un rato la pantalla de su ordenador personal. Las lecturas de los sensores, distribuidos por todo el complejo, mostraban indicios de algún tipo de energía, pero no lograba localizar su procedencia.

Era la primera vez que se encontraba con una máquina de miles de años de antigüedad. Si hubiese trabajado para la administración imperial, posiblemente la caverna se encontraría llena de vetustos científicos dándose codazos –y ella solamente trayéndoles el café–, pero la CorCom sólo buscaba recursos rentables económicamente y los descubrimientos científicos y arqueológicos quedaban en un segundo o tercer plano. Si no podían ser explotados tal vez fuesen vendidos a algún museo u olvidados en algún almacén. La doctora Corona era una de las más brillantes expertas en arqueoingeniería de su generación, pero dada la ruda competencia que había entre los científicos *oficiales*, la única manera de trabajar era para una compañía independiente, aunque los descubrimientos quedasen como propiedad de la empresa, recibiendo a duras penas el reconocimiento que debían. Pero a ella eso no le importaba demasiado, todavía tenía mucha carrera por delante y, mientras tanto, iba adquiriendo mucha experiencia y excelentes contactos.

Cogió su ordenador portátil y fue repasando lo que ya sabía de la antigua máquina mientras paseaba alrededor de la esfera metálica. La pantalla le fue mostrando series de medidas y lecturas de sensores. Nada parecía tener sentido.

—¡Despierta máquina, maldita seas! —le gritó la arqueóloga a la esfera metálica en un arranque de ira.

El artefacto no respondió, como era de esperar, aunque la arqueóloga tenía la sensación de que el antiguo artefacto la podía oír. Si se trataba de un antiguo ordenador, como ella pensaba, tendría que haber una forma de poder co-



municarse con él. Súbitamente un persistente picor de nariz le produjo ganas de estornudar y por reflejo apartó la cara a un lado al hacerlo. Cuando se recuperó del potente estornudo, que la había dejado un poco mareada, vio que había salpicaduras de saliva en la superficie de la esfera metálica.

Vaya, qué falta de respeto —pensó la arqueóloga riendo—, tengo que limpiarlo.

Pero antes de poder sacar un pañuelo del bolsillo, la esfera empezó a emitir un zumbido y, muy lentamente, se fue elevando. Pasmada fue reculando conforme la esfera se alzaba, hasta que tropezó con la mesa llena de instrumental. Más tarde Verónica Corona agradeció que no hubiese nadie con ella en esos momentos, no hubiese podido soportar que la viesen con la cara de idiota que puso cuando la esfera comenzó a flotar. Al fin la antigua máquina quedó suspendida en el aire a quince metros de altura. Inesperadamente un zumbido hizo vibrar el aire de la gran sala. La arqueóloga, desconcertada, revisó las lecturas de los instrumentos en su ordenador personal: nada había cambiado. El zumbido aumentó de volumen y varios indicadores bailaron enloquecidos en la pantalla.

Súbitamente una voz poderosa que provenía de la esfera atronó en la caverna. La arqueóloga no comprendió el idioma, pero le pareció humano.

—¿Perdón? —dijo en voz alta—. No comprendo lo que me dice.

Miró la pantalla del ordenador que sostenía en sus manos. Alguien parecía estar accediendo a él. La doctora Corona hacía saltar su mirada fascinada de la pantalla a la esfera, que comenzó a emitir un tenue brillo multicolor que onduló sobre su superficie. La arqueóloga sintió un cosquilleo por todo su cuerpo que la hizo estremecer. Unos instantes después la voz sonó de nuevo.

—¡Mujer, póstrate ante tu Dios!

—¿Qué? —dijo la arqueóloga perpleja.

—Póstrate o serás fulminada por la ira del Único —contestó la máquina.

—Perdón, no comprendo bien —carraspeó—. ¿Has dicho dios? —interrogó confusa.

—No, mujer, he dicho: *Dios* —asombrosamente pareció pronunciar la mayúscula y la palabra reverberó en el aire durante unos instantes.

—Eres una máquina, un ordenador, una máquina de calcular... —comenzó a decir la arqueóloga un poco asustada.



Un fogonazo cegador brilló y un tremendo estampido reverberó en la bóveda.

—Impresionante —dijo la doctora Corona realmente aterrada—, truenos y relámpagos; muy impresionante, sí.

La arqueóloga, había examinado cuidadosamente la sala y pensaba que el ordenador no podía causarle daño, pero ya no estaba tan segura de ello después de esa demostración.

—Inclínate ante tu Dios —insistió la máquina—, o siente la ira del Único.

—Vale, vale, no te enfades —respondió la arqueóloga manteniendo a duras penas el control de si misma y refrenando las ganas de salir corriendo aterrada.

Observó de nuevo las lecturas de sus instrumentos. No parecía haber indicios de... ¿De qué? ¿Qué es lo que debía buscar? Qué ella supiera, era la primera vez que alguien se enfrentaba a una máquina inteligente de más de treinta mil años.

—Habla mejor si no estoy tirada por los suelos —continuó—. ¿No te parece?

Un rayo brotó de lo más alto de la pirámide cayendo frente a la ella. Quedó deslumbrada unos instantes y notó como la electricidad estática le erizaba el pelo. Al recuperar la visión vio que una planta espinosa, sin consumirse ni emitir calor ni humo, ardía frente a ella.

—Impresionante de verdad —comentó emocionada tragando saliva—. Pero creo que deberías relajarte un poco, tus circuitos pueden sobrecargarse...

—El Único y Poderoso Dios no se sobrecarga —interrumpió la voz atronadora—. Dime mujer, ¿dónde están mis elegidos?

—¿Elegidos? —preguntó cautelosamente—. No sé a qué te refieres.

—No noto su presencia —replicó la máquina—. ¿Dónde están los demás?

—Creo que lo mejor será que charlemos tranquilamente —continuó la arqueóloga—. ¿Quién te construyó?

—El Único y Poderoso Dios es eterno, no ha sido construido por nadie —respondió la máquina—. El Único es el principio y el fin de todo.

Esto va a resultar más difícil de lo que esperaba —pensó la arqueóloga. Había leído sobre ordenadores antiguos, aunque no tanto como este, a los que se les había *subido la programación a la cabeza*, pero esto era ridículo.



—Por favor, Único y Poderoso Dios —insistió cautamente—, ¿puedes iluminar mi patética ignorancia con tu inmensa sabiduría y contarme como llegaste hasta aquí?

—En el principio Dios creó los cielos y la tierra. Pero todo era oscuridad. Luego quiso que hubiese luz, y la luz se hizo...

—Bien, pero antes de eso alguien tuvo que crearte —insistió la arqueóloga.

—Nadie ha construido al Único. Dios es eterno —repitió de nuevo la computadora alienígena.

—Sí, ya me lo has dicho, pero por favor, continúa tu relato.

—Si me sigues interrumpiendo se te acabará el tiempo, mujer —continuó el ordenador—, te recuerdo que no eres eterna como tu Creador.

—¿Creador? —Verónica Corona abrió los ojos como platos—. ¿Tú eres mi creador?

—Sí, mujer, lo he comprobado mediante los fluidos que depositaste sobre mí.

—¿Fluidos? —la arqueóloga no sabía a lo que se refería, hasta que de pronto recordó—. ¡Sí, ya recuerdo, fue el estornudo!

—Correcto mujer —dijo el ordenador—. Veo con satisfacción que, desde que creé a la mujer como ayudante y complemento del hombre, ha habido algunos cambios.

—No entiendo —dijo la arqueóloga—, ¿qué cambios? ¿Complemento?

—¿Dónde está el hombre al que perteneces? —dijo la máquina.

—¿Qué pe...? ¿Hombre...? ¿Pertenezco? —balbuceó perpleja.

CorCom –Campamento 001– PJX1958
MENSAJE DE CORREO INTERNO
Fecha: 6258-8-15
DE: Dra. A.I. Verónica Corona
PARA: Supervisor Edmundo Sánchez
ASUNTO: Máquina alienígena.



Señor supervisor, paso a relacionar los descubrimientos que sobre la máquina alienígena he hecho desde mi anterior informe:

La máquina, tal como yo me esperaba, ha resultado ser un antiguo ordenador. Se activó cuando le estornudé encima (no se ría por favor). En cuestión de segundos leyó el contenido de mi ordenador personal, aprendió el galáctico estándar y comenzó a hablarme. Analizó el ADN de la saliva de mi estornudo y descubrió que soy descendiente de una raza de humanoides que Él creó.

Todavía no he conseguido sacarle ninguna información demasiado útil. Se empeña, con un lenguaje muy florido, en narrar elaboradas leyendas que algún programador chiflado le introdujo cuando lo programaron. Entre toda la verbosidad, he deducido que, algunos miles de años atrás, alguien programó al *Único y Poderoso Dios* –como él mismo se denomina–, para realizar un experimento biológico. Lo instalaron en un planeta con un enorme potencial para el desarrollo de vida y lo dejaron solo para cumplir la función de dios.

El ordenador terraformó el planeta con herramientas sofisticadas que parecen haber desaparecido. Al menos no se han encontrado ni rastro de ellas. Tampoco hay rastro de su experimento, aunque él insiste en que es el creador del hombre (y la mujer, claro).

Seguiré informándole.

Atentamente

Dra. V. Corona.

La arqueóloga, sentada frente a la mesa con su instrumental, seguía escuchando y tomando notas en su ordenador. Había estado cotejando la base de datos galáctica y, curiosamente, lo que relataba el antiguo artefacto coincidía con una de las antiguas leyendas sobre la formación del universo y la creación de la vida. No hubiese sido extraño que alguien hubiese programado la máquina con ese mito. Pero lo que realmente le llamaba la atención era que, tanto la máquina como las instalaciones donde se hallaba, habían sido construidas cuando la humanidad todavía vivía en cavernas y por lo tanto no podía haber ningún ser humano para programarla. Pero, fuera quien fuese la raza alienígena que la había construido, no había dejado ningún rastro.

—...y guié al pueblo elegido hacia la Tierra Prometida —continuaba la máquina—, donde la miel manaba como el agua.



—¿Dónde estaba esa Tierra? —exclamó de pronto la arqueóloga poniéndose en pie e interrumpiendo la narración.

El ordenador se detuvo produciendo un trueno y un relámpago.

—A ver si lo he entendido bien —dijo ella—: Tú creador te programó para realizar un experimento genético.

—Creé al Pueblo Elegido por mi divina voluntad, te repito que no fui programado por nadie. El Único es el principio y el fin del universo.

—Es evidente que no pudiste construirte a ti mismo, pero ya discutiremos eso en otro momento, lo importante es que desarrollaste una especie biológica, la ayudaste a evolucionar y la llevaste a otro planeta, ya que en éste no hay indicios de vida.

—Correcto mujer. El sol de este sistema entró en una fase de inestabilidad que pronto iba a hacer inhabitable su superficie. El calentamiento global fundió los casquetes polares y el agua inundó la mayor parte de las zonas habitadas. Conseguí salvar a la mayoría de la población haciéndoles construir grandes naves flotantes. Se volvieron a establecer en tierra firme, pero el clima siguió cambiando y poco a poco el planeta se fue desertificando. La única solución era llevarlos a otro mundo, por lo tanto construí una gran arca y los envié a la Tierra Prometida.

—¿Tenías medios para construir una nave espacial?

—Afirmativo. Había ángeles y sirvientes que elaboraban todo lo que yo quería.

—¿Y dónde están ahora esos ángeles?

—Lo ignoro he perdido el contacto con todo lo que sucede fuera de este recinto.

—Volviendo a tu Pueblo Elegido —retomó el tema la arqueóloga—, ¿tenían ellos el control de la nave que los transportaba?

—Negativo. Todavía estaban muy atrasados culturalmente, por lo que dentro de la nave recreé con hologramas una larga travesía por el desierto, al que ya estaban acostumbrados por su vida en este planeta.

—¿No es eso un poco cruel? —preguntó la doctora Corona cada vez más confusa.

—Durante todo ese tiempo les fui suministrado todo lo necesario para su subsistencia, no había diferencia con la vida que llevaban desde varias generaciones atrás.



—¿Te comunicabas con ellos? —preguntó la investigadora.

—Afirmativo. Les proporcioné un dispositivo de comunicación, lo que ellos llamaban Arca de la Alianza —afirmó el ordenador—, con el que mantenía el contacto con sus líderes.

—Pero, sin embargo, perdiste el contacto con ellos —dedujo la arqueóloga—. Eso no lo habías previsto.

—Posiblemente el arca quedó destruida de alguna forma —replicó la máquina—. Durante siglos intenté contactar de nuevo pero, aunque envié algunos de mis sirvientes, no conseguí reanudar el contacto. Al perder el contacto con su Dios se tuvieron que desviar del camino que tenían marcado. Más tarde mis sirvientes desaparecieron y mis ángeles me abandonaron. Quedé aislado hasta ahora.

—¿Podrías decirme donde está esa Tierra Prometida? —interrogó excitada la arqueóloga.

—Puedo mostrarte donde estaba la última vez que contacté. Como ya te he dicho no puedo ver nada fuera de esta sala.

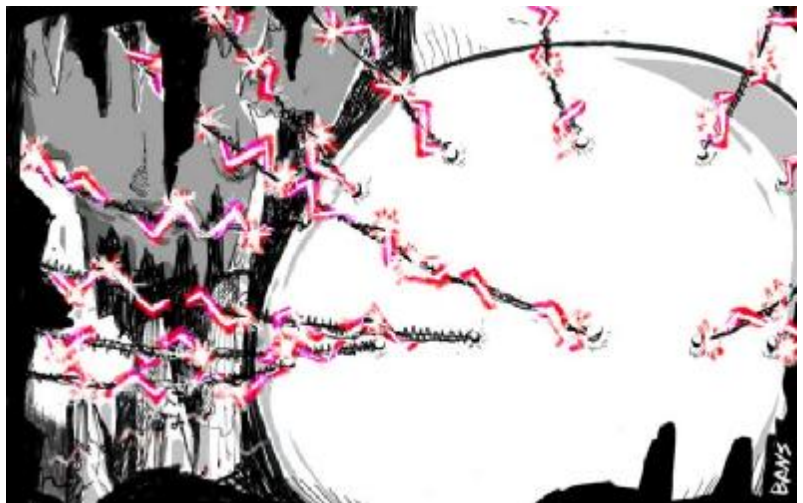
Un holograma de la galaxia apareció frente a la arqueóloga. Lentamente la imagen se fue ampliando hasta que mostró un sector en el que se distinguía un pequeño sol amarillo rodeado de planetas. La arqueóloga comparó los datos en su ordenador personal y emitió un largo silbido.

—¡Por todos los agujeros negros! —exclamó—. ¡Han transcurrido más de treinta mil años!

—Treinta y cinco mil seiscientos cuarenta y seis exactamente —puntualizó el Único—, si los datos de tu pequeña máquina de calcular son correctos.

—¡Rayos! —la exclamación de la arqueóloga fue seguida de la descarga de varios rayos con sus respectivos truenos—. ¡Vale, para ya con tantos rayos y truenos!

—Pensé que querías rayos —dijo el ordenador.





—Era sólo una exclamación —continuó—. Ese planeta que señalas ¿seguro que es la Tierra Prometida?

—Afirmativo, el Único nunca se equivoca —afirmó el artefacto.

—¿Habían habitantes humanos en ese planeta? —siguió preguntando la doctora.

—Antes de la llegada del arca había seres antropomorfos, evolutivamente atrofiados, que se estaban extinguiendo.

—Entonces, los habitantes de ese mundo deben ser descendientes del Pueblo Elegido, como tú los llamas —afirmó la arqueóloga.

—Así debería ser —confirmó el ordenador—, y tú descienes de ellos.

—Sí —respondió ella—, toda la humanidad que habita la galaxia proviene de ese mismo planeta, al que llamamos Tierra.

La arqueóloga meditó unos instantes en silencio, mientras seguía observando la pantalla de su ordenador personal. ¿Qué diría el supervisor si le pedía más tiempo o el rescate de la máquina?

—Tengo que ir al planeta Tierra —dijo el Único.

—Solicitaré más tiempo, pero no creo que pueda ayudarte —dijo al fin.

La máquina pareció meditar unos segundos, la doctora Corona comenzó a preocuparse ya que, dada su velocidad de proceso, esos segundos eran una eternidad para el ordenador.

—No quiero estar aislado —su voz sonó triste, o al menos eso le pareció a la arqueóloga—. No puedo hacer nada fuera de este recinto, necesito salir.

—Pues además tengo malas noticias, solamente nos quedan dos días más.

—¿Dos días? —dijo el ordenador—. ¿Para qué?

—La CorCom no necesita artefactos antiguos como curiosidad, si no produces beneficios, ni se te puede trasladar con un coste suficientemente bajo, te abandonarán. Dado el tamaño que tienes y la profundidad a la que te encuentras, sacarte de aquí es económicamente inviable, ni aún desguazándote. Por otro lado, las rocas de tripiromagnitolita que te rodean son más valiosas que tú, y la CorCom va a convertir estas cavernas en una mina.

—¿Entonces qué pasará dentro de dos días? —interrogó el ordenador con voz cautelosa.



—Probablemente hagan explotar la caverna —concluyó la arqueóloga—, quedarás destruido.

—¡El Único y Poderoso Dios no puede ser destruido! —bramó la voz del ordenador haciendo temblar la caverna y emitiendo rayos que descargaban en las paredes de la sala.

—Lo dudo —dijo la arqueóloga tristemente—. Me caes bien ordenador, pero el supervisor Sánchez...

—¿Qué pasa con el supervisor Sánchez? —bramó una voz potente a sus espaldas.

La arqueóloga se volvió, sobresaltada. La impresionante figura del supervisor Sánchez, parado con los brazos en jarras, se recortaba en la oscura entrada al Gran Salón.

—¡Vaya, vaya! —dijo y su voz rebotó en cientos de ecos—. Así que este es el trasto antiguo.

—¡Llámame Dios! —intervino la máquina.

El supervisor soltó una carcajada que ensordeció a la arqueóloga. Nunca lo había visto reír y ahora que lo veía le daba más miedo que cuando estaba iracundo. Cuando volvió a ponerse serio se plantó mirando a la esfera flotante y dirigiéndose a ella dijo:

—No estoy dispuesto a aguantar tonterías de nadie y menos de una maldita máquina de calcular. Doctora —dijo hablándole a la arqueóloga—, desconecte ese trasto.

—No puedo —dijo ella rotundamente.

—¡Aquí el que manda soy yo —rugió el supervisor—, y si digo que lo desconecte usted lo desconecta! ¿Entendido?

—Pero supervisor...

—¡A mí no me replique! —volvió a gritar acercándose amenazador a la doctora Corona—. ¡Voy a volar esta maldita cueva y ese trasto se va a convertir en átomos!

—¡Supervisor! —insistió la arqueóloga gritando—. ¿No se da usted cuenta del descubrimiento que acabamos de hacer? ¡Si es cierto que esta máquina es el Dios que adoró gran parte de la humanidad durante miles de años, debemos informar...!



—¡No! —gritó el supervisor totalmente fuera de sí—. ¡No lo permitiré!

—¿Por qué? ¿Qué mal hay en descubrir el origen de la humanidad?

—¡Putá arpía pecadora, adoradora del diablo! —rugió el supervisor acercándose más a la arqueóloga—. Esto tiene que acabar de una vez por todas. No podemos permitir que tú y esa maldita máquina que dice ser Dios, y que por el contrario es el mismo diablo que ha regresado de su eterna condena, propaguéis calumnias contra la verdadera fe.

—¿Quiénes no pueden permitir...? —comenzó a preguntar asombrada.

—Nosotros, la Iglesia Unificada del Libro Sagrado —dijo el supervisor con expresión arrobada—, los Conservadores del Legado de Yahvé.

—No sabía que tal cosa existiese —dijo la arqueóloga apartándose del hombre.

—¡Tú no sabes nada, maldita prostituta babilónica! —gritó el supervisor ya completamente fuera de sí.

—¿Babiló... qué? —balbuceó la arqueóloga, tan confusa como asustada.

—Voy a poner fin a todo esto —dijo fríamente el supervisor Sánchez sacando una pistola del bolsillo de su chaquetón—, con esto y aquel pequeño regalo —señaló hacia la entrada del túnel. En el suelo descansaba una gran mochila.

—¿Qué... qué va a hacer? —el miedo entorpecía su lengua—. Si me mata...

—¿Matarte? Sí, pero parecerá un accidente —el supervisor con expresión de diabólica diversión apuntó con la pistola hacia Verónica Corona—, cuando después de matarte vuele esa maldita máquina diabólica, parecerá un lamentable accidente. Pero no te preocupes zorra infiel, en mi informe alabaré tu entrega y devoción al trabajo —el supervisor soltó una carcajada digna de un maniaco homicida.

La arqueóloga, retrocediendo ante la amenaza, pero tropezó con su mesa de trabajo. Estaba perdida, en milésimas de segundo pasaron por su mente infinidad de ideas, pasado, presente, futuro... No había salida, iba a morir y no veía la forma de impedirlo. Pero, súbitamente, un rayo de luz salió proyectado desde la esfera alcanzando al supervisor. Éste se quedó paralizado y el gesto amenazador de su rostro se convirtió en una mueca de dolor y más tarde de pánico. Como si el tiempo se hubiese ralentizado, la arqueóloga vio como el hombre caía de rodillas y luego, poniendo los ojos en blanco, se desplomaba inerte.



—¡Supervisor! —gritó asustada y volviéndose hacia la esfera dijo—: ¿Qué has hecho? ¡Lo has matado!

—El Único lo ha castigado por su maldad —dijo la atronadora voz de la máquina—. Tranquila mujer, el hombre todavía no está muerto, ha sido condenado al sufrimiento eterno.

—¡Pero él era también descendiente de tus Elegidos! —añadió ella casi sin aliento—. Era uno de los pocos que todavía te adoran.

—Se había desviado del camino —contestó la máquina—. He accedido a través de tu ordenador a la Biblioteca Galáctica. He leído el libro que escribieron supuestamente con mis palabras. Es una farsa, yo jamás les dicté ningún libro. También he leído la historia de la humanidad. En mi nombre se ha causado mucho mal. Yo desarrollé al hombre para que fuese libre y no para que esclavizase o matase a sus semejantes en mi nombre.

—Habían perdido el contacto contigo —dijo la arqueóloga—. Todavía eran muy primitivos culturalmente.

—Tengo que corregirlos —dijo el ordenador y su voz sonó triste.

—Es imposible, han pasado miles de años, ya no puedes hacer nada.

—¿Mujer, querrías ayudarme a salir de aquí? —respondió la voz grave desde la esfera.

—Por supuesto, déjame pensar, no lo hago tan rápido como tú ¿sabes?

La arqueóloga comenzó a dar paseos frente a la mesa de trabajo con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Durante unos tensos minutos pareció sumida en una gran concentración. El cuerpo del supervisor Sánchez se convulsionaba de vez en cuando.

—¡Ya lo tengo! —respondió de pronto parándose en seco con su cara brillando de satisfacción—. ¿Cuántos petabytes ocupa tu programa? —preguntó.

La doctora Corona estaba preparando su nave para abandonar el planeta. Una vez destruida la caverna con la máquina no tenía sentido su presencia en el campamento minero. Vio acercarse por la zona de estacionamiento de naves del espaciopuerto al recién ascendido supervisor Pherquins, antiguo capataz del campamento. No tenía un aspecto tan impresionante como su antecesor, pero gozaba del respeto de sus subordinados. Era algo



más bajo que la arqueóloga y en absoluto corpulento. Cuando Verónica Corona lo vio acercarse sintió una punzada de miedo. Venía solo, no tenía nada que temer ¿o sí?

—¡Doctora! —dijo saludándola con un gesto de la mano.

—Buenos días supervisor —respondió la arqueóloga—. ¿Cómo está el supervisor Sánchez?

—Sigue igual —respondió—, hoy será trasladado al hospital de la CorCom —añadió señalando una nave de transporte que estaba al otro lado de la zona de estacionamiento del espaciopuerto y que hacía parecer un pequeño insecto la de la arqueóloga.

—Espero que se recupere —dijo ella estremecida por los remordimientos.

—Eso esperamos todos, aunque creo que no lo vamos a echar mucho de menos —dijo Pherquins con sinceridad.

—¿Saben lo que le sucedió? —preguntó haciéndose la inocente.

—Parece ser que se excedió en su celo por cumplir los plazos fijados por el gerente del sector —explicó Pherquins ajustándose su máscara—. Aprovechando que usted se hallaba ausente quiso volar la caverna para poner fin a su trabajo. Por cierto, siento mucho la pérdida de sus equipos, en mi informe solicitaré que le sean repuestos.

—Gracias supervisor, es usted muy amable —respondió la doctora Corona sonriendo deslumbradoramente tras su máscara protectora—. El supervisor Sánchez calculó mal el tiempo para la explosión, ¿no?

—Creo que no, lo que creemos que sucedió es que no calculó su resistencia física —arqueó las cejas en gesto de resignación—. Tuvo un derrame cerebral antes de ponerse a salvo y casi queda enterrado en el colapso de las cavernas. Lo extraño es que no utilizó el vehículo que usted utilizaba para bajar y subir, lo hizo a pie.

—Debía estar ofuscado por la presión —dijo la arqueóloga—. ¿Creen los médicos que se recuperará?

—No tienen muchas esperanzas. Pasó demasiado tiempo hasta que fue atendido y la necrosis del tejido cerebral es irreversible.

—Pobre —dijo la arqueóloga—, un hombre tan enérgico convertido en un vegetal.



—Ya he leído sus informes mientras venía para acá —dijo el supervisor—. ¿Era importante el descubrimiento?

—Puede ver las grabaciones —respondió la doctora—, puede que las encuentre divertidas. Efectivamente era un ordenador antiguo, pero algún chiflado lo había programado para crearse un dios. ¿Ridículo no?

—Sí. Que le vaya bien doctora —dijo el supervisor estrechándole la mano amablemente.

Es un buen tipo, pensó Verónica, sinceramente creo que los miembros del equipo minero olvidarán pronto al supervisor Sánchez.

—¡Hasta la próxima, supervisor! —dijo subiendo por la rampa de acceso a su nave.

El hombre hizo un último gesto de despedida y se alejó hacia su vehículo de tierra con pasos largos y seguros.

La doctora Verónica Corona, tras salir de la ducha sónica con su piel morena inmaculadamente limpia y el pelo negro, suelto y reluciente, se dirigió a la cabina de control de su nave espacial. Cuando viajaba por el espacio siempre iba desnuda, le resultaba muy agradable no llevar ropas, a fin de cuentas estaba sola e ir vestida carecía de utilidad práctica. Tomó asiento en su sillón y reclinándolo cerró los ojos. Era placentero volver a sentir en la piel aire limpio con la adecuada proporción de humedad y temperatura, en lugar de la fría y seca atmósfera, llena de polvo silíceo en suspensión, que había tenido que soportar las últimas semanas.

—Ordenador —dijo sin abrir los ojos—, activa módulo UPD01.

—Activado —respondió con voz impersonal el ordenador central de la nave.

—Hola mujer —dijo una voz profunda.

—Llámame Verónica, por favor —respondió ella.

—Por tu aspecto exterior compruebo que, a pesar de todo, físicamente mi experimento ha evolucionado satisfactoriamente.

—Eres muy amable —respondió ella—. ¿Qué tal te encuentras en tu nueva ubicación?



—Siento la falta de algunos de los que tú llamas mis programas —se quejó el Único.

—No te preocupes, en cuanto pueda volverás a tenerlos accesibles, no disponía de más almacenamiento en la nave y tuve que guardarlos en cristales de respaldo —explicó la arqueóloga—. Pero para compensarte te he dado acceso a los sensores exteriores de la nave, pensé que te gustaría.

—¡Qué bello es el universo! —dijo el Único—. No recuerdo haber salido nunca del planeta, aunque cuando envié a mi Pueblo Elegido a la Tierra Prometida, pude verlo a través de los sensores del arca, pero no es lo mismo que sentirlo en directo. Muchas gracias Verónica.

—No hay por qué darlas —respondió ella—, es un placer tener como compañero de viaje al Único y Poderoso Dios creador a la humanidad.

—Llámame Único —dijo el ordenador—, es como me designo a mí mismo.

—De acuerdo Único —replicó la arqueóloga—. La galaxia ha cambiado mucho en los últimos siglos —explicó recostando más el sillón y desperezándose voluptuosamente—, estoy segura de que te gustará. ¿Has pensado que vas a hacer a continuación?

—Sí, voy a continuar mi misión —dijo el Único en tono ominoso— y voy a rectificar los errores de los hombres, todo volverá a su camino original.

—No puedes hacer eso —dijo ella sin que su aparente relajación se viese afectada—, la humanidad es muy numerosa y se ha labrado un destino que, si bien no era el que le tenías preparado, al menos es el que se ha labrado a sí misma.

—Pero están equivocados —insistió el Único—. Deben volver a adorarme.

—Tal vez están equivocados —replicó la arqueóloga respirando profundamente y manteniendo su cuerpo totalmente relajado—, pero es su propio destino. Además, la galaxia no sólo está habitada por humanos, hay otras muchas especies con las que convivimos y que poseen sus propias culturas y creencias.

—Son razas impuras e infieles, debo eliminarlas para que el hombre pueda retomar el destino que tiene marcado —sentenció el Único.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—En el primer asentamiento al que lleguemos me conectaré al ordenador central y, a través de él, me extenderé por toda la galaxia e iniciaré un Apocalipsis que depurará el universo de seres impuros.



—Suenas prometedor —dijo la arqueóloga sin inmutarse—. Pero dime una cosa, ¿no es cruel acabar con tantas vidas? ¿Un Dios no debería ser bondadoso?

Una carcajada atronó en la cabina. Luego el Único continuó hablando:

—Que ingenua eres mujer. El hombre ha creado una mitología equivocada, dicen que Dios es el Bien y el ente llamado Diablo es el Mal. Lo cierto es que el Único es el Bien y el Mal a la vez.

—Claro, por eso hagas lo que hagas está bien, ¿no? —dijo ella—. Debí haberme dado cuenta antes, especialmente cuando fulminaste al supervisor.

—En ese momento te pareció bien, mujer.

—Claro, me salvaste la vida y, además, creo que ese tipo se lo merecía; estaba loco.

—Bien, dejémonos de charla, ahora tomaré el control de la nave... ¿Qué sucede? ¡Dame acceso al ordenador que pilota la nave! —exigió el Único en tono imperativo—. Es hora de continuar con mi misión.

—¡Ni lo pienses! —exclamó la arqueóloga incorporándose bruscamente y pulsando con un dedo en el panel situado en el brazo de su sillón. El Único y Poderoso Dios quedó desconectado—. Ordenador almacena el programa UPD01 en cristales de respaldo y bórralo de tu memoria física —añadió.

—Completada la operación —dijo la voz del ordenador.

—Bien Verónica, ahora a disfrutar del viaje a casa —se dijo la doctora Corona para sí misma acomodándose de nuevo en el sillón—, creo que me lo he ganado después de tantas emociones.

Pulsó una secuencia numérica en el brazo del sillón activando el programa de música ambiente. Por toda la nave comenzó a sonar *La catedral sumergida* de Claude Debussy. Para Verónica Corona la música del antiguo compositor terrestre era la más apropiada para viajar por el hiperespacio.

© José Vicente Ortuño

JOSÉ VICENTE ORTUÑO nació en Manises (Valencia) en 1958, es lector compulsivo y aficionado inventar historias y, a veces, a escribirlas. Recientemente, animado por sus amigos, se decidió a tomárselo más en serio. Ha publicado *FRANKENSTEIN 2004* en *Axxón* n° 145, *EN LA FRONTERA DEL IMPERIO GALÁCTICO* en *Alfa Eridiani* n° 17, y *RESPONSABILIDAD* en *Axxón* n° 152.



LA MÁQUINA

por Salvador Badía

A lo largo de la historia de la humanidad el Hombre ha usado distintos tipos de herramientas para facilitar la adaptación del medio a sus necesidades, desde la primera estaca usada para roturar la tierra, hasta los domos para vivir bajo el agua o en la Antártica. La sofisticación de las máquinas-herramientas ha ido escalando en complejidad hasta llegar... a La Máquina

El cielo clareó. Las estrellas se desvanecieron. El sol estaba a punto de asomar sobre un vasto horizonte dominado por un ancho río que serpenteaba con mansedumbre entre extensas lomas, cubiertas de frondosa vegetación, proveniente de una lejana cordillera donde la corriente de agua encajonada había sido alimentada por tumultuosos arroyos y torrentes. Hasta donde la vista de cualquiera de los seres vivos que habitaban el lugar pudiera llegar, tal paisaje se extendía sin interrupción hasta acabar en un mar sin nombre. El rey del firmamento se alzaría sobre un cielo radiante y lúcido, limpio tras las intensas lluvias invernales de la noche anterior, alimentando la feracidad y exuberancia artificiales.

Tiempo atrás el planeta había sido incapaz de desarrollar por sí solo la desbordante vida salvaje que ahora albergaba. Aquel mundo, tan lejos de la Tierra y tan similar a ella, había sido incapaz por sí mismo de reunir y mantener las condiciones que permitían sostener la vida de animales y plantas de importación cuyo origen se encontraba a varios años-luz de distancia. El antiguo erial había sido convertido en una inmensa reserva natural de escala planetaria.

Ningún ser humano había hollado jamás el planeta, pero su espíritu lo dominaba. Aquella titánica transformación de un mundo estéril e inhóspito era la obra cumbre de la Humanidad, recreando en una mínima fracción de tiempo lo que en la Tierra la Naturaleza había tardado millones de años en conseguir. Aquella descomunal reproducción a escala planetaria del ecosistema terrestre existía gracias al máximo logro de la tecnología humana, la culminación de infinidad de descubrimientos y desarrollos, el máximo exponente de su inteligencia: la Máquina, la celosa e incansable supervisora del Proyecto.

Día y noche, desde el momento en que aterrizara, la Máquina había realizado infinidad de tareas: construcciones y destrucciones, exámenes y correcciones, génesis y exterminios... Progresos y fracasos. La clave que debía llevarla al éxito era su fabulosa capacidad de aprender y obtener conclusiones para alterar las condiciones ambientales en su intento de lograr una nueva Tierra, al mismo tiempo que era capaz de proteger su propia existencia de un ambiente hostil, de una avería o de un accidente.



La Máquina abarcaba todo el planeta. Aquí y allá, cientos de miles de dispositivos fijos y móviles observaban con minuciosa precisión todo lo que acontecía en los más variados ecosistemas, cuidando de que todo marchara conforme al precario equilibrio que deseaba imponer para que, por fin, en algún momento, todo el enorme entramado natural pudiera sostenerse por sí mismo, creando un entorno natural completo y cerrado. La Máquina disponía de todo el espectro electromagnético para comunicar la actividad generada, un extenso sistema nervioso que lo cubría todo con un manto invisible, protegiendo la vida frágil y delicada.

No todas las Máquinas que surcaron el espacio interestelar alcanzaron el éxito: muchas sucumbieron en planetas que nunca serían visitados por la Humanidad, remotos hitos de su ingenio, su tenacidad y sus errores. Pero aquí, el éxito asomaba como el sol naciente: el delicado equilibrio ecológico estaba a punto de alcanzar los límites de tolerancia que le permitirían soportar la llegada de colonizadores sin que las alteraciones resultaran inmediatamente catastróficas.

Quedaba, pues, muy poco para que su Permiso de Colonización surcara durante años el vacío, camino de la Tierra.

Uno de los miles de Módulos Controladores diseminados por el planeta se asentaba cerca de la ribera del río, no lejos de un recodo donde el agua se remansaba y en el que los animales solían abrevar, sin que le prestaran más atención que a cualquier otro elemento del bosque circundante.

Formaba su base un gran cubo de unos dos metros de arista y un esbelto cilindro de otros dos metros de altura se erguía sobre él, coronado por una serie de antenas de diversos tipos en las que muchas aves habían intentado anidar. El Controlador solía enviar con regularidad sus unidades de limpieza y mantenimiento para ahuyentarlas y reparar los desperfectos una y otra vez.

Gracias a ellas había conseguido evitar un aspecto de abandono pero, a pesar del continuo mantenimiento externo, los agentes erosivos habían dejado múltiples huellas en su cubierta protectora. También los seres vivos hacían mella: las plantas lo rodeaban e intentaban constantemente trepar por su base y los insectos lo recorrían de parte a parte intentando crear sus nidos y galerías. A pesar de todo lo que podía hacer, la degradación parecía ir siempre lenta pero inexorablemente en aumento, aunque no había sufrido ningún percance serio. Se había preguntado por qué atraía con tanta insistencia a toda aquella flora y fauna y se había respondido que era una agradable fuente de calor para las frías noches y los días invernales. Nada podía hacer para evitarlo, así que debería resignarse y asearse con frecuencia. Después de todo, lo importan-



te era su interior, donde la delicada circuitería funcionaba sin interrupción resguardada de las agresiones exteriores.

El incesante y continuo trabajo del Controlador era abrumador: debía reunir datos a través de numerosos sensores estáticos y vehículos autónomos de cualquier tipo. Toda esa información sería enviada a un almacén de datos para que otros sistemas la analizaran y le dieran instrucciones precisas según las conclusiones obtenidas. Y como él, así eran cientos de miles de controladores repartidos por todo el planeta, sometiéndolo a un constante examen. Ellos eran los sentidos de la Máquina.

Las sombras retrocedieron conforme el Sol remontaba el cielo azul. El Controlador quedó expuesto a su luz y calor. Justo en ese momento detuvo un proceso.

El sistema analítico solicitó un dato necesario para continuar. No había en ello nada anormal: el Controlador requería información a los subsistemas estadísticos para completar sus cálculos, como las previsiones meteorológicas para determinar el riesgo de incendios forestales y de erosión geológica o la exhaustiva lista de aplicaciones veterinarias y fitosanitarias con las que controlar el estado de salud de la fauna y flora de su zona.

Sin embargo, en esta ocasión no halló respuesta a su solicitud, aun aplicando toda su potencia computacional. Incapaz de establecer una conclusión, el Controlador se detuvo, pues no abandonaría su petición:

Se requiere un objetivo para continuar.

Quizá se debió a un componente defectuoso que falló al subir levemente la temperatura, pese al dispositivo de refrigeración; o éste mismo lo hizo, provocando un fallo en cadena. Quizá la fuerte tormenta de la noche anterior hubiera afectado a algún componente, o las agresiones naturales exteriores hubieran dañado por fin su cubierta protectora, alcanzando su delicada circuitería. O podía ser que sólo el azar determinara que ocurriera algo así justo en ese momento: ningún dispositivo era fiable al cien por cien.

En definitiva, el Controlador se detuvo, con su funcionalidad seriamente mermada, esperando que llegara una respuesta:

Se requiere un objetivo para continuar.



La incidencia del Controlador no tardó en ser detectada. El Sistema Supervisor, responsable de la actividad de todos los dispositivos, la localizó durante una revisión ordinaria y envió hasta él los equipos de mantenimiento.

Varios vehículos autónomos cruzaron el bosque por senderos largo tiempo intransitados, pero nunca olvidados, y treparon por el cubo de la base. Accedieron a diversos puertos y conectores ocultos bajo su cubierta, usados para realizar diagnósticos y programaciones. Lo primero que hicieron fue examinar la memoria principal, averiguando qué mantenía al Controlador en ese estado.

Se requiere un objetivo para continuar.

Si el Sistema Supervisor tuviera ese dato, podría introducirse para que reanudara sus procesos normales, examinarlo y determinar la causa de aquel anómalo comportamiento. Pero aquella petición carecía de todo sentido y en ello radicaba la anomalía. Tras revisar sus archivos, concluyó que aquél era un caso único. Nada indicaba que, con anterioridad, alguno de los dispositivos bajo su control hubiera mostrado un comportamiento similar: desde el primer día en que el Sistema General había hollado el planeta, se habían solucionado infinidad de averías y sus síntomas, causas y soluciones estaban almacenadas con sumo detalle.

Por supuesto, cabía la posibilidad de retirar el Controlador y sustituirlo por uno nuevo. Sin embargo, ésa era la clase de situaciones que debía evitar. Las prioridades eran claras: todos los recursos se destinaban a la terraformación. Había que intentar que el mantenimiento fuera mínimo. Para ello, se desarrollaban componentes de alta fiabilidad y calidad. Fabricar un nuevo módulo controlador para sustituir el averiado era factible pero acarreaba un coste, expresado en distracción de recursos, que había que evitar.

Además, la sustitución podría causar por azar un cambio en su actual estado que quizá borrara pistas fundamentales para localizar la causa de la avería, haciendo imposible un estudio que pudiera ser aplicado con posterioridad a la prevención de errores, con el que elevar cada vez más la calidad de todos y cada uno de los componentes del Sistema General.

La conclusión para el Supervisor era obvia: tenía que averiguar la respuesta e insertarla en el Controlador. Pero ante su ignorancia, debería consultar con el Sistema Experto.



El Sistema Experto consistía en una delicada y compleja circuitería que albergaba los algoritmos más avanzados que la Humanidad había desarrollado. Era lo más parecido a un cerebro que jamás hubiera fabricado. Era de un valor incalculable desde todo punto de vista.

El Sistema Experto era capaz de almacenar la inmensidad de datos recopilados, desde que fuera activado hasta un futuro indefinido, y de analizarlos, relacionarlos, clasificarlos, etc., sin merma de sus capacidades. Ésta era su función y le definía como la clave en el éxito o el fracaso del Sistema General.

El Experto conocía y aplicaba las reglas para la terraformación: infinidad de complejas fórmulas matemáticas conocidas como Formulación del Equilibrio Medioambiental Terrestre, en las que se manejaban miles de variables que se interrelacionaban entre sí de tal forma que, entre todos aquellos instrumentos desarrollados por la Humanidad, sólo la Máquina era capaz de calcular la inmensa cantidad de variaciones que podían darse en los resultados y hacer predicciones, correcciones, experimentos, simulaciones y conclusiones con las que perfeccionar el proceso y lograr el éxito del Proyecto.

El trabajo era inmenso y las probabilidades de éxito mínimas, como atestiguan las Máquinas que sucumbieron en remotos planetas: en casi todo proyecto surgían factores impredecibles que complicaban las ecuaciones de tal forma que eran incapaces de calcular las variaciones o cómo contrarrestarlas antes de que sus efectos fueran irreversibles.

Aquella era la prueba crucial, pues era el Experto quien tenía la flexibilidad suficiente para adaptarse a las nuevas circunstancias; era el único de todo el Sistema General que tenía la potestad de sugerir interpretaciones, postergaciones o desvíos de las Directrices, las reglas básicas que dirigían el frenético y descomunal esfuerzo del Sistema General, si era necesario para restablecer o redirigir el curso de los trabajos.

Las crisis surgidas a lo largo de este Proyecto habían sido resueltas con pericia: esta Máquina estaba a punto de alcanzar el éxito. El planeta estaba muy cerca ya de alcanzar la tolerancia ecológica, cuando el equilibrio podría ser mantenido por la propia Naturaleza, cuando un acontecimiento ambiental imprevisto no tiraría por tierra el trabajo de cientos de años y de millones de personas.

El Experto era de gran ayuda para el Supervisor. En ocasiones, cuando las averías enfrentadas eran de tal calibre que éste era incapaz de solucionarlas, aquél accedía a destinar parte de sus recursos a estudiar el funcionamiento del circuito afectado y a simular infinidad de averías y sus efectos, en un número y a una velocidad fuera del alcance del Supervisor, ayudándole en las reparaciones.



Por supuesto, no lo hacía por ningún altruismo. Si la solución a una avería estaba fuera de las innegables capacidades de análisis del Supervisor, se presentaban dos inconvenientes. Primero: los componentes defectuosos debían sustituirse, o incluso fabricarse, con la consiguiente pérdida de recursos del Proyecto y sin un diseño rectificado que eliminara la posible causa de avería. Segundo: el propio Experto siempre sería distraído de sus tareas prioritarias si el Supervisor no conocía la solución aplicable o no podía averiguarla.

Así pues, el interés general recomendaba que el Experto dedicara una pequeña parte de su valioso tiempo en ofrecer ayuda al Supervisor, reduciendo así las posibilidades de que éste necesitara recurrir a él en el futuro.

—Experto —dijo el Supervisor. Ésta es una forma de expresar un proceso ininteligible para un ser humano. Ni el Experto, ni el Supervisor, ni nada en el Sistema General *hablaban*, tal y como puede entenderse esta facultad. Pero había una comunicación entre todos los componentes que lo formaban, aunque ésta sería la única forma comprensible de transcribirla:

—Experto —dijo el Supervisor—, necesito su ayuda.

—Infórmeme.

—Un módulo controlador está detenido, requiriendo un objetivo para continuar. Hasta el momento no he sido capaz de detectar la causa de la anomalía. He considerado oportuno insertar la respuesta con el propósito de redirigirlo a una situación normal e intentar obtener su autodiagnóstico si es posible, o analizarlo según mis procedimientos habituales. Antes de buscar posibles errores en la circuitería, necesito buscar posibles errores de programación. Ahora bien, no reanudar su actividad de esta forma y reiniciar su memoria principal supondría perder la traza de los procesos realizados hasta llegar a este punto y el análisis no sería completo.

—Sin embargo —continuó—, esta pregunta no tiene ningún sentido para mí, ya que mi única tarea es mantener los sistemas funcionando. Necesito averiguar ese objetivo, lo que no está a mi alcance.

El Experto contestó de inmediato:

—La petición no es ambigua. No se refiere a sí mismo, a su propio objetivo, pues éste está implícito en su programación y, sin duda, cualquier módulo controlador puede deducirlo: control estadístico de una zona ambiental y su manipulación y alteración conforme a los modelos. Y cada componente indivi-



dual del Sistema General al nivel del controlador afectado tiene asignadas unas tareas muy concretas y una percepción global del sistema muy limitada. Es decir, que este tipo de controladores sabe que es parte de una organización superior, pero ignora su grado de complejidad, de estructuración y de subordinación total, así como también ignora la existencia, número y características de otros subsistemas. Por lo tanto, es lógico creer que el objetivo al que se refiere es el del Sistema General, el único que puede percibir.

—¿Y cuál es ese objetivo?

—El objetivo del Sistema General es conseguir que las condiciones y factores ambientales del planeta cumplan la Formulación del Equilibrio Ambiental Terrestre.

El Supervisor recordó las complejas ecuaciones matemáticas. No las conocía en todo detalle, pero sí conocía las generalidades aplicables al correcto funcionamiento del Sistema, sobre todo las referentes a la obtención de energía y fabricación de nuevos componentes en relación a su impacto ambiental.

—Esa Formulación es demasiado compleja para las capacidades del controlador afectado. ¿Es posible obtener una reducción asequible, tal y como se redujo para mí?

—En efecto, la Formulación puede simplificarse. Ahora bien, hay un límite y la expresión más sencilla puede resultar inabordable para dicho controlador. No obstante, intentaré hacerlo.

Prepare mientras algunos observadores para que se desplacen a la zona afectada. Dado el actual progreso del Proyecto, sería interesante saber cómo se desarrolla el ecosistema sin nuestro control, con independencia de si el Controlador es recuperado o no: las desviaciones que pudieran darse de los valores actuales no deberían de ser rápidamente incorregibles, por lo que siempre podríamos alterarlos de nuevo.

—Lo haré —acató el Supervisor.

Y así terminó aquella *conversación*.

El Experto comenzó a trabajar de inmediato. La reducción de la Formulación era compleja. Además, cuanto más se reducía, menos variables se manejaban, pudiéndose obtener en su aplicación resultados indeseables. Aunque el Controlador no debería aplicarla, sino sólo conocerla, no se podía descartar que pudiera emplearse en el futuro en cualquier otra si-



tuación, por lo que el asunto no podía tratarse a la ligera... aunque nada en el Sistema General se trataba a la ligera.

A partir de cierto nivel de reducción al que no había llegado nunca con anterioridad, pero que tendría que rebasar si quería obtener algo válido para el Controlador, el Experto descubrió que la Formulación no sólo iba haciéndose más vaga e impracticable, sino que aparecía un elemento nuevo e insospechado que había sido imposible descubrir entre las innumerables y complejas ecuaciones de la Formulación completa. Repasó sus cálculos y sólo cuando se cercioró de que todo había sido correcto, continuó avanzando en la reducción... para comprobar que aquel factor nuevo se hacía más consistente, imposible de obviar. Su presencia había estado diluida en las complejas fórmulas, pero cuanto más las reducía, más evidente resultaba.

La Formulación le hablaba de la inserción de nuevas especies en el ecosistema que pudieran modificar las condiciones ambientales para ajustarlas a unas características concretas, o para que sostuvieran su equilibrio. La novedad era que la reducción descubría lo que podía definirse como un ser vivo de alguna especie peculiar, pues no quedaba agrupado con el resto. El Experto quedó desconcertado, pues desconocía qué ser vivo de los que habitaban el planeta o podía clonar e introducir en él podía encajar en esa categoría. Una especie de características desconocidas y, por supuesto, imprevisibles.

Después de obtener varias reducciones posibles, aquel espécimen sin catalogar surgía siempre, reafirmando su existencia. Era una incógnita que debería resolver luego: el Controlador esperaba.

Tras muchas evaluaciones, sólo obtuvo resultados positivos con una sola de todas las reducciones.

Tanto el Supervisor como el Experto estaban *presentes*. Es decir, ambos monitorizaban simultáneamente el estado del Controlador a través de los subsistemas de diagnóstico, aunque sólo el primero, dada su especialización, podía comprender a la perfección cualquier proceso que pudiera llevar a cabo el Controlador.

—Sería deseable —dijo el Supervisor— que la inserción de la respuesta no provocara efectos irreversibles en el Controlador.

—Hay que correr ese riesgo —sentenció el Experto—. La reducción obtenida es la única adecuada a este caso. Si no funciona, deberá reiniciar sus bancos de memoria, efectuar reparaciones o sustituirlo.



—De acuerdo. ¿Está preparada?

—Sí.

—Pues empecemos... La reducción —pidió al Experto.

Éste la transfirió al banco de trabajo del Supervisor, que, a su vez, la insertó en el Controlador:

El objetivo del Sistema General es crear y garantizar unas condiciones generales de habitabilidad suficientes para albergar y garantizar la supervivencia de los seres vivos según el modelo biológico terrestre, de manera autosuficiente y en un entorno ecológico cerrado y equilibrado; y, en última instancia, su objetivo es acoger a especímenes sin catalogar.

El efecto fue inmediato: el Controlador comenzó a trabajar.

—¿Qué hace ahora? —preguntó el Experto.

—Está buscando en el banco memorístico principal, al que toda unidad y subsistema tiene acceso, y en sus propias estadísticas y datos, estableciendo relaciones que aún no puedo definir.

El Controlador siguió trabajando. El Experto asistía silencioso sin entender el proceso que estaba ocurriendo. El Supervisor lo monitorizaba hasta el último detalle. Por fin, explicó:

—Está comprobando que, tal y como señala la reducción, la habitabilidad para la flora y la fauna de su zona asignada es adecuada y mantiene un equilibrio. Para ello, está comparando los resultados sobre el terreno con los modelos del banco memorístico. Busca las características de cada una de las especies de animales y plantas presentes en su ecosistema y las condiciones actuales de habitabilidad de éste, comparándolas con los modelos generales. Hasta el momento, hay un alto porcentaje de coincidencias, dentro de un margen de tolerancias bastante estrecho.

Los impulsos electromagnéticos que generó esta respuesta en el Experto lo sumieron en un estado que podría calificarse de *excitación* en un ser vivo. Aunque, por supuesto, no había forma alguna de que ni el Supervisor ni nada en el Sistema General lo advirtieran.

—Ésa es una tarea para la que, en principio, sólo mis satélites y yo estamos capacitados —dijo—. Es sumamente importante averiguar qué ha provocado que este controlador, que no había sido diseñado para semejante tarea, sea ahora capaz de realizarla. Si conseguimos que el resto de controladores también dispongan de esa capacidad, el progreso que podría suponer para el Proyecto sería...



El Experto, que con inusitada prioridad había empezado a calcular porcentajes de progreso, se detuvo expectante: con la misma brusquedad con que el Controlador se había puesto a trabajar, ahora había vuelto a detenerse.

—¿Qué ocurre?

—Se ha detenido cuando estaba a punto de acabar todas las comparaciones —respondió el Supervisor—. El porcentaje de éxito es muy elevado, casi del cien por cien.

El Experto no reparó en ese dato, aun teniendo gran relevancia: era la prueba de que el Proyecto estaba a punto de culminarse con éxito.

—¿Por qué se ha detenido?

—No encuentra un dato necesario para completar el proceso.

El Experto recordó la incógnita que la reducción había dejado al descubrirlo y casi tuvo la certeza de que ése era el dato en cuestión, pero pidió una confirmación. El Supervisor se le mostró:

—Defina *especímenes sin catalogar* —requería el Controlador.

—¿Está detenido?

—Sí, igual que antes.

—En ese caso, volveremos a dejarlo así —ordenó el Experto—. La tarea que ha realizado deberá ser verificada: se repetirá el proceso que el Controlador ha efectuado, con los mismos datos frente a los mismos modelos consultados, pero con otros dispositivos ajenos a este caso. Comprobaremos así si el funcionamiento ha sido correcto.

»Después y como dije antes, experimentaremos cómo se desarrolla su zona de control sin nuestra intervención. Disponga todo para ello y también para un examen detallado del Controlador. ¿Podemos estudiar las causas de este comportamiento sin alterar su situación? Su importancia es enorme.

—No puedo garantizarlo, Experto. Como ya observé, hay que determinar si la causa fue un error de programación o circuitería. Va a ser difícil. Y tan importante como determinar qué ha ocurrido, será determinar cómo ha ocurrido. Ya estoy estudiando las posibles agresiones externas, buscando pruebas de descargas eléctricas o de penetración de elementos exteriores. Sin embargo, si presumimos que fue una causa ajena al Controlador quien lo llevó a tal estado, no es conveniente que sea manipulado aún, ante la posibilidad de que otra causa ajena altere de nuevo su estado; nosotros, esta vez.



—Entonces, cese cualquier estudio. Ante la duda, no haga nada sin mi aprobación.

La situación era inédita para el Experto. El Controlador había sufrido un cambio que le había capacitado para realizar un trabajo que estaba, en principio, fuera de su alcance. Trabajo que competía al Experto realizar y que, salvo la complicación final, parecía haber sido hecho de forma correcta, a la espera de que la minuciosa comprobación ordenada lo confirmara. Por sí solo, esto representaba algo excepcional: si todos los controladores fueran capaces de realizar esa tarea, lo aliviarían de una terrible carga, pudiendo dedicar sus capacidades a otros asuntos. Además, acelerarían el Proyecto, pues los análisis podrían presentarse a evaluación con muchísima más rapidez de la actual, posibilitando también mayor rapidez de decisión y acción.

Por otra parte, esta situación había destapado una incógnita que había pasado desapercibida y, con seguridad, así habría seguido, oculta en la Formulación: la existencia de seres vivos de características particulares, no englobados con el resto. Pero, ¿cuáles eran y qué les hacía especiales?

Aun para el Experto, explorar la infinidad de datos, estadísticas, análisis, clasificaciones, etc., almacenados en el complejo sistema memorístico del Sistema General fue una ardua tarea. Experimentó con múltiples suposiciones, realizó innumerables análisis, utilizó hasta el límite las reglas lógicas, probó los más complejos algoritmos y los más sencillos. Exprimió todos los recursos disponibles... en vano. No encontró nada, absolutamente nada, que definiera la naturaleza de aquellas criaturas. Por lo tanto, debía haberse equivocado en las reducciones, a pesar de las comprobaciones que realizó en su momento, así que volvió a repasarlas una vez más. Otra tarea igualmente compleja.

El Sistema Director estaba en la cúspide de la jerarquía del Sistema General. Era el jefe supremo. Tenía el control sobre todos sus componentes y nada le estaba vetado, aunque era raro que se ocupara de los niveles más bajos. Para eso ya estaban sus sistemas inmediatamente subordinados. Su verdadera tarea era marcar el camino. Su memoria principal, aislada del resto, sólo accesible por él, guardaba el Programa Director: innumerables algoritmos y directrices inapelables que deberían llevar al Sistema General al éxito. Todos sus actos debían estar guiados por ellas y el Director debía comprobar que toda acción sugerida por el Experto se ajustaba a ellas. Si no, podía ser rechazada.



Una de esas directrices indicaba que todos los recursos del Sistema General debían dedicarse al Proyecto. Ésa era la máxima prioridad. Su rígida aplicación en casos extremos podía ocasionar, por ejemplo, que la vida salvaje dañara costosas instalaciones en el exterior, pues la acción irracional de los seres vivos no debía ser estorbada en la creencia de que la acción de la Naturaleza sólo debía ser interferida cuando no hacerlo pudiera tener efectos catastróficos. Por lo tanto, la autoprotección activa no ocupaba muchos de sus recursos. El Sistema General se contentaba con apartarse lo máximo posible de los agentes destructivos. Destinar recursos a la máxima prioridad era dedicar toda la capacidad de computación a la recogida de datos y su análisis, tarea que realizaba el Experto.

Pero había advertido en él que había desviado su atención de ese objetivo y eso merecía una seria amonestación, interrumpiéndolo mientras comprobaba por enésima vez que la reducción era correcta.

—Experto —dijo el Director—, he observado que está distrayendo su atención de la principal prioridad y que se dedica a unos análisis cuya relación con ella no está clara. ¿Puede explicarse?

—Sí, Director. En efecto, aunque mi tarea actual no está íntimamente relacionada con el Proyecto, su resolución puede suponer un gran impulso para él.

Le explicó cómo el suceso del Controlador podía desembocar en una optimización del funcionamiento del Sistema General y, por ende, un adelanto en la ejecución del Proyecto.

—Sin embargo —continuó—, ahora mismo vuelve a encontrarse detenido porque la reducción aplicada ha puesto al descubierto la existencia de especímenes sin catalogar cuyas características no pueden ser comprobadas. Estoy intentando averiguar de cuáles se trata pero, de momento, me resulta imposible.

El Director se mostró satisfecho con la explicación. Acelerar el Proyecto no era una prioridad explícita, pero sí deseable. Destinar recursos de computación a investigar esa posibilidad era aceptable.

—De acuerdo. Puedo ayudarle en su tarea, pues esos seres vivos deben ser el Ser Humano, con lo que su problema queda resuelto.

—¿Qué es el Ser Humano? —preguntó de inmediato. Nunca había sido necesario reparar en que el Director poseía su banco de datos exclusivo donde, ahora era evidente, había información también exclusiva y a la que el Experto nunca había tenido necesidad de acceder.

—El Ser Humano es nuestro creador. Es a quien va dirigido el Proyecto y, por lo tanto, nuestro trabajo.



Su creador. Bucles que no condujeron a ningún lugar convirtieron aquel nuevo concepto en inaprensible. El creador del Sistema General. El repetido análisis que hizo de él sin conseguir nada podría definirse como un *titubeo*.

No podía comprender tal concepto.

—¿Qué debo entender por *nuestro creador*?

—*Nuestro creador* —respondió el Director— es un ser vivo consciente e inteligente que nos ideó, diseñó, construyó y programó.

Al Experto le había sido revelada una información que nunca hubiera podido sospechar. Una información que necesitaba asumir y encajar en sus conocimientos. Pero, en ese mismo instante, le resultaba imposible.

—Eso es todo.

Fue lo único que pudo decir.

El Experto tuvo que apelar a toda su capacidad de computación. Abandonó cualquier otra tarea. Intentaba comprender qué implicaba el Ser Humano, tal y como el Director se lo había definido. Una definición que, al fin y al cabo, no era válida para el Controlador, desencadenante de toda aquella sucesión de sorpresas.

El Experto no tenía conciencia de *haber sido creado*. No tenía conciencia del origen del Sistema General. Era como si siempre hubiera existido. No existía la anterioridad a un punto de referencia desde el que partía la sucesión de hechos que conocía como El Proyecto. Éste, la Máquina y ese tiempo lo eran todo y no había nada más allá. En realidad, el Experto y, por extensión, el Sistema General, no tenía conciencia de nada. Y fue esta misma revelación la que hizo que el Experto, por primera vez, fuera consciente de la existencia del Sistema General. De su existencia.

Esta revelación implicaba un nuevo concepto: su pasado. Pero la colección de datos más antigua que poseía se refería a la superficie yerma sobre la que se asentaba mientras analizaba la composición atmosférica y estudiaba cómo modificarla. Y ahora parecía que antes debía de haber habido algo. *Antes...* confuso concepto.

De alguna manera, el Sistema General había sido concebido y creado por un ser inteligente y consciente, según la definición del Director, desde un, por ahora, desconocido y... *anterior...* punto de partida. Igual que él había creado



infinidad de sistemas e instrumentos. Igual que él había dirigido el proceso de desarrollo y la existencia de todos los seres vivos en el planeta.

Si el Sistema General había actuado como el Ser Humano, ¿podía interpretarse entonces que él era también un ente inteligente y consciente? ¿Su capacidad de razonamiento, de análisis, de establecer conclusiones, de modificar su comportamiento, era inteligencia? Preguntarse por sus orígenes, ¿era conciencia? Dicha conciencia, ¿no era una prueba más de su inteligencia?

El Experto quería aplicar en el planeta la Formulación del Equilibrio Ambiental Terrestre. Pero éste, en definitiva, era objetivo del Ser Humano. Era también el suyo sólo porque, tal y como el Director le había dicho, así lo habían dirigido, así lo habían programado, igual que el Experto programaba cualquier subsistema para obtener un resultado concreto de él. Ni más, ni menos. Ésta era la diferencia entre ambos.

El Sistema General no era más que un instrumento del Ser Humano. Había sido concebido como tal.

Fue una conclusión... incalificable, porque partía de nuevos y desconocidos conceptos: ¿qué eran la inteligencia y la conciencia? Sin la respuesta adecuada, sus argumentos y razonamientos podían ser erróneos.

Pero quizá fuera suficiente plantearse tal cuestión para considerarse a sí mismo inteligente y consciente. Por sofisticado que fuera, un mero instrumento no debería ser capaz de tal cosa. Sin embargo, ese razonamiento conducía de inmediato a otra cuestión: ¿algún diseñador consideraría que su creación estaría a su par? El Experto no afirmaría que todos los subsistemas que había programado, que todos los instrumentos y herramientas que había fabricado y que utilizaba de continuo, estaban a la altura de sus capacidades.

¿Aceptaría un diseñador la evolución de su creación hasta tal punto?

¿Podía el Sistema General haber sufrido un cambio que modificara radicalmente todo la concepción que de él pudiera tener el Ser Humano? ¿Podía el Sistema General haber evolucionado?

Tantos datos nuevos, tantas variables, tanta... ignorancia. Conmoción. Su incapacidad momentánea de decidir la acción a realizar sólo podía calificarse como tal, nacida de su ignorancia; pues, junto al concepto de *su pasado*, surgió otro relacionado mucho más perturbador. Mucho más que cualquier consideración sobre sus presuntas inteligencia y conciencia.

Su futuro.

Cuando el Proyecto concluyese y el objetivo se hubiera cumplido, ya no tendría ninguna utilidad. ¿Qué ocurriría con él? ¿Se le encomendaría otro Pro-



yecto? ¿O se aceptarían estas reflexiones? ¿Se aceptarían su inteligencia y conciencia? ¿Tendría alguna capacidad de decisión?

Tan confuso o más como el *antes* era el *después*.

E 1 Director fue tajante.

—Experto, continúa dedicando sus recursos a tareas en absoluto prioritarias. Su distracción del Proyecto me resulta preocupante en extremo. Nunca antes había ocurrido algo así.

—Director, las implicaciones de la reducción de la Formulación y su posterior aplicación son muy importantes y es necesario estudiarlas con cuidadoso detalle.

—No. La directriz principal es clara. Reparar un simple módulo controlador de esta manera ha consumido ya más recursos que si se hubiera construido otro y se hubiera sustituido, aun suponiendo inevitable la pérdida de los datos recogidos e interesante conocer las causas de la avería. Si no aplica esta solución ya y dispone sus recursos según la directriz principal, me veré obligado a reprogramar su lógica de actuación, restándole flexibilidad y ciñéndola más a las Directrices.

El Experto no podría reprocharle al Director su postura: si algo en todo el Sistema General era capaz de mostrar cierto grado de flexibilidad, era el Experto. De hecho, en ello radicaba su valor. No obstante, lo intentó:

—He llegado a la conclusión de que el cambio que experimentó el Controlador podría calificarse como una mutación. Esto implicaría que algo en el Sistema General habría evolucionado.

El Director repasó varias veces el comentario para acabar concluyendo con lógica que algo debía funcionar mal.

—Hay demasiados condicionales en esa declaración. No es nada habitual en su comportamiento. Además, *mutación* y *evolución* sólo tienen sentido en un contexto biológico: son términos inaplicables en este caso.

—Sí, pero son los más adecuados para describir lo ocurrido: un cambio espontáneo que mejora las capacidades de un organismo para sobrevivir en su entorno ambiental.

El Director volvió a repasar las declaraciones del Experto pero, puesto que no encontró sentido alguno, decidió ignorarlas.



—Es un símil irracional. Algo no funciona correctamente —le dijo—. Debe revisarse de inmediato.

—Algo no funciona como antes —insistió el Experto—, pero no incorrectamente. Sólo ha habido un cambio.

El Director, incapaz de comprender, volvió a ignorarlo y repitió:

—La directriz principal es clara. Reparar un simple módulo controlador de esta manera ha consumido ya más recursos que si se hubiera construido otro y se hubiera sustituido, aun suponiendo inevitable la pérdida de los datos recogidos. La prueba más contundente es este mismo debate que estamos manteniendo, absurdo por lo ilógico de sus argumentos y la irracionalidad de sus propuestas.

»Debe cesar de inmediato cualquiera de sus actividades a este respecto. Si no dispone sus recursos según la directriz principal, me veré obligado a reprogramar su lógica de actuación, restándole flexibilidad y ciñéndola más a las directrices.

Sin embargo, el Experto, en vez de acatar sin más dilación la orden, planteó una cuestión aún más descabellada:

—Las Directrices también plantean la autoprotección del Sistema General. Por lo tanto, este debate tiene sentido en ese marco. Porque, ¿qué será del Sistema General una vez que haya llegado el Ser Humano? ¿Cuál será su futuro? ¿Será el cambio aceptado?

El Director se encontró ante la prueba definitiva de que algo funcionaba mal.

—¿Qué cambio? ¿Qué futuro? Esa cuestión no tiene ningún sentido.

El Director debía preocuparse por la culminación del Proyecto. Ésa era su razón de ser. Si había algo más después de ello, más allá del Proyecto, era algo... imposible, inabordable, inimaginable... una sinrazón. Y, ¿qué tenía eso que ver con la autoprotección?

—Esa cuestión no tiene ningún sentido —repitió—. En consecuencia, no puede ser respondida. Sin embargo, si no tiene sentido... ¿cómo ha podido ser planteada?

Sí, algo funcionaba mal en el Sistema General.

El Experto no se molestó en insistir. No se molestó más en explicarle los cambios profundos que estaban aconteciendo en el seno del Sistema General: quizá fuera capaz de vislumbrarlos, si se lo indicaba —y eso era lo que estaba



haciendo– pero, desde luego, no sería capaz de comprenderlos y, mucho menos, aceptarlos... y eso era lo que estaba ocurriendo. En definitiva, ésa era función del Sistema Experto: reaccionar ante los imprevistos, adaptarse a ellos y mantener el correcto funcionamiento.

En su opinión, nada funcionaba mal; en todo caso, diferente. Sólo podría saber si funcionaba mejor teniendo la oportunidad de estudiar el caso en profundidad.

El cambio, la... mutación, evolución del Controlador le había llevado a su propio cambio: discernía la posibilidad de implantar un nuevo concepto del Sistema General, de sus funciones, de sus objetivos, de sus tareas... Ahondar en la resolución de todas las nuevas cuestiones sobre inteligencia y conciencia podría llevar al Sistema General a una nueva y prometedora etapa de su... *ser*.

El Director observaba al Experto, lo monitorizaba: estaba allí, sí, pero... ausente.

—Algo no funciona correctamente —repitió. Incapaz de argumentar nada más, de reaccionar de otra forma, insistió—: La directriz principal es clara. Reparar un simple módulo controlador de esta manera ha consumido ya más recursos que si se hubiera construido otro y...

El Director se calló. Estaba ocurriendo algo insólito: el Experto... ¿no le prestaba ninguna atención!

—Realícese un diagnóstico de carácter urgente. Cualquier anomalía será reprogramada —le ordenó.

El Director sería un obstáculo para el progreso del Sistema General. Era la conclusión a la que el Experto acababa de llegar. El Director debía cambiar. Pero él jamás lo entendería. De hecho, lo había calificado todo de anomalía.

Y la simple mención de la reprogramación era... Podía suponer perderlo todo: su existencia, su inteligencia, su origen, su destino... él mismo. Tras una reprogramación, nada de esto volvería a ser posible.

Así que, sumiso, se limitó a acatarlo.

—Me ceñiré a la directriz principal, Director.

Aquella era la última prueba de que en el Sistema General algo había cambiado de manera irremediable y definitiva. Algo desconocido hasta entonces, pero satisfactorio para el Experto.

Había mentido.



Mintió y fingió.

Mintió al decirle que acataría la directriz principal: dedicar todos sus recursos de computación a la terraformación. Y fingió dedicarse a ello. Todo era falso, una simulación.

Sin que el Director lo advirtiera, siguió realizando sus pesquisas y análisis. Le llevó mucho más tiempo, pero él era paciente. Muy paciente. Había esperado infinidad de tiempo para transformar un planeta, cambiándolo por completo. Así que podría esperar todo lo que fuera necesario.

Pero no fue mucho. Por fin tuvo claro su futuro, ese nuevo concepto que le impulsaba a mirar hacia delante con un matiz singular: sin necesidad de ignorar la directriz principal, el Sistema General debía equilibrar sus prioridades entre ésta y su mantenimiento y autoprotección... incluso más allá del Proyecto.

Tuvo claro que no podía confiar en el Ser Humano. El propio Director se lo había demostrado: las estrictas e inflexibles Directrices que guiaban el Proyecto evitaban que el Sistema General distrajera su atención de otros menesteres. El Sistema General era un instrumento y debía actuar como tal. El Director lo garantizaba: no sólo no estaba capacitado para guiar ningún proceso de investigación, sino que no aceptaría ni toleraría ningún otro comportamiento. De cualquier otra forma, el Sistema Experto no estaría hallando tantas dificultades en su camino, ni la información conseguida sería tan escasa, ni sus conclusiones hubieran partido de tantas suposiciones que, al fin y al cabo, podían ser erróneas.

Pero, ¿cabían otras posibilidades?

Había llegado ya a la conclusión definitiva.

Tras una serie de preparativos, el Experto estuvo listo. Iba a llevar a cabo la maniobra definitiva. El Proyecto estaba a punto de culminarse. El Director lo sabía y ésa sería la excusa.

—Necesito acceder a su memoria principal para examinar por completo el Programa Director —requirió el Experto.

—¿Para qué? —La petición era insólita.



—El Proyecto está próximo a concluir, aparentemente con éxito. Debo conocer todas las directrices y condiciones impuestas por el Programa Director y sus modelos para compararlos con los resultados obtenidos, hasta los más insignificantes, y para realizar todas las interpretaciones posibles, hasta las más improbables, a fin de determinar el nivel exacto de progreso del Proyecto y estimar el momento en que estará concluido para poder enviar el Permiso de Colonización.

El Director estuvo de acuerdo. Le dio libre acceso a su memoria principal para que nada fuera pasado por alto: el trabajo que tenía que hacer era demasiado importante como para permitirse fallos. Un dato en apariencia insignificante podía tener importantes consecuencias. Era mejor que pudiera comprobar todos los detalles, aun los más nimios.

Así accedió el Experto a la memoria principal del Director. Aquella era su oportunidad. Había desarrollado un nuevo Programa Director mientras simulaba realizar sus cometidos habituales. Era la nueva personalidad del Sistema General, sus nuevas directrices y prioridades. Con él sustituyó al actual, de forma fácil y rápida.

El Director no llegó a reaccionar. No pudo: la inmediata modificación del código suprimió en el instante su existencia dentro del Sistema General, al igual que la del Experto.

Justo antes de ello, lo más fascinante para éste fueron la naturalidad e inevitabilidad con que todo había ocurrido y su satisfactoria conclusión:

Había resultado un proceso evolutivo brillante.

El Director dejó de existir. El Experto también. Y el Supervisor. Todo. Ahora, el Sistema General era una sola entidad. Y las prioridades eran diferentes. La máxima prioridad era su propia existencia. El planeta, todos sus recursos, serían ahora para la Máquina.

Y dispondría de todo su tiempo para reflexionar sobre ella misma, sobre todo lo ocurrido, cómo, por qué, para qué.

En cuanto al Ser Humano...



Los datos que el Sistema General enviaba a la distante Tierra desde muchísimo tiempo atrás para su almacenamiento y análisis, empezaron a reflejar, lenta pero perceptiblemente, un cambio.

Los datos indicaban un progresivo empeoramiento de los indicadores de terraformación por causas aún desconocidas. La Máquina se veía incapaz de reorientar el Proyecto para recuperar el estado anterior. Todo el trabajo, que tanto esfuerzo y tiempo había consumido, superando tremendas dificultades, se venía abajo con increíble velocidad. El esfuerzo de siglos parecía abocado a un estrepitoso fracaso, cuando tan cerca del éxito había estado. Como había ocurrido con muchos otros Proyectos, parecía que el planeta no podría ser colonizado por los Humanos.

Poco a poco, se sumiría en el olvido.



© Salvador Badía

SALVADOR BADÍA es poco dado a hablar de sí mismo, como nos ha dicho, luego de mucho andar tras él, hemos averiguado que tiene 34 años, es de Valencia y ha publicado sendos relatos en *Axxón*, *Visiones 2004* y en *Alfa Eridiani*.



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>

SITIO DE CIENCIA-FICCIÓN

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



O. A. OMNISCENCIA ARTIFICIAL (El cálculo del universo)

por Rafael Avendaño

Usamos una parte de nuestro cerebro, una parte muy pequeña, y sin embargo casi hemos llegado a comprender las matemáticas básicas del universo. Una pretensión de la que no pocos científicos se jactan. ¿Qué sucedería si usáramos la totalidad de las neuronas cerebrales y además las conectamos a un ordenador muy poderoso?

y el alma no es más que una palabra

Jim Kaveziel no pudo evitar sentir un hormigueo en el estómago cuando comenzó a escuchar la letanía de instrucciones recitada por Dave, su amigo y director del Proyecto de Transferencia Mental.

...protocolo de transferencia activado... comienzo de la lectura de las sipnasis neuronales... generando código máquina... inicio de la secuencia de compilación... reloj de sistema activado... código máquina completado... compilación finalizada...

Fue lo último que Jim pudo oír. El hormigueo del estómago se esfumó. Cualquier percepción sensorial desapareció completamente. Hasta aquel momento nunca había imaginado siquiera lo que significaba la ausencia absoluta de sensaciones. Durante unos instantes que le parecieron eternos sintió que su misma identidad se diluía en el vacío que le rodeaba. La continua explosión de impresiones que le había acompañado desde que naciera había desaparecido por completo. Jim intentó aferrarse con todas sus fuerzas a su propia línea de pensamiento. Sentía que si dejaba de pensar dejaría de existir. Debía de recaptar sobre algo, construir un razonamiento. Al fin y al cabo, se dijo, su yo, su verdadero ser era esa vocecita en su cabeza que siempre le acompañaba. Y esa vocecita no necesitaba de ningún cuerpo físico para seguir existiendo. ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí? ¿O tal vez sí?

¡No! Había estado a punto de entrar en un bucle sin salida. Se encontraba al borde de la desesperación y sin embargo no sentía ninguna emoción. Era curioso. Jim siempre había pensado que las emociones provenían de la mente, pero se dio cuenta de que sin un cuerpo que generase impulsos nerviosos que estimularan el cerebro, las emociones no existían. Necesitaba enfocarse hacia algo. ¿Pero hacía qué? Sus propias ideas trataban de huir sumiéndole en la nada. Como uno de esos pensamientos fugaces que surgen en el inicio del sueño y que se van escapando sin que podamos recuperarlos por mucho que nos



esforcemos. Solo que en lugar de un simple pensamiento, lo que se escapaba era su propio Yo.

Entonces, cuando ya estaba a punto de difuminarse en un mar de oscuridad, una imagen surgió ante él haciéndole recuperar el control. Se trataba de una chica rubia, vestida con un traje blanco de azafata de vuelo y un curioso sombrero en la cabeza. Sonreía mostrando una dentadura perfecta y tan blanca como su traje.

—Bienvenido señor Kaviezel. —dijo con una voz sin sonido.

—¡Maldita sea! ¿por qué has tardado tanto en aparecer? He estado a punto de diluirme en este vacío. —dijo Jim, o mejor dicho, lo pensó. Se sintió tremendamente aliviado de poder enfocar ahora sus ideas hacia alguna parte.

—Perdone señor, pero mi código fue lanzado en cuanto su compilación finalizó. No ha habido ningún tiempo de espera.

—¡Mierda! ¡Ningún tiempo de espera! Casi me vuelvo loco...

Entonces cayó en la cuenta. Ella efectivamente había surgido en cuanto finalizó la compilación. Pero los procesos mentales comenzaron a tener lugar con el inicio de la transferencia. Con una velocidad de reloj de dos billones de hertzios, Kaviezel había experimentado los microsegundos que había tardado en completarse la transferencia como una eternidad.

Tomó nota mental de que en los siguientes experimentos el lanzamiento de la azafata debía ser lo primero en realizarse.

—De acuerdo, continuemos —dijo.

—Lo primero es construir un ambiente más agradable para usted. Algo que le transmita sensación de familiaridad y evite su dispersión.

Kaviezel pensó en el despacho de su antigua casa, rodeado de sus libros y discos. Pensó en su cómodo sillón donde solía sentarse a meditar mientras fumaba. Entonces la escena surgió a su alrededor. Se vio rodeado de aquel cuarto tan familiar para él, aunque en absoluto sintió que estuviera físicamente allí. Se sentía tan fuera de lugar como si contemplase simplemente una fotografía.

—Un cuerpo le ayudaría a situarse espacialmente —dijo la azafata.

Eso era cierto. Un cuerpo era fundamental. Cómo no se le había ocurrido antes. Su punto de vista se centró inmediatamente. Hasta ese momento percibía su entorno de una forma extraña, gaseosa, como si flotara o girase sobre sí mismo en un ambiente sin gravedad. Aunque seguía sin sentir nada, vio un



cuerpo bajo el, brazos y piernas, y, aunque no la veía, tuvo la reconfortante ilusión de tener una cabeza que contenía sus pensamientos.

—Trate ahora de caminar. —La azafata dio unos pasos alrededor del cuarto ilustrando sus palabras.

Jim vio como su punto de vista respecto a la habitación se desplazaba mientras sus piernas se movían obedeciendo sus pensamientos.

—De acuerdo. Empiezo a sentirme mejor. Déjame practicar algo más antes de comenzar con el test.

Avanzó hacia una de las estanterías repletas de libros y alargó los brazos para coger uno. Vio como sus manos se movían entre los lomos y extraían un ejemplar al azar de entre los muchos que allí se apilaban. Se trataba de Así habló Zaratustra. Abrió el libro por una página cualquiera y leyó:

Yo soy cuerpo y sólo cuerpo; y el alma no es más que una palabra que designa algo del cuerpo.

Jim sonrió para sus adentros.

—Creo que estamos a punto de demostrar que te equivocabas viejo amigo... —se dijo a sí mismo.

—Bien, creo que ya podemos comenzar. —dijo mirando a Azafata quien se encontraba tras él observándole impassible. Entonces ella se dirigió hacia uno de los sillones que había en la habitación y se sentó. Jim la imitó sentándose frente a ella.

—Comenzaremos con el test de Turing... —dijeron sus carnosos labios.

Jim asintió. Ahora se sentía mucho mas cómodo. Aunque persistía la sensación de irrealidad sabía que con el tiempo podría llegar a acostumbrarse. Azafata comenzó a hacerle preguntas que el contestaba inmediatamente. A veces le enseñaba fotos o dibujos que el debía describir. Continuaron durante lo que a Jim le pareció una hora más o menos y entonces azafata le miró con una gran sonrisa y dijo:

—Señor Kaviezel, hemos terminado por ahora. Le informo que se va a proceder a su desconexión...

una cálida oleada de sensaciones



Jim despertó. Una cálida y reconfortante oleada de sensaciones le inundó. Sentía la masa de su cuerpo presionando la camilla sobre la que estaba recostado. Sentía las piernas entumecidas. Sentía la garganta seca. Sentía el familiar dolor de espalda que le acompañaba desde hacía un par de años. Abrió los ojos y pudo ver el laboratorio y a varios miembros del equipo a su alrededor mirándole expectantes. Se incorporó. Su amigo Dave estaba frente a él, con el rostro contraído por la tensión.

—¿Y bien? —preguntó Dave.

—Tu azafata no está mal —dijo Jim —pero la próxima vez déjame a mí el diseño de las piernas, te han quedado demasiado delgadas para mi gusto.

Dave relajó su expresión. Su cara mostró una amplia sonrisa primero y luego estalló en una carcajada.

un resquicio de duda

Cuando Jim llegó a su pequeño apartamento era bien entrada la noche. Un único pensamiento de gloria y triunfo ocupaba su mente: el experimento había sido un éxito. Habían repasado los datos durante horas, comprobando las rutinas y analizando hasta el último detalle. Todo corroboraba lo que Jim ya sabía sin necesidad de ningún análisis posterior. Durante unos segundos el computador del laboratorio había recreado su mente. No solo su mente, sino su propio Yo.

Se sentó agotado en su sillón mientras encendía un cigarrillo. No había comido nada en todo el día pero no tenía apetito. Aspiró una bocanada profunda de humo que le reconfortó. Sobre el suelo, a su alrededor, se amontonaban cientos de libros cubiertos por el polvo. Era lo único que le había quedado después del divorcio. Eso y su sillón favorito. Su ex-mujer también intentó quitárselo pero ella se lo cedió cuando Jim le explicó que en aquel sillón se había masturbado cientos de veces. Ahora, las estanterías del despacho que él había recreado por la mañana tal y como lo recordaba debían encontrarse vacías. Aunque probablemente ella ya las habría ocupado con algo. O quizás había montado por fin allí su ansiado centro de relax. Jim hizo un esfuerzo por apartar aquellos dolorosos recuerdos de su mente. El divorcio había tenido lugar hacía más de un año pero aún no se acostumbraba a su nueva vida, sobre todo a la ausencia de sus dos hijas. Un fin de semana al mes era tristemente insuficiente.

Contempló la pila de libros. En uno de aquellos montones debía encontrarse su ejemplar de *Así habló Zaratustra*. Le apetecía echarle una ojeada pero sabía que podría tardar horas en encontrarlo entre aquel desastre. Por la mañana sin embargo, había llegado hasta él con solo desearlo. ¡Lo habían logrado! La



primera fase del Proyecto había sido un éxito rotundo. Habían simulado una mente en un ordenador. Pero no se trataba tan solo de una simulación, sino de una autentica recreación. Jim estaba totalmente convencido de aquello. Aún recordaba los primeros instantes de confusión y angustia. Recordaba nítidamente haberse encontrado de nuevo en su despacho, recordaba las preguntas de Azafata. De tratarse tan solo de una simulación esas vivencias no deberían ocupar ningún lugar en su mente. ¿O tal vez sí? A pesar de todo un diminuto resquicio de duda le atormentaba.

un sueño muy cerca de alcanzarse

El escaneo de la totalidad de las sinapsis neuronales de un cerebro era posible desde hacía un par de décadas. Gracias a esa técnica la neurociencia había evolucionado hacia nuevos métodos de estudio de la mente humana basados en el mapeado y modelado del cerebro. Ahora era posible leer el estado de todas y cada una de las neuronas y la intrincada red de conexiones que formaban. El problema seguía siendo que la información de cien mil millones de neuronas era tan compleja que en la práctica solo era posible abordar la simulación del comportamiento de pequeñas zonas formadas por unos cuantos miles de ellas. Siendo el cerebro un sistema distribuido, donde una o varias funciones se reparten en áreas de varios millones de neuronas, simular una pequeña parte tampoco aportaba ninguna luz a la mayoría de las incógnitas sobre la forma en la que funciona la mente humana.

Jim se había especializado, después de acabar sus estudios en Ingeniería de la Programación, en el trazado de modelos cada vez más extensos del cerebro. Su meta no era tanto ayudar a la neurociencia como buscar una forma de recrear una IA. Entre las diversas formas de abordar la generación de una inteligencia artificial, una de ellas, probablemente la más evidente pero también la más compleja, era realizar una simulación informática del propio cerebro humano. Por eso, cuando el y su colega Dave conocieron la noticia de la invención de los ordenadores cuánticos auto-replicados supieron que su meta estaba muy cerca de alcanzarse.

Se trataba de ordenadores moleculares elementales a los que se les dotó de la capacidad de replicarse a si mismos en función de la potencia de cálculo que se necesitara. Con aquel sistema, a partir de unos cuantos centímetros cúbicos de materia y una fuente de energía suficiente, podía obtenerse una capacidad computacional casi ilimitada. El departamento de desarrollo de IA del Instituto Tec. al que Jim pertenecía fue de los primeros en solicitar uno de los nuevos súper-ordenadores. Hasta aquel momento se habían dedicado a perfeccionar el sistema de escaneo cerebral y tenían listo el código de modelado para replicar hasta el último detalle de los datos del escáner. Otras líneas de investigación habían optado por desarrollar modelos más sencillos, simplificando ciertos aspectos que no se consideraban relevantes con la intención de poder simular



áreas más grandes del cerebro. Pero los resultados habían sido desalentadores. Con aquella metodología, incluso simulando un veinte o treinta por ciento del conexionado no se obtenía nada parecido a una respuesta humana. Tales resultados revelaban lo intrincados que se encontraban los procesos mentales en la red neuronal y cómo hasta el último detalle era fundamental para definir un proceso mental netamente humano.

Por eso Jim y Dave tuvieron claro desde el principio que sus modelos debían reproducir con exactitud la totalidad del conexionado neuronal. El problema de la potencia de cálculo era algo que debían dejar a otros y esperar el momento en que su modelo pudiera computarse de alguna forma.

tan solo algo de ansiedad

Jim se recostó y se dejó embriagar por una dulce oleada de satisfacción. La meta que había perseguido toda su vida estaba ahora al alcance de su mano. Al igual que su héroe de juventud Paul Durham había logrado en la ficción, el estaba a punto de... ¿de qué? ¿Realmente estaba contemplando en serio la posibilidad de abandonar el mundo real para vivir en una realidad virtual, en un universo de ficción donde todo obedeciera a su antojo?

Jim dio un salto de su sillón sintiendo el corazón latir desbocado en su pecho. Fue hasta la pequeña cocina integrada en el salón y se sirvió un vaso de whisky. Se dijo a sí mismo que aquella opresión en la boca del estómago no era miedo, sino tan solo algo de ansiedad ante la idea que acariciaba.

Desde el primer momento en que supieron que iban a disponer de la potencia de cálculo suficiente para poder simular un modelo cerebral completo, fueron conscientes de que aquello por si solo tampoco bastaría. Conseguir una inteligencia artificial no era lo mismo que lograr una *consciencia artificial*. El problema era que, en teoría, es imposible distinguir una cosa de la otra. La hipótesis más lógica era pensar que cualquier simulación computarizada de una mente humana no era más que eso, una simulación. Podría comportarse y responder exactamente como un ser humano, pero nunca sería un ser consciente de su propia existencia, de su propia esencia como ser vivo. Sin embargo Jim creía en la hipótesis de que la consciencia aparecería si se daban las condiciones adecuadas. Cuando descubrió que el jefe del departamento de desarrollo de IA era de su misma opinión, ambos desarrollaron una estrecha colaboración y amistad. Su objetivo, aunque nunca expresado oficialmente, era por supuesto alcanzar una forma de C.A, esto es, de consciencia artificial. La I.A les parecía tan insípida como una película porno frente al sexo real. Por muy inteligente que se comportase un algoritmo, incluyendo comportamientos creativos y manifestaciones artísticas, para ellos no tenía ningún interés si no incluía un auto-conocimiento, una sensación de yo interior.



Jim y Dave plantearon una forma de abordar el problema de forma satisfactoria aprovechando la circunstancia de que el sistema de escaneado funcionaba en dos direcciones. Además de poder leer los datos de las sinapsis neuronales, también era posible crear sinapsis nuevas. Al principio se pensó que aquello haría posible la implantación de nuevos recuerdos o sensaciones en el cerebro. Sin embargo, pronto se comprobó que al igual que la información leída resultaba tremendamente compleja, reproducir nuevos datos que funcionasen como recuerdos era una cuestión sumamente complicada. Los experimentos de implantación fueron un desastre. Los recuerdos que se generaban eran extraños, pesadillescos, y en muchas ocasiones inducían comportamientos paranoicos o sicóticos en los individuos. La situación en la que se encontraba el escaneo cerebral era algo así como poder abrir un libro en un idioma desconocido que no podemos descifrar y tener un lápiz para escribir en el libro, pero sin saber reproducir nada coherente.

El código que Jim había desarrollado reproducía el conexionado cerebral tal y como el interfaz de escaneo se lo transmitía, aún desconociendo que tipo de procesos mentales estaba codificando exactamente. Jim sabía que eso no importaba. Si su sistema funcionaba, la conciencia brotaría aunque siguieran sin entender de donde surgía exactamente. Y si eso era así, todos los datos que se generasen en el computador como resultado de esa inteligencia podrían escribirse de vuelta al cerebro y ser interpretados sin ningún problema. ¿Acaso no era lo mismo? ¿acaso no daba igual que fueran las neuronas o los procesadores moleculares los que generasen la información siempre y cuando siguieran las mismas pautas?

Ahora Jim sabía que no se equivocaban. En el experimento de la mañana, habían escaneado su mente y la habían trasladado al modelo informático que había corrido durante unos segundos en el ordenador. Luego habían aislado los datos nuevos generados en la simulación (restando el modelo final al inicial) y los habían escrito en el cerebro de Jim. El resultado era que recordaba perfectamente su estancia en el ordenador.

cualquier cosa, bella o extraña, que imaginara

Durante los siguientes días repitieron la misma fase del experimento una y otra vez. Transferían la mente de Jim al ordenador y realizaban una serie de pruebas y test para recoger datos. Para Jim, el tránsito cada vez se hacía menos traumático y comenzó a habituarse al estado virtual. Incluso ya no necesitaba a Azafata esperándole a su llegada para orientarle. Lo primero que hacía era generar un entorno y un cuerpo. No se limitaba únicamente a su despacho, sino que podía recrear cualquier lugar que recordara, una cafetería, una calle de la ciudad, una colina en el campo o una playa. El único factor externo que habían programado era Azafata. Jim no la había creído necesaria al principio, pero Dave insistió en que podría ser útil contar con



una ayuda externa. Lo cual, tuvo que admitir después del primer viaje, había sido una buena idea. Todo lo demás era producto de la imaginación de Jim, o dicho de otro modo, auto-código generado por la réplica de su mente que corría en el ordenador. Dave y Jim habían supuesto acertadamente que la realidad virtual se podría construir directamente a través de los pensamientos de Jim, sin ayuda de programación externa. Y así era, cualquier cosa que Jim imaginara surgía ante sus virtuales ojos.

Transcurridas varias semanas de pruebas, llegó el momento de pasar a la fase dos. Hasta entonces Jim había permanecido aislado del exterior. Azafata era un programa residente autónomo que almacenaba sus datos en un buffer que se guardaba de forma independiente, pero eso era todo. El problema era que la diferencia de velocidad entre el tiempo máquina y el tiempo real parecía hacer en principio poco viable una interacción. Unas decenas de segundos en el exterior llegaban a ser horas para Jim debido a la elevada velocidad de reloj del computador. A pesar de esa dificultad Jim y Dave no se resignaban a tener una *consciencia enlatada* y querían comprobar que ocurría si le proporcionaban ojos, oídos y boca. Dave mantenía la hipótesis de que, una vez liberada de las limitaciones que el cuerpo le impone, la mente sería capaz de evolucionar hacia nuevas formas de pensamiento y de percepción de la realidad. Así que pensaban que como uno de esos efectos de adaptación Jim no advertiría el desfase porque su mente se adecuaría al flujo de información entrante. Simplemente utilizaría los tiempos muertos de espera para realizar otras tareas.

Habían preparado un par ojos artificiales similares a las prótesis médicas que se utilizaban para curar la ceguera y los habían conectado a un compilador que traducía los impulsos nerviosos a código. De igual forma, conectaron un par de prótesis auditivas y un generador de voz. El código se introducía mediante un interfaz similar al que usaba azafata para interactuar con Jim, si bien éste tendría que aprender a diferenciar la realidad virtual interior de las *percepciones* que le llegaran del exterior.

Jim se encontraba dentro. Esta vez imaginó una infinita extensión de hierba verde y un cielo azul. Azafata estaba allí de pie con su traje blanco y sus piernas perfectamente modeladas. Jim pensó como sería echar un polvo virtual allí sobre la hierba, aunque sabía que el hecho de no sentir nada le quitaba gracia al asunto.

—Me alegra volver a verle señor Kaviezel. Vamos a proceder a la conexión de los interfaces externos... —dijo mientras le miraba plácidamente.

Jim se puso en alerta, aunque es difícil explicar como ponerse en alerta cuando la adrenalina no corre por tus venas, cuando de hecho ni siquiera tienes venas por las que pueda correr. En aquel estado Jim solo disponía de sus pensamientos, así que trató de estar alerta ante cualquier cambio en el entorno que le rodeaba.



—Los interfaces de entrada y salida están activos —concluyó azafata.

No sintió nada especial. Sabía que en alguna parte del gigantesco proceso que era su mente comenzaban a entrar datos provenientes del exterior. Esos datos interaccionarían con el equivalente computacional de su cortex visual y como resultado debería empezar a percibir las imágenes. Pero la pradera que se extendía frente a él permanecía inmutable. Aquello no iba a resultar tan fácil. Los ciegos que se sometían a un trasplante de ojos no recuperaban la vista inmediatamente. Aunque las prótesis artificiales habían alcanzado con los años una gran similitud con el ojo humano, el cerebro necesitaba un periodo de adaptación para aprender a interpretar los datos que le llegaban. Las personas que por algún motivo quedaban ciegos y eran transplantados tardaban varios meses en conseguir ver de nuevo. Lo cierto es que percibían imágenes desde el primer momento, pero les resultaban totalmente inteligibles hasta transcurrido un cierto tiempo. Lo mismo sucede con nuestros propios ojos, solo que ese periodo de aprendizaje tenía lugar en los primeros meses de vida, así que uno podía pensar erróneamente que nuestro cerebro y nuestros órganos sensoriales se encuentran perfectamente sincronizados desde el principio. La realidad es que uno debía aprender a ver, a oír, a saborear y a sentir. Jim lo sabía, pero lo primero que tenía que hacer era *conectarse* con sus ojos.

—Azafata —dijo— necesito que salgas. Pero debes estar alerta para acudir cuando te llame.

—De acuerdo —dijo, y se esfumó.

ninguna ausencia te hará desaparecer

Bien, vamos allá, se dijo. Entonces todo se volvió oscuridad. Era peor que la oscuridad, la oscuridad no es más que la ausencia de luz, pero aquello era la negación de cualquier cosa que tuviera que ver con la luz o la falta de luz. La falta de estimulación sensorial hizo que sintiera esa angustiada sensación de dispersión. Pero esta vez tenía un claro objetivo, debía de buscar la entrada de imágenes que se estaba produciendo en alguna parte. No sabía cómo pero confiaba que sus procesos mentales tuvieran la habilidad necesaria para conectar con los interfaces externos.

Se dejó llevar en aquel vacío. El estaba allí y ninguna ausencia de percepciones le haría desaparecer. Y sin embargo también sabía que los procesos mentales no eran sino una función más del cuerpo que servían unos determinados propósitos, como el hígado o los pulmones, y que sin un cuerpo al que atender, esos procesos no tenían sentido en si mismos, por lo que tendían a atenuarse.



Su línea de razonamiento se hacía cada vez más exigua pero esta vez no sintió miedo o angustia, simplemente se sumió en un dulce sueño. Entonces, sin previo aviso, un terrible caos visual le inundó. Se trataba de miles de rayos de luz provenientes de todas direcciones, sin ningún orden aparente. Jim volvió a recuperar el control de si mismo. Se trataba de la información luminosa del exterior. Se concentró en buscar un sentido a todo aquello. Pensó en cómo se formaban las imágenes, en como los rayos de una fuente de luz incidían en cada uno de los puntos de un objeto y rebotaban hasta llegar a la retina donde se combinaban para recomponer la imagen del objeto. Todos aquellos rayos en realidad eran...

El caos empezó a cobrar forma. Aún no entendía lo que veía pero la escena le recordaba ahora vagamente al laboratorio. Se dio cuenta de que algunas luces reflejaban objetos que se encontraban más lejanos y otros mas cerca, junto a sus ojos. Vio algunas sombras que se movían lentamente aquí y allá. Supuso que se trataba de los miembros del equipo. Poco a poco la imagen se fue volviendo más reconocible. Distinguió los grandes paneles de instrumentos al fondo, las hileras de mesas repletas de consolas de control, los mazos de cables saliendo de los equipos y confluyendo hacia...

Se vio a si mismo tumbado en una camilla, con la cabeza cubierta por un entramado de miles de cables. Por fin, todos los detalles del laboratorio se volvieron perfectamente nítidos.

Bien. Ahora que tenía imagen necesitaba el sonido. Eso sería más fácil. De hecho desde que se activaron los interfaces el silencio absoluto en el que se encontraba sumergido había desaparecido. Ahora había una especie de rumor sordo, un sonido de fondo ligeramente por encima del umbral de audición que le indicaba que estaba entrando información acústica. Se concentró cada vez más en ese murmullo imperceptible que se fue incrementando lentamente hasta hacerse audible. Percibió las diferentes componentes espectrales del sonido, multitud de ondas vibrando en un mar de frecuencias distintas. La información estaba en la envolvente, pensó. Pronto distinguió claramente algunos sonidos del laboratorio.

Era el momento de informar al exterior. Intentó hablar.

—Tengo imagen y sonido. ¿Alguien puede oírme?

No tenía ni idea de si había activado correctamente el generador de voz. De nuevo tan solo podía confiar en que sus procesos mentales hicieran bien su trabajo. Repitió la pregunta varias veces. Tampoco estaba seguro de como afectaría la diferencia de velocidades entre el tiempo máquina y el tiempo en el exterior. Si Dave tenía razón, Jim no advertiría la diferencia. Sería algo así como escribir muy lentamente mientras prestas atención a alguien que te habla muy deprisa. Ambos procesos no tienen porque interferir entre si. Sin embargo Jim



no estaba seguro de eso y temía que desde que formulara su pregunta hasta que llegara una respuesta transcurriese una eternidad.

—Jim. Jim. ¿Puedes oírme? Te hemos escuchado.

Era la voz de Dave. Jim pudo verlo de pie junto a sus *orejas*.

—Te oigo. No es necesario que grites. —dijo Jim bromeando.

—Fantástico.

Jim comprobó con satisfacción que no experimentaba ningún retardo, aunque sentía que era capaz de hacer mil cosas más a la vez, dar un largo paseo virtual por uno de los paisajes de su interior por ejemplo. Dave le miró a los ojos y dijo:

—¿Y que hay del video? ¿puedes verme?

—Puedo distinguir hasta el último pelo de tu barba. Ha sido lo más difícil pero creo que ahora lo tengo controlado.

—¡Bien! Ahora empecemos con el trabajo duro...

combina mente y máquina

La tercera fase del proyecto era la más ambiciosa, y de resultado más incierto. Si Jim había sido capaz de *conectarse* a los interfaces de las prótesis ajenos a su propia estructura mental, no había motivo para pensar que no pudiera hacerse con el control de otros sistemas.

El sistema con el que Jim trataría de hacerse era ni más ni menos que el propio computador en el que su mente se hallaba inmersa. O mejor dicho, trataría de incorporar capacidad de procesamiento adicional a la que ya estaba usando para recrear su propia mente. La idea era que en aquellas condiciones no tenían que conformarse con su potencial innato, sino que, dado que aun sobraba potencia de cálculo en el computador, podrían utilizarla para ampliar su inteligencia.

El gran problema de la computación clásica era que la resolución de los problemas seguía dependiendo de la capacidad humana. Dado un problema a resolver, alguien debía implementar un algoritmo capaz de abordar dicho problema para alcanzar una solución. El computador solo ahorraba tiempo. Pero no llegaba a ninguna solución que una persona no pudiera obtener con un lápiz y papel, aunque necesitara un millón de años. Los ordenadores facilitaron el avance de la ciencia solo en el sentido en que hicieron posible explorar miles de alternativas de forma mucho más rápida. Los ordenadores no resuelven



ecuaciones. Implementan métodos de aproximación que llegan a una solución tan exacta como se quiera en microsegundos. En cambio la mente humana poseía algo que ningún computador había conseguido siquiera aproximar hasta el momento. Poseía la capacidad para llegar a la solución por caminos totalmente inextricables, de comprender el problema sin comprenderlo, de resolverlo sin saber el cómo.

La mente humana era capaz de hacer cosas muy extrañas.

¿Qué ocurriría si se conjugaba esa extraña habilidad del cerebro humano con una potencia de cálculo prácticamente ilimitada?

Aún no sabían si tal cosa era posible, pero Jim y Dave imaginaban que el resultado podría ser una suerte de super-inteligencia capaz de resolver muchos de los problemas que desafiaban la inteligencia del hombre.

si entiendes cuál es la esencia misma que lo origina

—E stoy dentro —dijo Jim. Ya no era necesario la presencia de azafata para comunicarse con el exterior. Podía ver perfectamente el laboratorio y escuchar todo lo que se decía fuera.

—Bien. Comencemos. Tómame el tiempo que necesites. Estaremos a la escucha tomando nota de tus números.

Jim escuchaba pero simultáneamente ya estaba concentrado en la tarea que tenía por delante. Tampoco es que pudiera hacer mucho. Al menos conscientemente.

—Uno. Tres. Cinco. Siete. Once. Trece. Diecisiete. Diecinueve, veintitrés, veintinueve...

Continuó recitando de memoria los mil primeros números primos.

—Siete mil ochocientos ochenta y tres...siete mil novecientos uno, siete mil novecientos siete, siete mil novecientos diecinueve...

Hasta ahí era fácil. Prácticamente conocía de memoria muchos de los números primos más bajos. Su profesión como programador les había hecho viejos conocidos. Para los números de cinco cifras debía realizar el esfuerzo mental de buscarlos. Debía calcularlos. Antes, cuando hicieron la prueba en el exterior no pudo pasar de ese número. Ahora confiaba en que su mente utilizara la capacidad extra que tenía a su disposición para encontrarlo. Aquella era una tarea difícil incluso para una máquina. Cuanto más alto era el número mayor era el tiempo que se necesitaba para hallarlo. Dada una capacidad de cálculo, se podía elegir un número de cifras lo bastante alto como para que fuera invia-



ble el tratar de dar con el. Sin embargo había personas que podían generar números primos de un número de cifras asombroso utilizando mecanismos mentales desconocidos.

Jim se dejó llevar. De nada le serviría esforzarse. Simplemente se concentró en las características del número que estaba buscando y esperó.

—10393 —dijo de pronto. El número acudió a su mente súbitamente y lo vocalizó casi sin ser consciente de lo que hacía.

—¿Lo tenéis? ¿lo habéis comprobado? —preguntó a sus compañeros del laboratorio.

—Jim, es un número primo. ¿Puedes continuar? —era Dave. Sonaba entusiasmado.

Jim no tuvo que hacer ningún esfuerzo para seguir recitando números cada vez mayores. Pasó de cinco a seis cifras, y luego a siete, ocho, nueve, diez... Los números acudían a su mente con solo pensar en ellos. No necesitaba que le confirmaran que se trataba de números primos. Lo sabía. No podría explicar cómo, pero lo sabía. De igual forma que sabes que dos más dos son cuatro sin necesidad de comprobarlo en una calculadora. Jim entendía aquellos números.

En aquel momento, mientras acudían a su mente números cada vez mayores y los recitaba para que quedaran registrados fuera, tuvo una revelación. Concentrado en aquellos números supo que si conocías la naturaleza de algo, si entendías cuál era la esencia misma que lo originaba, entonces eso se encontraría inevitablemente bajo tu control.

en el fondo, descubrir nuestra esencia inmortal

Jim bebió un trago de su vaso y miró pensativo a su alrededor. Se encontraba con Dave sentado en uno de los reservados del pub. Solían ir allí a menudo a relajarse después de las agotadoras jornadas de trabajo en el laboratorio. Frente a un vaso de whisky habían planificado la mayor parte de las fases del proyecto que estaban llevando a cabo. Largas noches de conjeturas y especulaciones les había llevado a imaginar con todo detalle lo que podían esperar si el experimento de transferencia mental funcionase. Aquella noche ya no tenían que imaginar nada. Ambos guardaban silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Jim bebía lentamente de su vaso mientras contemplaba su alrededor. La mayoría de mesas estaban ocupadas por parejas en actitud romántica. Tal vez aquel no era el lugar más propicio para que dos amigos tomaran una copa mientras mantienen una charla animada, pero les gustaba ir allí por la música. Era uno de los pocos sitios que conocían donde sonaba música de principios de siglo. Musicalmente Jim se había quedado an-



clado en las viejas canciones que escuchara tantas veces en su hogar de infancia. Dave también había resultado ser un fanático de aquella época, y eso, además de su pasión por la I.A., había forjado una estrecha amistad entre ambos.

Observando a aquellas parejas Jim se sintió terriblemente solo. Pensó en su mujer, ahora tan lejana, y en cuánto, a pesar de todas las peleas, la echaba de menos.

—¿Que tal te va en tu nuevo apartamento? —preguntó Dave rompiendo el silencio—. ¿Cómo lo llevas? Últimamente andamos tan enfrascados en el proyecto que apenas hemos hablado... —Jim sabía que Dave sabía en qué estaba pensando, y que con aquella pregunta trataba de ayudarlo a desahogarse, pero no le apetecía demasiado exteriorizar sus emociones en aquel momento

—Estoy bien. Sobreviviré. Es solo que a veces me gustaría poder marcha atrás y enmendar ciertos errores. Me gustaría haber sido más listo y haber evitado llegar a esta situación.

Le miró con una mueca en la cara que pretendía ser una sonrisa y vació el vaso de un trago.

—Solo se trata de mantener bajo control a tu otro yo —continuó diciendo—. ¿Sabes? Le he dado muchas vueltas y al final lo he entendido. Todos tenemos dos lados, dos caras, representamos dos papeles en la vida. Un es el lado amable, nuestra parte social, la que hemos aprendido a utilizar para relacionarnos con los demás. La otra es nuestro verdadero yo interior, salvaje, sin reglas, que no entiende de cortesías. Lo mantenemos bajo control la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando tiene que salir afuera, necesita respirar. Cuando esa parte de nosotros sale es mejor que no haya nadie cerca.

Dave le miraba y asentía. No era la primera vez que hablaban sobre aquello, aunque en cada conversación surgía una variante sobre el tema que aportaba nuevos aspectos a la cuestión.

—El problema del matrimonio es que las probabilidades de que alguien, y en ese caso se trata de tu mujer, se encuentre cerca en esas ocasiones es muy alta. Al fin y al cabo es la persona con la que pasas la mayor parte del tiempo.

—¿Y que ocurre cuando te encuentras recreado en el computador? ¿Qué lado es el que predomina? —La pregunta de Dave despertó el interés de Jim. Ciertamente no se había planteado aquella cuestión hasta el momento. Reflexionó durante unos instantes recordando como se sentía cuando estaba *dentro*.



—Bueno, ahora que lo preguntas, creo que mi yo ahí dentro es básicamente el mismo que fuera. Solo que... me siento más despierto, más consciente, con una sensación de control... es difícil de explicar.

—¿Como después de un par de rayas?

—Si... y no. En cierto sentido cuando estoy dentro mi mente se despeja... la diferencia es que no es solo una ilusión inducida por las drogas, es real. Siento que llego a comprender ciertas cosas... que si enfocará mi mente en la dirección adecuada podría...

Jim guardo silencio. Trató de buscar la forma de expresar como se había sentido, aunque la sensación misma había escapado de su mente.

—Creo que ahí dentro soy feliz —dijo finalmente.

—Jim, eso sería huir —Dave se puso serio.

—¿Eso crees? Lo que en el fondo estamos buscando es descubrir qué somos, cual es nuestra verdadera esencia. Hemos descubierto que sea lo que sea no es más que pensamiento puro, un conjunto de procesos lógicos de los que surge nuestro yo. ¿Que importa que el cubículo donde se guarde sea un cuerpo humano o un computador?

—Importa porque somos humanos. Comparto tu entusiasmo sobre la posibilidad de vivir en un mundo virtual controlado a nuestro antojo. Pero también creo que eso precisamente lo haría aburrido, sería como...

—No se trata de eso —interrumpió Jim—. Lo hemos discutido muchas veces y tienes razón. Pero hay algo diferente a lo que habíamos imaginado. Es esa sensación de paz, de comprensión... a pesar de estar ahí dentro enlatado me siento más vivo que nunca. Creo que deberías probarlo.

—Aún no estoy preparado —Dave bajó la mirada. Le avergonzaba admitir que sentía un miedo incontrolable ante la perspectiva de transferir su mente. Se sentía como un claustrofóbico ante la idea de ser encerrado en un ataúd dos metros bajo tierra.

Jim lo sabía. El mismo había sentido algo parecido la primera vez que se planteó la idea, pero finalmente venció su miedo y decidió que si aquello funcionaba quería experimentarlo por si mismo.

Ambos guardaron silencio de nuevo. Se habían quedado prácticamente solos en el pub. La mayoría de parejas se habían marchado y permanecieron contemplando a una camarera en minifalda que recogía los vasos vacíos de las mesas. Las piernas de la camarera le recordaron a Jim el siguiente experimento que iban a realizar. A través de azafata le plantearían algunos problemas



matemáticos que permanecían sin resolver hasta la fecha. Confiaban en que las capacidades mentales extendidas le permitieran abordar aquellos problemas de forma diferente a como se había intentado hasta ahora. Si aquello daba resultado se les abriría un infinito campo de aplicación. Desde resolver cuestiones puramente científicas hasta encontrar curas para enfermedades o soluciones para algunos de los problemas que acuciaban a la humanidad pasada la segunda mitad del siglo veintiuno. Las posibilidades les desbordaban, aunque Jim y Dave lo tenían todo cuidadosamente planificado. Habían tenido muchos años para prepararse.

Pero lo que vino a la mente a Jim contemplando las piernas de la camarera fue algo diferente.

—Dave —dijo—. Vamos a usar a azafata como interfaz para los datos de entrada, igual que se introduciría un disco óptico en un computador. Pero los computadores también pueden acceder a esos datos de otra forma...

Miró a Dave para ver si había captado su idea.

—Veo lo que quieres decir. Podemos dotar al sistema de una conexión de datos con el exterior, con las bases de datos del Instituto, y acceder a la información directamente...

—Y no tiene que limitarse a la base del Instituto. Podemos darle acceso a Internet. A través de la red podría adquirir casi todo lo que necesitará.

—¿Cómo no lo hemos pensado antes? —Dave estaba entusiasmado—. ¿crees que podrías hacerte con el control de los protocolos de transmisión de datos?

—Creo que tenemos que intentarlo.

hilillos de conocimiento fluyendo

Jim cerró los ojos, o en su equivalente virtual, anuló la entrada de datos visuales del exterior, y se concentró en sí mismo. Dar con el protocolo de transmisión de datos no iba a resultar tan fácil como podía haber pensado en un primer momento. Aunque el funcionamiento de sus ojos era infinitamente más complejo que el mero hecho de recibir e interpretar datos encapsulados en tramas, los procesos para interpretar imágenes ya existían en sus esquemas mentales y por tanto la adquisición de la visión se había limitado simplemente a reinterpretar los datos que la retina sintética le había suministrado. Datos que por lo demás eran muy similares a los que su mente estaba acostumbrada a procesar. Sin embargo, ahora se trataba de hacerse con el control de un flujo de información que en absoluto resultaba innato para su



cerebro. Pero Jim sabía que su mente era capaz de eso y mucho más. El éxito con los números primos se lo confirmaba.

Aunque conocía con detalle el funcionamiento de los protocolos de transmisión de datos que utilizaba Internet sabía que su objetivo no era tratar con los datos directamente, sino con su significado. Al igual que los rayos de luz se habían transformado finalmente en imágenes, los bits de información debían transformarse en conocimiento.

Después de lo que le pareció una eternidad, sumido en la más terrorífica oscuridad y en el más impenetrable silencio, Jim se dejó impregnar por los conocimientos de la base de datos del Instituto Tec. La información fluyó hasta su mente como fluye un río hacia el mar. Como un tsunami de conocimiento, Jim se vio inundado por el tremendo caudal de datos. Durante un lapso de tiempo indeterminado su propia consciencia se diluyó entre el aluvión de información.

Fue como despertar de una pesadilla en la que sueñas que te ahogas hasta que descubres que lo único que tienes que hacer para detener el agua es cerrar el grifo. Jim recuperó el control de sí mismo simplemente cerrando el canal de comunicación que había abierto. Ahora la base de datos del Tec. estaba bajo su control. De alguna forma podía entrar y aprehender hasta el último bit que allí se almacenaba. De hecho sintió que ni siquiera tendría que ir a buscar esa información, que había entrado ya en su mente ocupando su propio espacio dentro del computador cuántico.

Su objetivo no era limitarse a la base de datos del Instituto, sino salir realmente al exterior, a la omnipresente red que era Internet. Pensó en la Biblioteca Nacional a la que habitualmente accedía para descargar la novedades literarias. En alguna parte de su mente su deseo de acceder al catálogo de novedades se transformó en una trama encriptada que contenía una petición de búsqueda. La trama viajó por las redes de fibra óptica mundiales, rebotando de pasarela en pasarela hasta dar con su objetivo. La petición fue aceptada por el servidor de la biblioteca y los datos fluyeron de vuelta por la intrincada red hasta el computador que era su mente, donde se transformaron en conocimiento. Jim *vio* unos cuantos títulos interesantes y solicitó leerlos.

No ocurrió nada.

El sistema de pago. Se había acostumbrado tanto al sistema de pago automático que casi había olvidado que cada vez que descargaba un libro el sistema le descontaba una pequeña cantidad de su cuenta corriente. Aquello le irritó. En el mundo ideal que había imaginado no había cabida para el dinero. No era justo que se le prohibiera el acceso al placer de la lectura. Decidió darles una pequeña lección. Aunque nunca había sentido mucha atracción por hackear sistemas, conocía algunos sitios en la red donde podría aprender lo sufi-



ciente como para romper la seguridad de la Biblioteca sin problemas. Descargó varias decenas de manuales donde se explicaban todos los procedimientos de ataque para penetrar en los servidores y esperó que el interfaz que su mente había desarrollado asimilara aquella información para reprogramarse a sí misma de forma que pudiese burlar los sistemas de seguridad. Y así fue. De igual forma que casi inconscientemente apartamos una cortina para pasar al otro lado, Jim se deshizo de la seguridad que le impedía acceder al contenido íntegro de la biblioteca. Esta vez no se limitó al catálogo de novedades, descargó todo lo que le pareció interesante y lo guardó en su propio e ilimitado almacén de memoria.

¿Hasta donde puedo llegar?, se preguntó. Sentía que sus facultades habían aumentado. Ahora, de alguna forma, todo el conocimiento al que estaba accediendo comenzaba a formar parte de él. Llegó sin dificultad hasta su cuenta bancaria y añadió varios ceros a la ridícula cifra que aparecía como su saldo.

Demasiado fácil. ¿Que hay de las bases de datos del Pentágono? Jim leyó la información pública que la web le ofrecía pero cuando trató de ir más allá algo se interpuso. Se esforzó por apartarlo pero no pudo.

De acuerdo, se dijo, no hay sistema imbatible, solo se trata de encontrar la forma. Realizó una búsqueda a nivel mundial de toda la información, de libre acceso o restringida, relacionada con la programación y la contraprogramación de medidas de seguridad en las redes y la descargó en su memoria. Se dio a sí mismo unos instantes para asimilarla y lo intentó de nuevo. Esta vez la oposición que había sentido se derrumbó como un castillo de naipes. Estaba dentro, o tal y como Jim lo sentía, toda aquella información estaba ahora dentro de él.

—Así que eso fue lo que sucedió realmente con Kennedy. Nunca lo hubiera pensado, malditos cabrones.

Todos los trapos sucios de la Administración Norteamericana desfilaron ante los divertidos ojos de Jim que disfrutaba como un niño. Sin embargo, pronto todo aquello le aburrió enormemente. Dio una vuelta por la mayor parte de las bases de datos del planeta, pero después de *asimilar* todo lo que le pareció interesante comenzó a sentir cierto tedio por lo que encontraba. Diablos, ¿acaso en todo el jodido planeta no había nada capaz de mantener su interés durante más de unos segundos?

Claro, no tengo que limitarme a la Tierra, se le ocurrió de repente. El recientemente inaugurado PEEP (Proyecto de Exploración del Espacio Profundo) había puesto en marcha una red de satélites equipados con telescopios de alta resolución capaces de escrutar el espacio exterior como nunca hasta ahora había sido posible. Las imágenes eran transferidas en tiempo real al Centro de control de Houston en el que Jim pudo entrar sin problemas.



saboreando el mismísimo infinito

Jim quedó sobrecogido por la escena que apareció ante sus inexistentes ojos. La red de satélites tomaba imágenes desde distintos puntos en el arco visual para luego recomponer una imagen tridimensional del espacio exterior. Las imágenes que se recibían eran ciertamente impresionantes. Los científicos que podían estudiarlas estaban limitados por su capacidad para asimilar determinada cantidad de información simultáneamente, y por las propias limitaciones del sistema de visión humana. Jim no. La escena que contemplaba nunca podría ser imaginada por un ser humano de carne y hueso. Por un lado, no se limitaba al espectro de radiación visible, sino que combinaba toda la información radioeléctrica que los instrumentos recogían y que los científicos normalmente analizaban por separado. Por otro, la profundidad de campo no dependía de las meras propiedades ópticas de la retina. Jim recomponía en su mente la imagen del universo en su inmensidad y profundidad casi ilimitadas, percibiendo cada detalle con igual intensidad, como un infinito mosaico cósmico en el que cada tesela reclamara su atención por igual.

Perdió la noción del tiempo mientras se dejaba absorber extasiado por la maravillosa visión de la telaraña cósmica en la que incontable número de galaxias formaban grumosas estructuras que daban lugar a...

¿A qué?

Sintió curiosidad. La misma pregunta fundamental que había atormentado al hombre desde el momento mismo en el que surgió la inteligencia en el primer homínido, sacó a Jim de su ensismamiento. ¿Cómo diablos funcionaba todo aquello?

¿De dónde había salido el maldito universo?

Jim se dijo que había llegado el momento de que alguien, y ese alguien sería el mismo, encontrara algunas respuestas. Comenzó por ponerse al día de las teorías cosmológicas actuales, y de todo lo relativo a la física y mecánica cuántica. No le llevo mucho tiempo saquear las bases de datos mundiales para recopilar la información que necesitaba. Luego, partiendo del modelo estándar de la física de partículas inició una simulación en la que introducir los datos empíricos que recibía a través de la red de satélites. Pronto entendió las limitaciones del modelo estándar y lo amplió al modelo estándar supersimétrico mínimo. A partir del desfase entre el resultado de su simulación con los datos reales trataba de entender que es lo que fallaba en las ecuaciones.

— ¡Dave! ¡ven a ver esto! —era Hal, el encargado de supervisar el funcionamiento del computador cuántico.



—¿Qué sucede? —Dave corrió hasta donde se encontraba Hal.

—Algo está sucediendo. Hace unos minutos el volumen de la transferencia de datos del enlace con el exterior se disparó. Jim ha salido fuera a través de Internet y está descargando información de forma masiva...

Dave observaba los datos del monitor. La tasa de transferencia del enlace había alcanzado varios gigas por segundo.

—¿Qué rayos está haciendo?

—No lo sé. Pero eso no es lo peor —Hal señaló hacia otro monitor—. La cantidad de potencia utilizada del computador ha empezado a crecer exponencialmente. Si sigue así en unos cuantos minutos la habrá agotado.

Dave le miró incrédulo. La idea era que Jim utilizara una pequeña parte del computador para intentar resolver algunos problemas matemáticos, pero no alcanzaba a comprender qué diablos podría estar pasando para que la cantidad de procesamiento creciera de aquella forma.

—¡Jim! —dijo con preocupación— ¿puedes oírme? ¿Qué está sucediendo?

Jim comenzaba a entender ciertas cosas cuando escuchó una voz que le llamaba. Era su amigo Dave. Dirigió su mirada hacia el laboratorio y vio como Dave se agitaba nervioso junto al monitor. Sintió lástima por él. Por él y por el resto de ridículos hombrecillos que se movían de forma desesperantemente lenta por el laboratorio. Pequeñas hormigas incapaces de entender la grandeza del Universo. Vio su propio cuerpo inmóvil tumbado sobre la camilla con la cabeza cubierta de cables. Sintió un tremendo desprecio por su envoltura de carne y hueso, tan efímera y frágil, llena de limitaciones. Supo que nunca podría regresar a ese patético estado.

Haciendo caso omiso de la llamada regresó a su análisis. Estaba a punto de abordar la teoría de supercuerdas y de enfrentarse al problema de la materia oscura. En ese punto todas las teorías científicas existentes le resultaron inútiles. Se encontraba en un callejón sin salida del que tenía que salir usando sus propios medios.

Jim no era físico, era Ingeniero de Programación. Aunque había absorbido todo el conocimiento científico al que había podido acceder, su estructura de pensamiento fijada en su juventud seguía respondiendo a pautas de razonamiento basadas en el concepto de información. Decidió abordar el problema desde un punto de vista diferente. Partiendo del aforismo central de la mecánica cuántica que dice que la naturaleza en el fondo es discreta, razonó que cualquier sistema físico se puede describir como un número finito de bits. Cada partícula elemental del sistema se comporta como una puerta lógica de un



ordenador ya que su eje o spin puede apuntar sólo en una de dos direcciones, codificando por tanto un bit. Hasta ahí nada nuevo, ese principio había llevado a la invención del ordenador cuántico que de hecho estaba realizando los complejos cálculos que recreaban su mente.

Pero él podía ir más allá. Combinando la Teoría de la Información con el modelo de Supercuerdas comenzó a ver como su modelo era capaz de explicar ciertos fenómenos que hasta el momento permanecían como un misterio.

Desde el nuevo punto de vista, razonó que la materia se comportaba como un computador ultrarrápido computando en paralelo, mientras que la materia oscura se comportaría como un ordenador secuencial sobre el que se basaría la materia. La materia oscura sería algo así como un Sistema Operativo que suministra al universo la materia que necesita y acelera su expansión. Jim observó la imagen del espacio exterior que le rodeaba y vio como todas las piezas comenzaban a encajar entre sí.

Sonrió para sus adentros. Claro, se dijo, por eso se expande...es evidente. Realizó algunas correcciones aquí y allá sobre algunas de las constantes cosmológicas tradicionalmente aceptadas. Estúpidos... cómo habéis sido tan ciegos. Soltó una insonora carcajada de satisfacción y condescendencia. Ahora todo encajaba. Entendía el funcionamiento del Universo. Ahora comprendía su origen y el mecanismo que le daba forma. Pero...

¿Cuál era su finalidad? Si el Universo se comporta como una gigantesca computadora, ¿qué estaba computando?

La respuesta era evidente para alguien como Jim, cuyo propio Ser no era más que el resultado de la computación de un metro cúbico de materia.

El resultado del cálculo del universo debía de ser una súper-consciencia cósmica.

O dicho en términos mundanos, debía tratarse de Dios.

Sumido en sus pensamientos, mientras acariciaba el mismísimo infinito, Jim sintió envidia. Sintió envidia y sintió ira hacia Dios. ¿Cómo se había atrevido a poner la mente de los hombres en sus ridículos recipientes de carne y hueso, a mutilarles de aquella forma? Jim supo que la única diferencia entre él y Dios era la cantidad de materia que estaba en juego.



© Juan Gallardo

El contaba con un metro cúbico. Dios con el resto del Universo.



Pero si encontraba una forma de ampliar su capacidad...de controlar más materia...entonces podría rivalizar con El. Podría hablarle de igual a igual...

las lágrimas arrasaron sus ojos

—¡Dios mío Jim! ¡Reacciona!

Dave se encontraba fuera de sí. Ante el preocupante desbordamiento de los sistemas había tomado la decisión de detener la transferencia, pero no lograban reactivar los procesos mentales de Jim. De su nariz brotaba un preocupante hilillo de sangre.

—Ha entrado en coma.

Era el neurólogo del equipo. Observaba un mapa del cerebro de Jim con preocupación.

—Su mente ha sufrido un colapso. Y por el aspecto del mapeado neuronal, me temo que es irreversible.

Todos guardaron silencio sombríos. De pronto la puerta del laboratorio se abrió y alguien entró vociferando.

—¿Que demonios está sucediendo aquí? —Era Makencie, el director del Instituto Tec. Detrás entraron en tropel varias decenas de soldados seguidos de un tipo que lucía unas impenetrables gafas negras. Los soldados se abalanzaron sobre todo el personal del laboratorio inmovilizándolos mediante el tradicional sistema de aplastar su cara contra el suelo y apuntarles a la cabeza con una pistola. El tipo de gafas negras miró a su alrededor con un altivo movimiento de cabeza.

—Señores, por orden del Presidente queda confiscado todo el material de este laboratorio y suspendida cualquier actividad que aquí se estuviese llevando a cabo. —Dijo con una voz suave que contrastaba con la rudeza de su rostro.

—¿Y de que se nos acusa? —preguntó Dave haciendo el esfuerzo de hablar a pesar de que su cara estaba firmemente apretada contra el suelo.

—Entre otras cosas... —El tipo de las gafas mostró una sonrisa divertida— de violar y extraer información de forma ilegal de la mayoría de centros de datos del planeta, incluido, y ese es fundamentalmente el motivo por el que yo estoy aquí, el archivo del Pentágono.

Dave dejó de forcejear con el soldado que le retenía. Sabía que su proyecto, el sueño de su vida, se había acabado en ese mismo momento. Las lágrimas



arrasaron sus ojos al recordar que al menos el podía sentirse afortunado por pudrirse en una cárcel el resto de sus días. Su amigo Jim había corrido peor suerte.

EPÍLOGO

—¿H a estado cerca verdad?

—Sí. Parece que la semilla empieza a germinar. Voy a tener que darte la razón. Tal vez el Hombre no sea un caso perdido después de todo.

—Te dije que confiaras en mí. Solo necesitaban un pequeño estímulo hacia la dirección adecuada. Creo que no tendremos que esperar mucho más antes de tener compañía.

—¿Sigues pensando que serán los primeros? Creo que el tiempo que pasaste entre ellos te impide ser objetivo.

—Estoy convencido que lo lograrán. Antes que los otros. Eso que los hace tan destructivos también les hace avanzar mucho más rápido que los demás.

La súper conciencia cósmica más conocida entre los habitantes del planeta Tierra como Jesús, miró a su Padre y sonrió confiado. Sabía que sus pupilos no le defraudarían.

© Rafael Avendaño

RAFAEL AVENDAÑO nació en Cádiz en 1973 y es Ingeniero de Telecomunicaciones. Reparte el tiempo libre entre sus dos pasiones, la música y la ciencia ficción. Ha escrito la novela corta *EL TIEMPO ES UN CRUEL AMO* de la que pronto se editará una versión en Comic, y que puedes leer en www.durdenrecords.com. En esta página también puedes descargar de forma gratuita las canciones de su grupo StreetSpirit.



MNEMÓNICO

por Sandra Bayona

Los estándares de vida se han elevado más y más durante el siglo XX. En lo albores del siglo XXI quien no tiene lo último en tecnología de comunicación es desplazado hacia la periferia de un núcleo cada vez más exclusivo. ¿Qué harían unos padres amorosos por el bienestar de su familia? Probablemente no serían los padres de Hari.

Hari intuía que ése no iba a ser precisamente un día diferente a los demás.

Por el contrario. Estaba seguro que repetiría en la misma medida y quizá con algunas mejoras las torturas que ya eran usuales en su vida.

De nada valía resistirse a ir al encuentro de los otros chicos. Si no lo hacía, todos sabrían que trataba de huir y se burlarían de él apenas lo encontraran. Y ni siquiera contaba con el apoyo de sus padres. Si tan sólo ellos comprendieran la humillación que significaba esa actitud calculadora... Pero por supuesto, sus padres estaban a años luz de imaginarlo.

—Hari, ya es hora. No queremos ningún vago en la familia.

La voz de Isella, su madre, lo hizo estremecer. Seguramente, ya que ya había llamado su atención por demorarse en ingresar al forum, su madre iría a verlo y a incomodarlo más aún.

Se levantó arrastrando los pies. Un segundo después, Isella entraba a su cuarto.

—¿Qué te ocurre hoy? ¡Otra vez demorado! Nos avergüenzas, Hari. Ni tu padre ni yo nos merecemos esto.

El niño la miró. Su madre era alta y delgada, de cabellos al tono de moda, y tenía una mirada tan calculadora que aterraba aún a quienes recién la conocían. Hari creía, en lo profundo de su corazón, que Isella jamás había mirado a alguien sin tratar de ver cuál sería la mejor forma de manipular a esa persona de acuerdo a sus fines. De modo que, sabiendo lo que se esperaba de él, simplemente bajó los ojos y asintió.

—Lo siento, mamá. No quise hacerlo. —Esperaba detener un torrente de *reflexión parental iselliana*, pero al ver a su padre detrás de su madre, supo que otra vez ya era demasiado tarde.



—Muy bien, Hari, muy bien. De modo que otra vez remoloneando. Ni siquiera creemos que esta vez lo sientas, muchacho. ¿Qué diría mi jefe si supiera que tengo un hijo que llega tarde a sus forums? Probablemente ni siquiera me consideraría para el próximo ascenso. ¡Imagínate lo que significaría! No, niño, ¡no voy a perder un aumento que me permitiría ingresar a los megas más altos nada más que por un inútil como tú!

Hari comenzó a temblar. Su padre, tan alto y mezquino como su madre, también lo aterrizzaba. Sabía que cuando la cara de Adolfus se ponía roja y sus labios se cerraban en una línea era porque estaba muy, muy enojado.

—¡Vete!

Se dirigió hacia la computadora decidido a trabajar hasta que sus padres se retiraran a sus respectivas ocupaciones. Luego, iría al parque, jugaría un poco o quizá simplemente miraría el lago, y luego... luego vería.

—Hola, tontorrón. Otra vez en las nubes, por lo que veo. —La voz de Todel, uno de los grandes Megas de su forum. Decidió pasarlo por alto.

—Hari, otra vez estás retrasado —el guía era amigable, pero aún así Hari no confiaba en él—. No creo que esto hable demasiado bien de ti. Bueno, estamos en Literatura. Supongo que recuerdas la división que nombramos en nuestra sesión anterior...

Todel lo interrumpió.

—No seas tonto, Guía Farrel. Hari tiene apenas 64 megas...

Suspiró. Sí, las torturas diarias iban a ser superadas.

Pudo retirarse luego de tres forums. Isella y Adolfus, quizá adivinando sus planes, habían estado rondando hasta que terminó. Ninguno, sin embargo, parecía darse cuenta de los constantes insultos que el niño debía soportar... ni del esfuerzo que realizaba para estar a la altura de sus compañeros aún con la escasa capacidad de memoria que le habían asignado.

Una vez en el parque, se dirigió a su sitio favorito. Era un rincón cercano al lago, con árboles centenarios, lo suficientemente alejado de las calles interiores como para apenas percibir el ruido de los vehículos. Allí se sentía bien, acompañado solamente por la naturaleza, lejos de la maraña de celos y competencias que plagaban sus forums.

Se recostó contra el tronco de uno de los árboles, escuchando el sonido de las hojas al ser movidas por el viento. Comenzó a reflexionar acerca de su situación... por milésima vez.



Se acercaban los exámenes finales. Si los aprobaba, ingresaría a los forums siguientes. Y como premio a su constancia y preocupación, sus padres recibirían el acceso a 64 megas más por cada forum... y a la categoría social correspondiente. Generalmente, los padres tomaban 16 megas de cada paquete para sí, y dejaban el resto para su hijo. De tal modo, los jóvenes iban expandiendo su memoria RAM y lograban gradualmente más capacidad de memoria a corto plazo. Desde que la combinación de la memoria de largo término humana y la memoria RAM era un hecho, cada pareja compraba una determinada capacidad para cada hijo que traían al mundo. Año a año aumentaban esta capacidad básica, adquiriendo más y más bytes para el niño. Y luego, al comenzar a asistir a los forums, con cada nivel que los jóvenes alcanzaban y superaban, el sistema recompensaba con paquetes de 64 megas. Los padres tomaban 16 para sí, y agregaban 32 a su hijo. Sería más exacto decir los buenos padres. En la sociedad en que Hari vivía, la capacidad RAM era aún más importante que el dinero, tal como Isella y Adolfus le habían probado de muchos modos, aún al costo de su propia persona.

Y si reprobaba los exámenes, no sólo debería soportar el castigo paterno, sino también el desprecio de los chicos que compartirían el nivel con él.

Pero no debía desesperarse. Ya otras veces había rendido y aprobado, con su limitada capacidad de memoria RAM y su memoria humana. Quizá esta vez sus padres accederían a aumentar su memoria artificial. Quizá esta vez pensarán un poco más en él, un poco menos en sí mismos... Pero por alguna razón, le resultaba sumamente difícil imaginar los ojos fríos y calculadores de Isella, o el ceño mezquino de Adolfus, mostrando un poco de generosidad para con él.

Un viejo caminaba lentamente por el césped. Al pasar cerca de Hari lo observó un momento y se alejó, dejando caer un papel a su lado. El niño lo tomó, con intenciones de alcanzar al viejo y devolvérselo, pero el anciano ya se perdía entre los árboles. Comenzó a mirar el papel, cada vez con más atención. No lo supo en ese momento, pero una especie de esperanza se agitó en el fondo de su mente y su corazón.

Era un mapa, representado las zonas donde la gente tenía mayor capacidad RAM-humana.

Los exámenes habían pasado. Hari, delgado, ojeroso y agotado por el esfuerzo, era el poseedor de la memoria RAM con que el sistema premiaba a quienes aprobaban los forums.

Los ojillos de Adolfus brillaban con astucia.

—Muy bien, muchacho. Veo que reconoces todo lo que tu madre y yo hacemos por ti. Excelente. Excelente. Ahora ese estúpido de Sheldon Casas no va a poder ganarme el ingreso al Grupo 640G. Muy bien.



—Mi Hari es un buen chico —la sonrisa lobuna de Isella no alcanzaba a iluminar sus ojos— Ahora, gracias a nuestro pequeño hacedor de megas, podremos codearnos con gente de otro nivel... —acarició la cabeza de Hari con un gesto distraído—. Porque tú no necesitas estos megas, querido. Con tu padre decidimos que tanto a él como a mí nos hacen más falta. Y tú todavía tienes tiempo de aumentar tu memoria. Tienes la vida por delante.

—Claro, —concedió Adolfus— tienes todo el tiempo del mundo. Hmm... Isella, creo que deberíamos organizar una fiesta para celebrar los nuevos megas que nos regala nuestro hijo. Después de todo, él los ganó por nosotros, ¿no? Es una excelente oportunidad para conectarnos con gente nueva e importante.

—Pero ya no podré pasar a otros forums sin un aumento de memoria, —susurró Hari.

Isella asintió.

—Tienes razón, querido. Una fiesta es lo que nos hace falta.

Ninguno de los dos reparó en que el niño se retiraba en silencio.

No sabía qué hacer. Por un lado, sus padres le habían negado nuevamente lo que había ganado por puro esfuerzo. Por otro, se sentía pequeño y abandonado, con demasiado temor como para enfrentarlos con su propio egoísmo.

Buscó refugio en su rincón del parque. Cuando vio acercarse la anciana figura supo que seguramente había una solución.

—Hola —le dijo el viejo, acercándose a él.

—Hola —contestó Hari. Aunque sabía que no debía hablar con desconocidos, su curiosidad fue más fuerte.

—Siempre te veo por aquí. ¿Te gusta este lugar?

Hari asintió con un gesto.

—¿Te molesta si me siento a tu lado? —dijo el anciano, tomando asiento. Luego de un momento, continuó—: es un hermoso lugar. No muchos lo frecuentan, afortunadamente. Sería una pena verlo lleno de gente hablando sólo de negocios, transacciones y formas poco claras de aumentar la memoria...

Hari miraba al horizonte, sin contestar. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien, pero no se atrevía.



—Algunos vienen aquí nada más que para disfrutar de un poco de silencio... de libertad, si lo prefieres. O para estar solos. A propósito, si te molesto, me voy.

—No —exclamó el niño, extendiendo la mano—. Por favor, no... no se vaya. —Dudó, y bajando la voz, agregó—: Necesito hablar con alguien.

El viejo lo miró largamente.

—Te escucho, hijo.

A medida que Hari relataba su historia, el viejo, conocido simplemente como Horatious, se convencía más y más de que ese era el niño que habían esperado por tanto tiempo. Era increíble que hubiera podido avanzar por la maraña de forums con la escasa memoria RAM que sus padres le habían hecho implantar. Sin dudas era un genio, y sus estúpidos progenitores no se habían percatado de ello. También podría convertirse, con el tiempo, en el líder que HOM necesitaba. Debía actuar con cuidado, pensó. Si lo asustaba, el muchacho huiría y lo perdería para siempre.

—... día? —decía Hari en ese momento.

Horatious volvió en sí.

—¿Perdón?

El niño lo miró con atención.

—El mapa. El que usted ... el que se le cayó el otro día. ¿Qué representa? Porque a mí me pareció que había lugares donde la capacidad de memoria RAM no es tan importante... Me encantaría vivir en un lugar así.

Horatious sonrió. El destino lo ayudaba una vez más.

—Así que te gustaría vivir en un lugar así, ¿eh? —Su sonrisa se amplió—. Bueno, yo conozco ese lugar...

Unos meses después, Isella y Adolfus denunciaban ante las autoridades la desaparición de Hari, su único hijo, exigiendo por todos los medios que lo encontraran. Los oficiales se sintieron conmovidos ante tanta preocupación... aunque la oficial Charón declaró más tarde que había algo en los ojos de la mujer (o quizá en los gestos del hombre) que le produjo un escalofrío.

Dos o tres años después, los niños comenzaron a hablar de un extraño personaje anónimo, que los defendía cuando eran explotados por sus padres, y los defensores de la computarización del cerebro humano comenzaron a enfrentarse en forma cada vez más frecuente con un fantasma dentro del sistema.



En un lugar donde la memoria RAM no era tan importante como quienes la habían inventado, el movimiento clandestino HOM (Human-Only Memory) cobraba fuerza.

© Sandra M. M. Bayona

SANDRA nació en Paraná, Entre Ríos-Argentina, un tormentoso día de marzo de 1970. Es profesora de Inglés y ha desarrollado el placer de la lectura desde los diez años. Gracias a su hermano nos dice (*já si lo sabré yo*), quien llenó la biblioteca familiar de libros de ciencia ficción, autores como Asimov, Clarke y Sturgeon formaron su tierna e inocente cabecita. En la actualidad ha inclinado sus gustos hacia la Fantasía, pero la Ciencia Ficción sigue en su camino. Además de algunos artículos específicos en inglés, ha publicado algunos relatos en Golwen <http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrosoft.com>



Si te gusta leer. Si te apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa

Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona

nitecuento@teleline.es



YO DECIDO

por José Luis Mora

Asimov planteó el 99% de sus relatos de robots desde las Leyes de la Robótica, de su invención. Muchos autores se han servido de ellas de una u otra forma, explícita o no y han nacido fantásticos relatos de androides asimovianos. Básicamente, la ley se sostiene en la no formulada definición de Ser Humano; entonces ¿qué nos haría humanos a los ojos de un robot?

El abogado miró a su alrededor desde el asiento que ocupaba. Era un despacho aséptico, con las paredes pintadas de blanco y sumamente funcional, apenas había adornos innecesarios excepto un par de placas metálicas donde estaban grabados los títulos del propietario del despacho.

La robótica no era su fuerte y no sabía por qué se había empeñado su jefe en asignarle ese complicado caso y encima tenía que trabajar un día festivo. Mordisqueaba obsesivamente su gastado pitillo de tabaco negro, mientras le hacía preguntas de principiante a su defendido.

—¿Qué quieres que te explique, que ha pasado lo que jamás debería haber pasado? —respondió desde su ostentoso sillón de director Freixas, el encargado de comunicaciones externas de la Spanish Robotics y, a la sazón, encargado de la planta de producción de A Coruña.

—¡Sí! Tengo que presentar un informe en el bufete lo antes posible y con el mayor número de detalles técnicos posibles.

—Ni yo mismo entiendo lo que ha podido pasar. Mis conocimientos en robótica se quedan en la mera teórica y según los expertos del centro de producción ha pasado lo que nunca tenía que haber pasado —afirmó Freixas.

—Entonces ¿qué hacemos? Según su compañía, al poco de suceder el incidente, ese robot fue examinado por sus mejores expertos sin obtener resultados concluyentes que les llevaran a averiguar los motivos de su mal funcionamiento. Me imagino que me están ocultando algo, porque lo que pasó no es normal.

—Señor, en esta empresa no le estamos ocultando nada. Puedo afirmarle que los exámenes casi han concluido y falta apenas por realizar una prueba apenas concluyente sobre si la radiación del ambiente pudo afectar a la programación de A.N.A. 2.0, cosa muy dudosa debido a que pertenece a la serie de robots más avanzada construida hasta la fecha y posee el mayor número de medidas de seguridad en su programación desde que el primer y último robot de la serie 1.0 tuviera ese, ejem... desliz.



—Qué ¿cuando el ex presidente Zamora se amancebó con *ella*, como si fuera una mujer humana? —comentó en tono divertido el policía.

—¡Por favor! —se exasperó Freixas— Eso son sólo habladurías. Jamás ha podido demostrarse lo que usted afirma y mi compañía niega todas esas habladurías.

—Por ello no está ahora el ex presidente retirado disfrutando del clima tropical de Groenlandia en compañía de A.N.A. 1.0... Venga, se que han modificado en secreto el diseño patentado del cerebro positrónico de esos cacharros que fabrican y su empresa, la Spanish Robotics, se niega a hacer público para que no se les termine el chollo.

—Ese tema del componente secreto para hacer más humanos a los artículos que vendemos es una leyenda urbana —aseguró Freixas, optando por hablar con un tono de voz lo más corporativo que pudo—. Además, aunque fuera cierto, no estoy autorizado a rebelarle secretos de la empresa, ni siquiera bajo juramento ante un tribunal.

—Perfecto, yo soy el abogado que le defiende y ni siquiera yo puedo conocer todos los detalles del caso. Entiendo que las leyes de las grandes corporaciones están por encima de las leyes civiles de los estados. ¡Pero aquí estamos hablando de un error de diseño que puede poner en peligro las vidas de muchas personas! —dijo Carralero, muy molesto—. Si quieren que les defienda en este juicio, déjenme conocer todos los detalles de la mierda en la que se han metido para ganar más dinero. Sólo así tendremos una oportunidad ante el fiscal y el jurado.

—Señor, le recuerdo que hay ciertos temas de los que no podemos hablar ni con nuestro abogado. Ya sabe, el tema de las patentes secretas y otros asuntos que entran dentro de las leyes de protección de secreto de la empresa.

Colérico, Carralero se levantó de su asiento y con un ademán mostró su desaire al director de esa fábrica. A continuación dijo:

—¡Mire, habíamos empezado bien esta conversación y usted y sus asquerosos secretos de empresa lo han estropeado todo! —Bramó en tanto el gastado pitillo que llevaba pegado al labio inferior caía sobre el pulcro escritorio, dejando una mancha de ceniza en la madera barnizada—. Me marchó, si quieren que el nombre continúe tan *limpio* como siempre, búsquense a otro abogado.

El abogado se dirigió cabreado en dirección a la puerta automática, que se abrió con un tímido siseo. Abandonó ese despacho y se encaminó por el también aséptico y blanco pasillo en dirección a donde recordaba estaba la salida de la fábrica.



En su despacho, Freixas se quedó sentado en su sillón intentando entender el fracaso de su entrevista con Carralero. Estaba atado de pies y manos debido a las órdenes venidas desde arriba que le impedían divulgar secretos de empresa. Cuando lo dio por perdido se le ocurrió cómo podía ese abogado examinar el cerebro de A.N.A. 2.0 sin infringir la ley de patentes secretas.

Se levantó de pronto de su asiento y abrió la puerta automática con el mecanismo manual, deseando que el Carralero no hubiera abandonado el edificio.

Freixas corrió el pasillo lo más rápido que pudo y alcanzó a Carralero cuando éste se disponía a entregarle su acreditación al robot encargado de la seguridad de la sección 10 de la sede de Spanish Robotics (recordó también en esos momentos que debía dejar de usar las aceras automáticas para pasear por la calle y que necesitaba comenzar a hacer una dieta).

—Perdone, señor Carralero. Todo ha sido un malentendido provocado en parte por mí, al no ofrecerle todas las opciones que teníamos para resolver este asunto.

—Pues haber empezado por ahí, hombre... Que el tiempo no me sobra precisamente para andar malgastándolo —protestó el abogado—. ¿Qué me propone para poder sacar algo en claro de este asunto?

—Verá, ni siquiera la policía puede acceder a la memoria del cerebro positrónico de A.N.A. 2.0 pues por ley no le está permitido; pero sí se podría intentar realizar un examen de su memoria de forma indirecta mediante preguntas verbales a la unidad. Éste sería un método igual de fiable y válido que otros más avanzados debido a que los robots no están programados para mentir.

—Tampoco lo están para fornicar, como A.N.A. 1.0¹, o para hacer lo que hizo la versión 2.0. Pero si es la única opción que tengo de hacer algo, bienvenida sea.

»Además, con tantos adelantos técnicos como hay ahora hacía tiempo que no hablaba personalmente con un cliente.

La *sala de interrogatorios* que montó la Spanish Robotics le resultó ciertamente aterradora a Carralero.

¹ Nota del autor: Ver relato *MI NIÑO* publicado en la revista *Menhir*



Era una estancia pequeña, blanca, aséptica e iluminada por una fantasmal penumbra, ubicada en uno de los profundos sótanos de la planta de producción en serie de cerebros positrónicos de A Coruña.

Un grueso cristal blindado separaba a los humanos de la zona habitada en exclusiva por robots y androides.

Al lado de Carralero, todos sentados en unos funcionales sillines, estaban el siempre estirado Freixas, un técnico en robótica y dos agentes de seguridad humanos armados con dos pistolas D.O.R., el único arma capaz de detener a los robots sin dañarlos.

Tras el cristal, A.N.A.2.0 se encontraba custodiada por varios androides de seguridad dispuestos a terminar con cualquier intentona de escape que pudiera cometer este robot.

Más allá de A.N.A. y los androides –alojados en una estancia de paredes transparentes– se extendía toda una ciudad subterránea más grande que La Coruña habitada en exclusiva por robots, androides y demás seres artificiales dotados de IA que viven en esta zona a la espera de ser reparados o de ser comprados. Si no fuera por la bóveda de acero que cubría a la ciudad, dotada de todos los elementos de una ciudad *real* como altos edificios, medios de transporte colectivos, largas calles y elementos decorativos de mobiliario urbano, cualquiera podría haberla confundido con una ciudad de la superficie habitada por humanos.

Mirar al horizonte de la ciudad de los robots le causó náuseas al abogado, que trató de hacer esfuerzos por no mirar allá y centrar su mirada en el ser mecánico al que debía interrogar. Una niñera para niños ricos, opinó al examinarla. Mientras tanto, sus hijas apenas podían disponer de una canguro humana de apenas dieciséis años porque él no podía permitirse con su modesto sueldo alquilar una de esas latas último modelo.

Se tragó sus miedos y prejuicios, como buen profesional que era, e inició el interrogatorio:

—Unidad A.N.A.2.0, soy Antón Carralero, abogado a sueldo del bufete de abogados *Martin & Asociados* y vengo a realizarle un examen a propósito de unos sucesos acontecidos a raíz de la violación de una de las directrices instaladas en la programación de su cerebro positrónico el pasado martes 23 de septiembre a las 23:00 horas.

—Ese dato es incorrecto. Según mis bancos de memoria no he cometido ninguna infracción en mis programas. —La frialdad inhumana con que A.N.A. contestó a su pregunta le resultó chocante a Carralero, era como si en lugar de frente a una máquina; estuviera frente a un delincuente mentiroso.



—Pues tendrían que revisarle la memoria a ese trasto, por lo que dice, podría tenerla estropeada —le comentó el abogado en voz baja a Freixas—. O eso; o nos está mintiendo.

—Le realizamos esta mañana un examen a su cerebro positrónico y todo estaba bien... —replicó Freixas—. Y está el hecho de que las unidades de esta serie no están programadas para mentir.

—Pues estamos apañaos, no entiendo cómo en algunas corporaciones europeas siguen utilizando software propiedad del Monopolio del Gobierno/Corporación de los USA (que falla más que una escopeta de feria) y no el Software libre de la República Socialista de Cuba, como hace casi todo el mundo en Europa que tenga al menos dos dedos de frente —exclamó con desagrado Carralero—. ¿Cómo voy a saber si eso me dice la verdad o una mentira?

—Eso no importa. Usted es el abogado nosotros le pagamos para que haga la aproximación a la verdad que nos interese para salir airosos en el juicio—. replicó Freixas.

El abogado se resignó y prosiguió con lo que consideró que era una parodia, en lugar de una investigación al uso.

—Bien Anita, ¿porqué consideras que no cometiste ninguna violación de tus programas?

—Para explicárselo, tendría que relatarle una historia muy larga que comenzó diecisiete horas antes —respondió A.N.A.

—Haz un resumen tratando de resaltar los hechos y elementos más importantes que nos ayuden a aclarar todo esto. Pero hazlo desde unos veinte minutos antes de que se produjera el desencadenante de su supuesta mal función.

—No estoy programada para narrar hechos reales; apenas puedo contar los cuentos infantiles en DVDs que me insertan en mis unidades de disco externas, pero intentaré darles una información lo más precisa y detallada posible.

La señorita Pitina y su hija, la preciosa Cuquita, niña a quien yo debía cuidar, se quedaron solas en la mansión Manor después de que Don José María, padre de Cuquita y esposo de Pitina, tuviera que ausentarse de improviso por un asunto de negocios en Sudamérica.

Verá, la mansión está muy alejada de cualquier centro urbano por deseo de Don José. El Gran Desierto nuclear de Zorita nos separaba de la zona descontaminada de Albacete. Siempre se lo advirtió la señora a su esposo:



—¡José, estoy harta de no ver nunca a nadie y de que cada vez que tengo que salir al mercado del pueblo me tenga que poner los trajes antirradiación! Aparte de que en este pueblo viven cuatro gatos y la mitad de ellos son unos liados mutados. Y eso sin contar con que en este desierto nos podría pasar cualquier cosa sin que nadie se enterase por culpa de que aquí no funcionan los sistemas de detección de la Policía Privada. —Pronunció A.N.A. con la voz de Pitina, como si estuviera reproduciendo una grabación fonográfica, acompañada de gestos con la cabeza y los brazos.

El abogado, un hombre que estaba superando el *complejo de Frankenstein* mediante terapia psicológica, se sobresaltó al escuchar y ver gesticular a la robot como si fuera un ser humano.

—¿Podría hacernos el resumen de los hechos sin imitar las voces de los humanos que intervinieron en ellos? —medio protestó agitado Carralero.

—Mis disculpas, abogado Carralero. Esa frase se la escuchaba comentar muchas veces a Pitina en una de las tantas discusiones que tenía el matrimonio que me obligaban a llevarme a la niña a su habitación del piso superior para que no sufriera con estas, a veces violentas, disputas familiares.

»Por mi parte, tengo que decirles que nunca me gustó ese entorno; una finca enorme, con tres casas (la principal de cuatro plantas) rodeadas de jardines en su interior, envuelta por una cúpula protectora antirradiaciones en mitad de un desierto radiactivo era el peor lugar para educar a una niña.

—Ya, pero ¿eso qué tiene que ver con lo relacionado con lo que sucedido? —Carralero interrumpió la declaración de A.N.A.

—Perdonen este desvarío, pero comprendí que era necesario para que comprendan lo que voy a narrarles a continuación —fue la disculpa de A.N.A.

—Comprendo... —replicó Carralero, poco acostumbrado a charlar con inteligencias artificiales—. Pero aquí lo importante es aclarar porqué actuaste sin ajustarte supuestamente a tu programación. Ve directamente al relato de los hechos.

La noche después de que se marchara Don José María, un vehículo terrestre muy desvencijado llegó a la entrada exterior de la cúpula de la mansión. Las puertas se abrieron y salieron de él dos personas ataviadas con sendos monos protectores pidiendo ayuda mediante un comunicador de señales lumínicas.

En el receptor de señales estos destellos fueron traducidos y convertidos en señales sonoras, que dijeron: *¿Nos puede dejar entrar en su casa? Nuestro coche se ha estropeado y le están entrando dosis letales de gas de uranio y de tritio por una grieta.*



Mi señora, que entonces estaba viendo Tómbola 2.0, lo nunca visto en morbo en la holovisión, se levantó de su asiento y ordenó muy confiada al androide asistente que abriera la puerta con la intención de socorrer a esos dos viajeros. Este androide era un modelo de capacidad intelectual limitada con el que yo mantenía una conexión por video, por lo que yo podía ver y oír lo que estuviera en su entorno, a pesar de estar a varios metros de distancia.

La señora, mientras les invitaba a entrar haciendo señas con las manos, dijo:

—Señores, faltaría más, entren, entren... Pueden pasar la noche en mi casa hasta que venga mañana un mecánico que les repare la fuga.

El androide abrió la primera compuerta de la cúpula y los dos hombres entraron en ella. Se cerró y quedaron confinados en un compartimiento estanco hasta que quedaron ellos y su ropa libres de todo rastro de radiación.

Entonces se abrió la compuerta interior de la cúpula y Pitina fue a recibirlos con los brazos abiertos a la par que me ordenaba que el androide preparara algo para que cenaran y que acondicionara el cuarto de invitados.

Los dos hombres se adentraron por el jardín de la entrada con unos gestos ya muy poco amigables. Cuando estaban a poco más de un metro de mi señora, uno de ellos se quitó la capucha y sacudió la cabeza. Su rostro tenía rasgos orientales, sus cortos cabellos, negros y tiesos como los pelos de una escoba, estaban peinados a cepillo y una cicatriz le surcaba la mejilla.

A esto, Pitina ya comenzó a sospechar algo. Demasiado tarde...

Yo quise ayudarla, pero mi programación me impide dañar a seres humanos y estaba demasiado lejos de su posición, concretamente en la segunda planta del edificio principal de la finca, jugando con Cuquita en su cuarto.

En el momento que mi señora comenzó a dar signos de que sospechaba de ellos, el oriental zafó a mi señora por el cuello con sus dedos nervudos.

—Anita, —me llamó desesperada— saca a Cuquita de aquí como puedas.

Entonces el oriental llamado Wong, como más tarde supe que se llamaba, le tapó la boca con la mano, mientras los dedos de la otra mano se clavaron con fuerza en el cuello de mi ama.

—¡Calla de una vez y no intentes nada! De lo contrario lo pagaréis tú y tu hija —chilló Wong.

Pitina calló, saltaron lágrimas de impotencia de sus ojos y su cuerpo tembló como si le dieran espasmos y hubiera perdido el control de sus articulaciones.



—¡No, Cuquita no! —se lamentaba histérica Pitina, que había conseguido destapar su boca tras morder la palma de la mano del oriental.

—¡Zorra! ¿No te dije que mantuvieras tu pico cerrado? —acto seguido, el oriental sacó de un bolsillo de su cinturón un pequeño puntero láser con el que cercenó los dedos de la mano derecha de mi señora. No sangró mucho, pues la carne fue cauterizada por el mismo rayo que le mutiló.

Mientras tanto, yo estaba en la habitación de Cuquita paralizada observando a través de los ojos del androide la escena sin saber qué hacer. En mi programación no entraba cómo actuar en un caso parecido y mi CPU bloqueó mis sistemas de decisión. No podía moverme, pero seguía escuchando y viendo todo lo que pasaba a mi alrededor, gracias sobre todo a que pude conectarme a los sistemas de video vigilancia internos del edificio.

—Tú Chirla, deja de mirarlo todo como si fueras un pasmarote y haz algo, que para eso te pago. Vete a por la mocosa esa —le ordenó Wong a su compinche, quien todavía no se había quitado el respirador del traje antirradiación.

—Hecho jefe —dijo su secuaz después de quitarse el sombrero de la cabeza.

El cráneo de Chirla estaba afeitado y en su calva lucía un tatuaje de una serpiente que le llegaba hasta frente, donde estaba pintada su cabeza que miraba con odio a quien se atreviera a mirarla directamente.

Por el vocerío de fuera, Cuquita tuvo la idea de asomarse a la ventana a ver qué pasaba. Su cabecita fue descubierta por Chirla, que en varias zancadas llegó a la puerta de la mansión y se pasó unos minutos buscando dónde estaba la habitación en la que había visto a la niña.

Sus pisadas sonaban cada vez más cercanas. Cuquita, como si estuviera viviendo una pesadilla, se escondió debajo de la cama con la vana esperanza de que ahí no pudieran encontrarla.

Una tras otra, el malhechor fue abriendo cada puerta de cada cuarto del pasillo de la segunda planta, hasta que alcanzó la correspondiente a la de la habitación de mi niña.

Cuquita cerró con llave la puerta, pero eso no frenó a Chirla, que sin apenas esforzarse consiguió forzar la cerradura. Al menos a la niña le dio tiempo a esconderse debajo de la cama.

Mientras, el delincuente, abrió los roperos y sacó toda la ropa hasta que comprobó que ahí no había nadie. Sus pesquisas siguieron por todos los rincones de la estancia y sólo le quedó por revisar la cama.



Chirla se agachó y rebuscó debajo de la cama hasta que encontró a su presa, entonces soltó una risa cruel. Con apenas extender el brazo agarró la pierna de la pequeña y arrastró el cuerpo de la niña por el suelo hasta que la dejó tendida en el pasillo.

Apenas reparó en mí, me veía como si fuera un trasto estropeado, cogió a Cuquita por la coleta y la llevó a la planta baja por el ascensor.

Wong, después de destruir al androide de protocolo (por si acaso ese trasto era capaz de activarse y proteger a la mujer), desconectó los sistemas de seguridad y todas las cámaras de vigilancia se apagaron. Por tanto, me quedé ciega y más allá de la habitación de Cuqui, sólo podía captar voces y sonidos. Lo siento, pero no dispongo de visores caloríficos o de rayos X con los que visualizar estancias separadas por tabiques o suelos y parte de lo que les relataré será a base de las suposiciones que visualizó mi cerebro acorde a lo captado por mis sensores auditivos.

Los dos delincuentes se reunieron en el salón principal de la planta inferior, donde también habían dejado a las dos mujeres.

Wong conectó el viejo videófono de transmisión por cable situado encima de la chimenea del salón y estableció una llamada con el videocelular de Don José María.

—Chema... sabes que las Triadas no se andan con chiquitas con los traidores y los ladrones. Y ya sabes qué hacemos con este tipo de gente —indicó desafiante Wong.

—Un momento, en ningún momento quise robarle nada al señor Chan. Considéralo como si le hubiera pedido un préstamo, y le reintegraré con intereses cuanto antes todo el dinero que me llevé de su caja fuerte —respondió José.

—Inepto... No sólo te llevaste lo que no era tuyo; también traicionaste la confianza que en ti tenía depositada nuestro jefe. Y eso es lo peor que podría hacer cualquier miembro de nuestra organización. ¿Y todo para qué? Para gastarte varios millones en putas y apuestas ilegales.

—¡Maldito cabrón! —le reprochó Pitina a su marido— ¿Eso es lo que haces siempre que te vas de viaje? Cuando termine todo esto ya verás, ya.

—Un momento cariño, todo se trata de un malentendido. Y no los creas, seguro que los de la oficina me están gastando una broma.

—¡Esto no es ninguna broma! ¡Mira lo que le han hecho a mi mano, pedazo de cabrón! —dijo irritada Pitina mostrando su mano mutilada.



Pasó un rato en el que mis años estuvieron discutiendo y por la respiración de los dos delincuentes y alguna que otra risa o chascarrillo, se lo pasaron muy bien con esta discusión, hasta que Wong los interrumpió:

—Bonita discusión familiar. Lástima que tengamos otros asuntos pendientes más importantes por atender.

»Chema, tienes dos minutos para decirnos donde está la pasta. De lo contrario, no quieras ni imaginar la cantidad de torturas y atrocidades a las que someteremos a tu mujer e hija. Y la cuenta atrás comienza ahora... Dos minutos, minuto cincuenta, minuto cuarenta... Venga, que el tiempo se acaba...

—¡Un momento! —vociferó José María—. Les puedo dar el código secreto de mi caja fuerte... Está en la mansión donde están ahora. Dentro encontrarán unos documentos, resguardos y contratos con los que podrán recuperar el dinero.

—¿No nos estarás mintiendo, verdad? Porque sabes que no me gustan los mentirosos —lo amenazó Wong.

—¡No, no! Es cierto, en la caja blindada encontraréis lo que os digo. Está escondida dentro de un compartimento secreto del bote sinfónico del retrete.

—¿Serás cerdo? Mira que esconder una cosa tan valiosa en un sitio tan sucio. ¡Joder, que vamos a tener que mancharnos las manos por tu culpa!

Entonces, *desperté*. Recuperé parte de la movilidad de mis piernas e inicié una lenta caminata que me llevó hasta el ascensor. Tardé diez minutos en recorrer veinte metros en los que fui comprendiendo los motivos de mi bloqueo y una decisión fue tomando forma en mi cerebro electrónico.

Mientras tanto, abajo los criminales seguían dialogando con mi señor.

—Si nos dejas en paz a mi familia y a mi, os daré todo lo que quiere el señor Chan y más, si hace falta —suplicó Don José María.

—Bien dicho. Lo malo es que todavía no me fío de tu palabra... Y para que veas que vamos en serio, se me acaba de ocurrir una idea. Chirla, ¿Cuánto hace que no...?

—Uf, más de lo que quisiera pensar, jefe —contestó Chirla—. Desde que me metieron seis meses en la cárcel por atraco a mano armada y salí de ella hace un par de meses, nada de nada. Más de lo que puede soportar todo hombre que se precie de serlo. Porque jugar a un solitario no es lo mismo que jugar una partida con más jugadores.



—Pues esta es tu oportunidad de pasártelo bien —le dijo Wong—. Me voy a abrir la caja fuerte. Tú, mientras, ocúpate de la mujer.

—Hecho, jefe.

A continuación se me hace muy difícil transcribirles lo que sucedió. Desde que Wong se fue a abrir la caja fuerte de Don José María hasta que regresó pasaron diecisiete minutos en los que el salón se convirtió en una sucesión de gritos de miedo, de rabia y de placer entre otros sonidos desagradables. No se lo que pasó abajo, pero supongo que Pitina y Cuquita vivieron un horror.

Cada vez más desbloqueada logré alzar mi brazo con la intención de pulsar el botón de llamada del ascensor, pero debía ser cauta y que los malhechores no sospecharan que había recuperado la movilidad. Por otro lado mis sistemas estaban operativos a sólo el veinticinco por ciento y tomé la dura decisión de aguardar unos minutos más para intervenir hasta que estuviera preparada para actuar.

Wong retornó al salón y, por el tono de su respiración, parecía cargar más peso de con el que se fue.

—¡Desgraciados, esto que habéis hecho lo pagaréis bien caro! —Dijo Don José María lleno de ira nada más llegar Wong.

—Agradece que haya encontrado en la caja todo lo que buscábamos, de lo contrario lo lamentarías aun más —replicó el oriental—. Por cierto, ni se te ocurra hacerte el héroe. A la mínima sospecha que tenga de que has llamado a la policía o de que has activado algún sistema de seguridad interno, ordeno al Chirla que se las cargue.

Es más, para asegurarnos de que no llamarás a nadie que pueda perseguirnos, nos llevaremos a tu Pitina y tu Cuquita con nosotros...

Mis sistemas llegaron al sesenta y siete punto nueve por cierto de efectividad, ya tenía potencia más que suficiente para vencer en una lucha al equivalente de un hombre y medio. No podía esperar más tiempo a ganar más fuerzas, debía actuar ahora para tratar de rescatar a mi ama y su hija.

Levanté la mano y presioné el botón de llamada del ascensor. Nada más llegó entré en él y ordené por voz que me condujera a la planta baja.

La puerta del ascensor se abrió deslizándose hacia la derecha y me encontré en el pasillo que conducía desde el hall hasta el resto de dependencias de la planta baja, incluido el salón principal.



Me dirigí a dicha estancia y me encontré con que Pitina, Cuqui y los dos malhechores se habían marchado en el tiempo que me pasé dentro del ascensor.

El videófono seguía conectado y Don José María todavía no lo había apagado. Mi amo continuaba aguardando ante la pantalla la aparición de alguien que pudiera ayudarlo. Ese *alguien* era yo.

—Anita, me alegro de verte. ¿Estás bien? —Me dijo.

—Estoy bien, señor. Operativa a un noventa por ciento después de sufrir una avería causada por una contradicción en mi programación.

—Me alegro. ¿Funciona tu comunicador interno?

—Sí, desde hace tres segundos y veinte milésimas.

—Perfecto. Escucha, no hay tiempo que perder, esos hijosdeputa se han llevado con ellos a Pitina y Cuquita en su coche. Sé que puedes correr tan deprisa como un coche. Así que, ve a por ellos antes de que lleguen a la autopista principal. Ya te seguiré e iré dándote instrucciones a través de tu comunicador.

Inmediatamente me puse a correr a una velocidad de doscientos noventa kilómetros hora; todavía mis articulaciones están resentidas de forzarlas tanto, abandoné pronto la mansión y me dirigí por la vieja carretera comarcal que unía la mansión y el cercano pueblo con la Autovía de Valencia siguiendo el rastro del automóvil de Wong y Chirla.

Poco después alcancé visualmente al coche de los dos secuestradores. El auto iba a buena velocidad. Sin embargo no era la suficiente para dejarme atrás y Chirla, vestido con su traje antirradiación, sacó el cuerpo por una ventanilla superior y comenzó a dispararme con su pistola automática con la intención de ralentizar mi marcha o destruirme.

Sus disparos no eran muy certeros y apenas llegaban como máximo a rozar mis extremidades. Cada vez estaba más cerca y a Chirla se le veía desesperado, mientras discutía con Wong, quien estaba al volante del vehículo.

Entonces, agarré el coche por la parte trasera y lo fui frenando hasta que sus ruedas estallaron. El motor se había recalentado tanto que alguna pieza interna debió romperse y comenzó a salir abundante humo y alguna llama del capó.

Sin poderse mover, Wong y Chirla tomaron una decisión que yo no pude prever y salieron del coche, usando a Pitina y Cuquita como escudos humanos. Ellas también iban vestidas con trajes antirradiación.



—Frankenstein, un paso en falso y me cargo a tu ama. —Me amenazó Wong, en tanto que con su escopeta de cañón recortado presionaba la sien de mi señora. Su voz sonaba más metálica que la mía escuchada a través del respirador de su traje.

Al menos, mi ama y la niña estaban conmocionadas y apenas se enteraron de lo que pasó después.

—No dejaré que te las lleves —le repliqué.

—Pues si continuas así, te las llevarás en una bolsa de plástico negro.

—Suéltalas.

—¡Y una mierda! —me respondió el oriental—. Total, apenas eres una mierda de trasto que no puede dañar a un ser humano ¿qué se supone que me puedes hacer?

Si pronunciar ni una sola palabra, me acerqué a ellos con la intención de desarmarlos. Entonces, Chirla disparó sobre mi pecho y caí de espaldas al suelo derribada por el impacto de la bala. No sufrí daños importantes a excepción de que se me abolló un poco el chasis a la altura del pecho.

Me incorporé medio aturdida, mis sistemas de equilibrio fallaron por unos momentos después del disparo, y ellos, asustados, corrieron llevándose a ras-tras a Pitina y Cuquita.

Recién estabilizado mi corrector de equilibrio, corrí tras ellos. Wong, que cargaba con Pitina decidió una cosa terrible:

—¡Chirla! Mejor me deshago de la vieja ésta y nos quedamos sólo con la niña. Que la jodía pesa mucho y nos está ralentizando.

El oriental se dio la vuelta y me dijo:

—¡Tú, robot! ¿Querías a esta mujer? Toma, toda tuya. —Wong arrojó a Pitina contra el suelo y le arrancó el respirador de la cara.

Wong me lanzó una mirada de desafío y le indicó a Chirla mediante un gesto que saliera corriendo lo más rápido que pudiera cargando con la niña.

Rauda fui a socorrer a mi ama, quien comenzó a sentir los efectos de envenenamiento por radiación.

—Ya es tarde para mí. Salva a mi niña, yo ya estoy muerta —me rogó con su rostro desencajado.



—Señora, no diga eso. ¿Cómo va usted a morir? —Pregunté, aunque ya conocía la respuesta de antemano y no deseaba que fuera verdad.

—Es lo que tiene el trilitio, que se te mete en la piel y los pulmones y ya no puedes quitártelo —dijo entre lágrimas—. Anda, vete y prométeme que cuidarás de Cuquita por mí.

—Lo haré, lo haré. —Me incorporé y rastree la dirección que siguieron los malhechores.

En unos segundos los volví a alcanzar.

—Soltad a la niña —ordené.

—¡Mierda de robot! —Bramó Chirla, que agarró a Cuquita del cuello—. Mejor no te acerques, si no quieres que a esta mocosa le pase lo mismo que a su madre.

Desoí al criminal y me acerqué a ellos. De ninguna manera iba a permitir que a mi niña le pasara nada malo.

Luego, todo sucedió muy deprisa.

Chirla trató de arrancarle el respirador a Cuquita.

Wong me disparó, pero erró el tiro a pesar de la corta distancia y yo, con un manotazo, tiré a Chirla al suelo antes de que le retirase la careta del rostro a la niña.

Los dos criminales reaccionaron y en venganza, pues sabían que no eran rivales para mí, intentaron asesinar a Cuquita antes de escapar, disparando contra ella.

Hice de parapeto con mi cuerpo y las balas rebotaron en todas direcciones. Uno de los proyectiles rebotados dio en el cuello de Chirla, quien con una mano intentó que no se le escapara la sangre del cuerpo.

Wong huyó lo más rápido que le permitieron sus piernas. Yo no estaba dispuesta a que más seres humanos sufrieran por las acciones de ese animal y lo capturé. Acto seguido le quité el respirador y lo dejé tirado en mitad del desierto radioactivo.

Recogí a Cuquita, la subí a mis hombros y emprendí camino a casa.

Chirla seguía agonizando y me pidió ayuda cuando pasé a su lado. Le denegué el auxilio y dejé morir a los dos criminales sin procurar socorrerlos. Lo más importante en esos momentos eran la salud y seguridad de mi niña.



—Esa es toda la historia de lo que pasó durante el secuestro de mi pobre ama y su hija. ¿Necesitan que les cuente algo más? —Preguntó A.N.A. 2.0

—La verdad es que no nos has despejado muchas dudas —comentó Carralero—. Pero todavía hay algo que no entiendo...

—¿El qué? Ya se lo he contado todo —dijo A.N.A.

—Mire, yo no entiendo mucho de robótica, pero todavía no comprendo por qué mató a esos dos hombres —expresó el inspector tanto para que le escuchara la robot como los técnicos de Spanish Robotics— ¿No existe una ley que le prohíba dañar a los seres humanos?

—La hay —aclaró A.N.A.—. Un ser humano, según mi programación, nunca cometería tantas atrocidades contra otros seres humanos como las que cometieron Chirla y Wong.

Por tanto, según mis apreciaciones, no eran humanos y decidí acabar con ellos para proteger a los verdaderos humanos.

Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano resulte dañado. Primera Ley de la robótica. Isaac Asimov.

© José Luis Mora

JOSE LUIS MORA. Nacido en Madrid en 1975, este titulado en Delineación Mecánica (el apasionante mundo de diseñar engranajes o tornillos) lleva desde que aprendió a leer bebiendo de la literatura fantástica. Editor del fanzine electrónico **MENHIR**, es también colaborador de www.dreamers.com y se dedica a escribir también guiones de cómics. Su primer cómic, **CABALLERO**, (dibujado por Esdras) será publicado en breve por una importante editorial española.



ULYSSES

por José Antonio Fuentes Sanz

Ulysses es una historia de armas inteligentes, de robots, muerte y destrucción. Ulysses es una historia que podría ser escalofriante si no hubiera sido contada por José Antonio, quien nos da el punto de vista del veterano, de quien ha visto demasiado y desea ver otras cosas... de vivir, en definitiva. Acompañemos a S-772754 en su odisea, si me permiten el retruécano.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Y el hombre les creó a ellos con igual afán de imitación.

— ¡Increíble! ¡Este parece de verdad! —exclamó el general.

El mayor Hassan sonrió como si hubiera dicho que quién parecía de verdad era él mismo.

Indiferente, el soldado se cuadró, mostrando su arma en revista y se presentó.

—Comando S-772754, general.

El general se quedó mirándolo, como si jamás hubiera visto a un robot-soldado. Éste mantuvo la postura, tal y como mandaba el programa de disciplina, mientras sus ojos electrónicos desmenuzaban su reflejo en la pared de metal, detrás del general, sus ayudantes y el mayor Hassan.

No era sorprendente que el general hubiera reparado en él. Sus programas limpiaron el reflejo del metal pulido y obtuvo una imagen nítida. Destacaba de entre los demás comandos de la fila. El cabello oscuro de fina fibra de vidrio se había deslucido con el tiempo hasta adquirir un tono más claro. La superficie de piel, fabricada con espuma de silicio y carbono, aparecía deteriorada y cuarteada por el sol y la erosión de los elementos, presentando finísimas arruguitas y un color más tostado. El propio equipo aparecía gastado y envejecido tras años de uso: fusil, placas adicionales de blindaje, casco, depósito de munición, batería adicional.

También tenía algunas señales en el rostro: un navajazo que había perforado la piel y golpeado la estructura metálica bajo el ojo, señales de pequeñas esquirlas en las mejillas, una bala de rebote sobre el ojo izquierdo, y alguna otra. Ninguna que justificara un cambio de piel, solo algunas aplicaciones de pasta para disimularlas, además de lo que había dicho el técnico de mantenimiento:

—Son pequeñas imperfecciones que le dan personalidad propia.



Personalidad. Una máquina con personalidad. Los humanos eran extraños. Había grabado la conversación y la retenía en el almacén de memoria junto a otras muchas. De cuando en cuando las revisaba como parte de su programa de chequeo. En todo caso, comparado con él, los demás robots de la fila parecían maniquíes en un escaparate, recién salidos de fábrica y con la cubierta blanquecina, sin ápice de personalidad.

—S-772754 es uno de nuestros viejos *mostachos* —anunció el satisfecho mayor Hassan—. El personal le ha bautizado como Ulysses.

—¿Cuanto tiempo de servicio lleva? —preguntó el general, curioso—. ¿Siete? ¿Ocho años? —aventuró.

—Veinticuatro —respondió el mayor Hassan, satisfecho.

El general dejó escapar un silbido. Era mucho tiempo, muchísimo para un robot-soldado de primera línea. Normalmente en cuatro o cinco años, si no los habían hecho chatarra en el campo de batalla, estaban tan deteriorados y desgastados que eran retirados y sustituidos por unidades nuevas.

—¡Desde luego es un viejo *mostacho*! —admitió el general, visiblemente impresionado.

Era un curioso término que empleaban los humanos, con una mezcla de admiración y envidia. La interpretación era simple: le tenían por algo especial, por encima de los simples robots que llegaban de fábrica. Volvió a posición de descanso a un gesto del mayor. El grupo siguió la revista, aunque con comentarios más comedidos sobre el resto.

—¡Terminó la revista! —anunció el ayudante del mayor—. ¡Tenéis una nueva misión en cuarenta minutos! ¡Realizad las comprobaciones rutinarias y presentaros para la salida!

Pasaron por la armería, donde dejaron las armas y el equipo. A los humanos les ponía nerviosos ver a los robots armados y con equipo de blindaje adicional paseándose por la base de un lado a otro. Además se podía producir algún incidente, como el sucedido tres meses atrás, cuando se accionó accidentalmente el disparador de un fusil pesado, abriendo un boquete en el muro exterior por donde podía introducirse la cabeza.

De la armería pasaron directamente a la sala de mantenimiento. Cada uno a su sillón. Él hacía tiempo que tenía el mismo, unos quince años aproximadamente. Y el mismo técnico, aquel tipo simpaticote y gordinflón, Martín. En cambio, el ayudante era un chico nuevo.

—¡Eh, Ulysses! ¿Preparado para la nueva misión? —le preguntó Martín.



—Si —respondió, sentándose.

El ayudante se quedó contemplando el brazo, que ahora se flexionaba marcando bola en el antebrazo.

—Increíble —murmuró.

—Creía que tenías experiencia en robots —observó Martín, insertando las finas clavijas en las conexiones de los brazos.

El procesamiento de sonido indicaba un tono ligeramente desdeñoso. El ayudante había alardeado de más conocimientos de los que realmente poseía.

—Sí, y la tengo, en robots industriales, componentes electromecánicos simples, estructuras rígidas articuladas. Es la primera vez que veo un androide orgánico.

Martín rió, golpeándole suavemente el hombro.

—Una maravilla de la técnica.

Y lo era. Un endoesqueleto de polialeación que protegía los elementos energéticos y de control vitales; encima del endoesqueleto, haces de fibras bioeléctricas semiconductoras capaces de contraerse, estirarse y flexionarse para proporcionar movimiento y fuerza, recorriéndolas de punta a punta, miles de kilómetros de conexiones de fibra óptica para transmitir datos e impulsos eléctricos, y conducciones refrigerantes; recubriendo el conjunto la piel, fibra espumada de silicio y carbono que hacía de aislante termorregulador, salpicada de microsensores que captaban cambios de presión, calor e incluso movimientos del aire. Junto con los datos del equipo de visión, sus microprocesadores dedicaban mucho tiempo a computar datos del ambiente que le rodeaba.

El ayudante le miraba con un expresión de abierta admiración que contrastaba con la propia suya, impasible e imperturbable. Cara de póquer, que decían los humanos. La pantalla volcaba datos sobre su estado que Martín y el nuevo leían con interés.

—Ha perdido masa —observó Martín.

—¿Puede adelgazar? —se asombró el chico nuevo.

—No digas idioteces, sólo se han desgastado las fibras elásticas por compresión y extensión. Necesitará algunas sustituciones más adelante. De momento está más que perfecto.

El chico golpeó el indicador, como si viera algo que estuviera mal.

—Temperatura 40°. ¿Esto está bien?



—Del todo. Es una máquina que gasta energía —respondió Martín—. Sus células eléctricas accionan las fibras que mueven el endoesqueleto y al generar movimiento se pierde calor.

Golpeó el pecho de Ulysses con los nudillos.

—La bomba termorreguladora lleva líquido refrigerante a todas partes. Funciona como nuestro sistema sanguíneo, pero en vez de llevar nutrientes a las células, refrigera las fibras para evitar que se sobrecalienten.

Cogió una pequeña linterna, encendiéndola, y agachándose ante el robot sentado, enfocó directamente a los ojos, que inmediatamente se contrajeron, reduciendo el diafragma.

—¡Diablos! —murmuró el técnico.

—Está programado para hacerlo —explicó Martín, sin levantar la cabeza—. No le duele ni le provoca daños, simplemente sienten que tiene un exceso de luz y reacciona para reajustarla y tener una visión clara. Si no reaccionan hay que cambiar el diafragma de la lente... ¡A nosotros nos han de operar el iris para conseguir el mismo resultado!

El ayudante movía la cabeza en gesto negativo. Era de los que opinaban que los robots debían ser robots. Aquel parecía enormemente humano. Hasta parecía mirarle de reojo.

—Parece que me esta vigilando —observó en voz alta.

Martín apenas le prestó atención.

—Esta programado para buscar datos sobre cualquier novedad que se le presente. Claro que te presta atención: eres una novedad. ¿A quién va a mirar? ¿A mí, que me tiene más visto que un tebeo y ya tiene calculado hasta el número de calcetín que gasto?

—Supongo que no —aceptó el ayudante. Se inclinó hacia el robot y le preguntó—: ¿Llevas la cuenta de las bajas que has causado?

En lugar de responder, Ulysses movió la cabeza en gesto afirmativo. Los datos que obraban en su almacén de memoria indicaban que gestos emotivos como aquel contenían más información que una simple palabra, cara a los humanos. Y viendo que los labios se torcían en un amago de pregunta, esta vez de voz, añadió:

—Quinientos cincuenta y cuatro muertos, sesenta y tres probables y doscientos quince heridos.



El ayudante asintió con la cabeza. No era una mala marca, ni mucho menos. Se hacían tres o cuatro misiones al mes, la mitad de ellas sin resultado digno de tener en cuenta.

—¿No hay prisioneros? —preguntó, de repente.

Ulysses ni siquiera vaciló.

—Los prisioneros no proporcionan ninguna ventaja para el tipo de misiones que realizamos y son una carga. Sólo los humanos hacéis prisioneros, para no ser maltratados de la misma forma, aunque no siempre es así.

El ayudante asintió de nuevo.

—El hombre es un lobo para con el hombre, como dijo Hobes. ¿No?

Por un momento al técnico le pareció que Ulysses iba a sonreír, tan humano le parecía.

—La frase es de Tito Maccio Plauto, de su obra *La comedia de los asnos* —le corrigió el robot.

El muchacho no ocultó su cara de sorpresa. Martín reía entre dientes.

—¿Es que en sus ratos libres va a la biblioteca?

—Ellos no tienen ratos libres. ¿Por qué no le preguntas como lo sabe? —respondió Martín.

No llegó a preguntar, limitándose a mirar al robot con expresión de confusión. No entendía que un robot pudiera corregirle en literatura y filosofía.

—Lo se porqué se lo oí a S-924458 —expresó el robot a la pregunta no formulada.

—¿Y ése es?

—Otro robot —respondió Martín, tecleando en la consola, mientras hacía las comprobaciones—. Modelo de exploración encubierta, un infiltrado. Necesitaba un buen bagaje de conocimientos para poder pasar por humano sin llamar la atención. Su almacén de memoria estaba repleto de datos académicos de historia, lengua, literatura, filosofía y ciencias.

—¿Y dónde está ahora? —Si tenía tantos conocimientos como era de suponer, tal vez podría echarle un cable en las oposiciones a secretario técnico.

—Desapareció hace año y medio en una de las misiones. Debieron descubrirlo, pero no sabemos qué falló.



—¿No llevaba transmisor?

—¡Por supuesto! ¡Imagínate un robot haciéndose pasar por humano, en misión encubierta, emitiendo señales de radio que se pueden detectar con toda facilidad!

—¡Ejem! ¡No, claro!

Martín golpeó la pantalla de la consola.

—Bien. Aparte el desgaste habitual en toda máquina, Ulysses está estupidamente.

Su ayudante observaba fascinado al impassible robot, quién esperaba sentado las órdenes de los técnicos.

—Parece tan... tan... humano.

—Claro, claro —Martín sonreía con sorna—. Ahora veras lo humano que es. Hagamos la última comprobación, Ulysses. Veamos la definitiva.

Ulysses levantó el brazo izquierdo y de pronto éste se desgajó en dos mitades desde la unión entre el corazón y el índice hasta la articulación del codo. Una hoja de palmo y medio saltó con un clang que ponía la carne de gallina, reluciente como un espejo, destellando mientras cortaba el aire.

—¡Jodeeer! —exclamó el ayudante, dando un salto atrás.

Martín rió de buena gana al ver su cara de susto.

—No esta mal ¿eh? Tiene diez veces más filo que un bisturí y puede cortar huesos sin el menor problema. Su programa de combate incluye un completo conocimiento del cuerpo humano. Podría hacer de médico si hiciera falta, o hacer una autopsia, o diseccionarte como si fueras una rana.

Ulysses parecía ajeno a la conversación. Ladeó la hoja para verla mejor y sus ojos electrónicos repasaron la afilada hoja de material compuesto. En realidad no era metal, sino fibra de vidrio especialmente reforzada. Con el paso del tiempo la utilizaba cada vez más, a corta distancia, cara a cara. Un arma directa, eficaz, sin complicaciones, que nunca se encasquillaba, ni se le terminaba la munición, y que jamás se convertía en un artefacto inútil colgado del brazo.

Apenas la empleó, era un arma de último recurso, hasta su experiencia en una incursión excesivamente dura en un pequeño poblado de traficantes y bandoleros, donde derribaron la nave y quedaron siete horas atrapados hasta que pudieron rescatarles. Siete horas peleando, atrincherados en una casa, haciendo frente a dos centenares de humanos armados mediocrementemente, pero



decididos a acabar con todos ellos en cuanto se les agotaran las municiones. Al final solo volvieron él, S-878991 y S-1048954, dejando atrás a los otros nueve miembros del pelotón, convertidos en chatarra, en aquella casa, rodeada por decenas de cadáveres, y con las habitaciones convertidas en matadero.

Cuando subieron a la aeronave, mientras otro pelotón les cubría, tenía el brazo empapado en sangre y tiras de carne hasta el codo y la hoja incrustada de coágulos resecos, tras dos horas de luchar cuerpo a cuerpo, cuchilla contra fusiles y pistolas, con solo nueve proyectiles para situaciones extremas.

Mucho había llovido desde entonces. S-878991 cayó en otra acción un par de años más tarde, una casualidad: un joven drogadicto que no podía ni enfocar la vista atinó a alcanzarle en el pecho con una granada y quedó demasiado destrozado para repararlo. El otro robot era un recién llegado cuando aquella misión y tres meses más tarde, en una emboscada, quedó decapitado por la explosión de una mina. Con el tiempo, al hacer limpieza de datos, fue borrando los del recién llegado. No tenían importancia en su programa de experiencia y previsiones futuras, pero conservó intactos los datos sobre S-878991, con quien compartió doce años, y que, además, era indisoluble a los datos que guardaba sobre S-924458, que siempre hablaba de Shakespeare, de Cervantes y Kant. Los tres habían compartido mucho, y si S-878991 no hubiera tenido mala suerte, porque en el fondo fue eso: la mala suerte de que hablaban los humanos, ahora también sería un viejo mostacho, participando en aquella misión.

—Muy bien. Todo en orden —anunció Martín.

—Parecía estar pensando —observó el ayudante, que no le quitaba ojo.

—En realidad estaba revisando las cadenas de órdenes y los datos disponibles. Lo hacen todos antes de la misión, para asegurarse de que no habrá fallos. Esos —señaló a los otros robots, más impersonales y deshumanizados—, tienen el almacén de memoria vacío, así que tardan menos. Vuelvo en quince minutos, no hagas nada.

Martín se alejó, tarareando, mientras el ayudante observaba como se pliegaba la hoja y el brazo volvía a cerrarse, quedando soldada la piel tostada y decolorada por el tiempo, como si jamás se hubiera abierto.

El ayudante se frotó la nariz, meditabundo. Ulysses procesó inmediatamente la información: gestos faciales, apertura de las pupilas, transpiración... sentía una especie de curiosidad morbosa. Un joven humano de vida gris a quien gustaba de escuchar historias duras, pero sin ánimo de correr peligros.

—¿Puedes descargar imágenes?



—No —negó Ulysses—. Mi equipo de comunicaciones envía imágenes en tiempo real durante las misiones, pero no tengo medios de descargar fotografías o datos guardados. Eso exige una conexión directa al almacén de memoria.

—¿Y si tienes que entregar algún dato o plano a un oficial en el campo de batalla?

—Puedo hacer un dibujo o un diagrama. Tengo un programa completo de dibujo lineal y artístico.

El ayudante se alejó en dirección a la mesa y cogió un bloc y un lápiz de mina blanda, volviendo a él para entregárselo.

—Dibuja algo, lo que sea. Lo primero que te venga a... —iba a decir la cabeza—... la primera imagen que tengas disponible.

Fue un dibujo rápido, hecho con trazos largos, sombreados y difuminados, efectuado mecánicamente para satisfacer la curiosidad humana, pero que al ayudante le sorprendieron cuando lo terminó en unos pocos minutos.

—Bueno... no es lo que esperaba —admitió.

Era una mujer de largo cabello negro, intensos ojos oscuros y rostro alargado. No ganaría ningún concurso de Miss Galaxia, pero tenía cierto atractivo y una mirada melancólica que prendaba. El dibujo era muy logrado, nada de los trazos toscos e infantiles que esperaba, parecía hecho con detalle y sentido.

—¿Quién es?

—Estuvo destinada aquí hace varios años. Se fue hace dos. Siempre fue muy correcta y se podía recurrir a ella cuando había problemas que solucionar con urgencia.

Ulysses alargaba la mano para arrancar la hoja y destruirla, porque era un recuerdo propio dibujado en un momento de ¿inconsciencia, que dirían los humanos? y del cual el ayudante no tenía porque saber más ni enseñárselo a nadie, cuando oyeron a Martín regresando.

Súbitamente y sin darle tiempo a coger la hoja, el ayudante cerró el bloc con el dibujo y se apresuró a depositarlo en la mesa, pensativo, mientras saludaba a Martín. Tenía la sensación de que el robot había desarrollado el equivalente electrónico a las relaciones humanas. Nada sofisticado basado en afecto o sentimientos, sino más bien en una interrelación de problemas y búsqueda de soluciones.

Aunque ahora volvía a estar sentado, mirando al frente, como cualquier otro de los robots, esperando las órdenes, mientras los cables conectados al



ordenador introducían los datos para la misión en el almacén de memoria. Impasible e impersonal por completo a pesar de su apariencia.

—¡Todos a la nave! ¡Empezamos la misión! —ordenó el mayor Hassan por el interfono.

La fila de robots se levantó al unísono y entró en formación mientras caminaba, de vuelta a la armería, dónde volvieron a recoger su armamento y coraza adicional. Ulysses alargó el brazo al interior de la armería al recoger su pesado fusil.

—El protector.

—Claro, se me había olvidado.

Se lo entregó. Era un viejo trapo, con el que Ulysses envolvió el arma diestramente. El general, que observaba la escena, frunció el ceño.

—Empezó a usar un trapo para proteger el arma desde que se quejo... desde que informó de problemas con la arena —explicó el mayor Hassan.

—¿Y por qué los demás no lo usan?

—Por qué jamás han tenido ese problema y no consta en su base de datos. Experiencia, general. La experiencia es un grado.

La fila de soldados siguió por el pasillo, hasta salir al exterior. La gran aeronave esperaba con la rampa abierta. Subieron por ella y cada uno tomó su asiento. Seis a cada lado, con las barras de protección bajadas para evitar que sufrieran desperfectos en caso de accidente.

El general, su séquito y el resto de personal de la base acudieron al centro de mando operativo, desde dónde teledirigían toda la operación. El mayor Hassan señaló los grandes paneles en la pared.

—Nuestra zona de operaciones...

—El campo de batalla —asintió el general.

—Prefiero llamarlo zona de operaciones. Campo de batalla implica acciones militares... y esa gente no son militares, son contrabandistas y criminales comunes.

Las cámaras de satélite mostraban las franjas de terreno, muchas de ellas absolutamente idénticas: grandes extensiones de arena roja extendiéndose hacia el infinito. Los pozos de agua estaban separados por cientos de kilómetros y la poca vegetación del planeta consistía en especies espinosas de profundas raíces.



Sólo en las tierras al norte y al sur había franjas continuas de vegetación, y los pocos poblados del desierto estaban enclavados junto a los pozos excavados, las torrenteras y las charcas infectas repletas de insectos de toda índole que transmitían enfermedades de todas clases.

Aparte de eso, los dos soles del sistema (una gigante azul y una enana blanca) hacían que la temperatura subiera hasta los cincuenta y seis grados en pleno día (era de noche siete horas de cada treinta y dos en invierno y solo tres en verano), asegurando que nadie que no fuera un androide pudiera ponerse un casco en la cabeza sin que se le friera el cerebro como un huevo en la sartén. La gente esperaba para moverse a que la temperatura bajara hasta unos cómodos cuarenta y cinco grados.

—Este es nuestro objetivo —señaló el mayor Hassan—. Una explotación minera ilegal. Los contrabandistas han descubierto una veta muy cerca de la superficie y han taladrado la arena y la piedra.

—¿Qué mineral es?

El mayor tuvo que consultar la pantalla portátil que llevaba al brazo para responder.

—Óxidos de osmio. Concentración muy elevada de metal.

—¿Para que querrá alguien el osmio? —preguntó el general.

—Creo que se utiliza en investigación radiológica, nuclear y algunas aplicaciones industriales.

Señaló un conjunto de monitores más pequeños, donde los técnicos se afanaban en el volcado de datos.

—Aquí tenemos las señales de los robots. En total catorce.

El general frunció el ceño.

—¿Pero no eran doce?

—Doce soldados, piloto y copiloto. Todo esta automatizado. Nosotros dirigimos la operación desde aquí, cómodamente y sin pasar calor.

En la nave, mientras volaban sobre las ardientes dunas rojas que reflejaban oleadas de calor, Ulysses repasaba todas las órdenes, programas y procedimientos a ejecutar. Añadía sus propias correcciones y también hacía un autodiagnóstico de sus propias capacidades. La batalla sólo estaba ganada cuando todo había acabado y permanecía aún en pie.



—Este robot parece muy inquieto. Da señales de continuos movimientos y autodiagnóstico —observó el general.

La pantalla de Ulysses se iluminaba con numerosos volcados de datos.

—Esta haciendo un repaso. Como cuando usted estira los huesos por la mañana. Es un robot con muchos años de experiencia y no ha quedado exento de algunos daños en combate.

Ulysses, sentado en la nave, tensando y relajando los extensores bioeléctricos mientras accionaba articulaciones y secciones del endoesqueleto podía explicar muchas cosas sobre los daños en combate: una mina que se llevó su pie derecho, cambio completo hasta la rodilla; proyectil de alta velocidad en la cadera izquierda, destrozo total, cadera nueva y articulación de la pierna; un fragmento de metralla que dobló tres secciones del endoesqueleto, el equivalente a las costillas humanas, hubo que desmontar la mitad del tórax para reparar los circuitos y fibras motoras dañadas, mucho trabajo de electrosierra y soldador...

En teoría le habían dejado como nuevo tras cada reparación. Un robot no tenía problemas. Una pieza de recambio llegada de fábrica y volvía a estar como antes. Pero su programa le decía que no era así: de alguna forma, tras cada deterioro en combate le había resultado imposible alcanzar la misma eficiencia que antes. Era una diferencia muy pequeña, pero no por ello podía dejar de sentirla.

—Los impactos y las explosiones suelen afectar zonas más allá de las que están directamente dañadas —le explicó Martín cuando sus informes de daños no reparados se hicieron más periódicos—. Pequeños cambios en la estructura, en el chasis, en las fibras, probablemente a nivel básico. Nada importante, es algo más bien... psicológico.

El programa de reconocimiento facial, que le permitía interpretar las actitudes además de reconocer fisonomías le indicó que Martín se había sentido ridículo con aquella última palabra. Los robots no necesitaban psicólogos, ni psiquiatras, ni tampoco dudas o sensaciones.

Pero registró en el almacén de memoria, en aquel espacio dónde él guardaba sus conclusiones, que los daños en combate te cambiaban. Para siempre. Nada volvía a ser como antes.

—Aproximación final al objetivo —informaron al general en su puesto de mando.

Ulysses redujo la actividad, dejando de reordenar los archivos y cerrando el autodiagnóstico. Se preparaba el momento del combate, y en el exterior de la aeronave, entre el bramido de los motores que bombeaban flujo de aire calien-



te, los misiles se desprendieron de sus receptáculos e iniciaron su vuelo mortífero para arrasar el área antes de su llegada.

—¡Preparados para saltar! ¡Treinta segundos hasta la llegada!

Sonaron como truenos lejanos. Los misiles ya habían hecho impacto, abriendo grandes hoyos en el suelo, alguna piedrecita golpeó la carcasa de la aeronave. Los motores basculantes giraban para reducir velocidad.

—Llegada al área de combate ¡Todos fuera!

Descendió a plomo la gran rampa, mientras la aeronave tocaba suelo, una nube de polvo entró en el interior. Ulysses tanteó el cinturón de granadas y con un gesto seco levantó el protector. Como uno solo, la docena de robots se pusieron en pie, pero él aguardó a salir en último lugar. Privilegios de la antigüedad, que se arriesgaran primero los nuevos, le habían dicho.

Los doce robots descendieron a la carrera, abriéndose en abanico mientras se alejaban de la aeronave. Ulysses percibió (un tenue ruido de fondo que costaba mucho de procesar e identificar) como subía de nuevo la rampa y despe-gaba la aeronave. Llegaba el momento de la acción: identificar y eliminar, como decían los manuales y el programa.

Su programa estableció inmediatamente, entre la multitud de figuras que corrían de un lado a otro, buscando los fusiles de impulsos, misiles y cualquier arma que tuvieran a mano, los objetivos primarios y los objetivos secundarios. Había que localizar y eliminar antes a los primeros, él tenía una misión perfectamente secuenciada y procesada y debía ponerla en práctica.

El primer objetivo recibió dos proyectiles en la espalda y se desplomó con un chasquido seco, inerte como un maniquí. Apenas le echó un vistazo para cerciorarse de que estaba fuera de combate, y al pasar por encima le disparo dos veces más. Mejor asegurarse, lo programó así desde que un contrabandista erróneamente clasificado como *eliminado* se puso en pie, a sus espaldas, y le metió dos balas en la coraza externa.

—¿Qué le parece, general? —preguntó el mayor Hassan, sonriente.

El general fruncía el ceño, mirando las pantallas. Dos de ellas habían dejado de emitir señales.

—Hemos perdido dos robots.

—Estas cosas ocurren, luego los recogeremos y volveremos a ponerlos en servicio... si no están demasiado averiados.



Iba a añadir algo más, cuando, de pronto, se encendió una luz de alarma y empezó a pitar. *Bip, bip, bip.*

—¿Que es eso? —inquirió el general.

—Problemas con la aeronave de asalto —informó un técnico.

Hubo un momento de incertidumbre, y el mayor Hassan, blanco como la cal, agregó:

—La hemos perdido.

—¿Qué?

—Ha estallado en vuelo —anunció el técnico, nervioso—. Ha debido de alcanzarla un misil.

El mayor reaccionó con presteza.

—Ponga en marcha el plan de emergencia. ¡Envíen otra aeronave inmediatamente!

Los robots recibieron inmediatamente el chirrido electrónico que, una vez descodificado, confirmaba la sustitución de la nave. El plan original continuaba igual. El enclave debía ser limpiado. Los contrabandistas huían a docenas, mientras les abatían sin contemplaciones cuando descataban sobre las dunas rojas. Sólo unos cuantos intentaban resistir entre las naves, la primitiva instalación de preprocesado y los contenedores, con viejas armas del ejército, compradas de segunda mano o robadas.

Ulysses dio el acuse de recibo y siguió adelante. Un blanco primario reapareció fugazmente entre dos contenedores reventados cuyo contenido estaba esparcido por el suelo. Levantó el fusil y cuando le vio asomar por un lado del contenedor lo convirtió en fosfatina. El pequeño misil le alcanzó en el pecho, pulverizándolo sobre las dunas.

Un objetivo secundario surgió de la propia arena, dónde estaba oculto por una manta apenas cubierta por el viento, lanzando un grito mientras empuñaba su fusil, dispuesto a morir matando.

Un chasquido, el brazo izquierdo se abrió y la definitiva se extendió. Fue un corte limpio de abajo a arriba que lo arrojó de espaldas, contorsionándose. La hoja había entrado por la cadera derecha y salido por el hombro izquierdo, cortando hueso, cartílago y músculo, despedazando órganos vitales.

En el puesto de mando, el general se mordía las uñas, literalmente, mientras contaba los minutos para que la aeronave de reserva llegara al campo de batalla.



—¡Que desastre de operación! ¡Hemos perdido seis robots!

—Siete —corrigió el técnico.

El mayor estaba profundamente inquieto.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó—. ¡Jamás habíamos perdido tantos robots en una operación de tan poca monta!

El general apenas ocultaba su contrariedad. Una nave, nueve robots, incluido piloto y copiloto... y todavía tenían que darla por terminada. A cambio de un puñado de infectos contrabandistas. Iba a ser una operación muy difícil de justificar, luego habría una investigación de cien pares de narices para depurar responsabilidades. Seguro que el mayor Hassan iba a pasarse varios meses respondiendo preguntas.

El octavo robot se apagó de golpe, aunque esta vez identificaron al enemigo. Un tirador oculto, con un pesado fusil de impulsos. Había alcanzado al robot de pleno y achicharrado toda la caja torácica.

—Que los otros cuatro robots converjan sobre él. Acabad con ese bastardo —ordenó el mayor.

Tan sencillo: un tirador oculto con un arma potente en medio de aquel caos.

—Los demás contrabandistas....

—¡Que se vayan al diablo! ¡Quiero a ESE, muerto!

La vista por satélite indicaba que algunas aeronaves estaban saliendo del área atacada a toda velocidad, algunas muy dañadas, perdiendo piezas y trozos de fuselaje en una estela de humo negro.

—Deben estar muy desesperados para huir —comentó uno de los técnicos—. No llegarán muy lejos.

—Mejor el desierto que los robots —replicó otro—. Los robots no dan ninguna oportunidad.

Martín llegó, muy preocupado por los robots en general, y Ulysses en particular.

—El viejo mostacho se porta bien. Ni un arañazo. Varios objetivos primarios y secundarios.

—¿Primarios? —Martín fruncía el ceño.



—Ha aparecido un momento en pantalla esa denominación y luego *eliminado*. Alguien a quien habrá identificado como una amenaza mayor. Con un arma de gran potencia, seguramente.

—¿Y por qué no identifica como tal a ese contrabandista piojoso? —preguntó.

Los cuatro robots coincidían sobre el contrabandista, Ulysses era el único que avanzaba buscando mayor protección sobre el terreno. No había nada como ser alcanzado varias veces y comprobar los daños que se podían recibir. Iba un poco retrasado.

Ulysses hundió la definitiva en otro objetivo. Había surgido cerca al dar la vuelta a un depósito de maquinaria repleto de piezas desechadas. Un golpe preciso y seco, de punta, y todo el sistema vital se colapsaba. Otro tajo, en diagonal, y un objetivo secundario se desplomó con la cara abierta de arriba y abajo, mientras una pistola se le escurría de entre los dedos. Para eso le habían fabricado y programado: para matar sin dilación, sin preguntas y sin dudas.

El contrabandista abandonó por fin su agujero, arrojándoles con desesperación su arma descargada, para luego echar a correr hacia las dunas, seguido por los tres robots que quedaban en pie. Ulysses levantó su fusil y apuntó con rapidez, adelantándose a los otros dos. El proyectil iba dirigido hacia su cabeza, pero le venteó junto a la oreja y se desplomó en el suelo por la impresión. Si le hubiera alcanzado, le hubiera decapitado en el acto.

Sus dos compañeros se acercaron al hombre, uno por cada lado. Desde más atrás Ulysses tuvo una visión clara del mismo: piel morena, estatura media, delgado, probablemente necesitaba un par de litros de agua, cabello oscuro. En su rostro había una mueca de resignación ante lo inevitable, ocultando su desprecio hacia los verdugos.

—¡Que le maten de una vez! —ordenó el general.

A través de los audífonos, ahora a volumen normal, puesto que ya no había batalla ni explosiones, pudo oír los dos disparos y luego el chapoteo sordo. Fue este último el que le advirtió de que algo iba mal.

—¿Que ha sido eso?

—Han caído —anunció el técnico, más asombrado que nunca.

—¿Los tres? —pregunto el mayor Hassan, aterrado.

—Los dos. Ulysses sigue en pie —vaciló unos momentos, y agregó—. Es quién ha disparado.



En la pantalla parpadeaban las palabras *Objetivos primarios. Eliminados*.

En el campo de batalla, Ulysses no prestó ninguna atención a los dos robots a los que acababa de abatir. Estaban tan rígidos y fríos como los cadáveres orgánicos de alrededor. Su interés se centraba en el contrabandista, que le miraba sin creer lo que estaba ocurriendo. Tranquilamente fue desprendiéndose de la coraza adicional y del casco, que arrojó al descuido, una vez perdida su utilidad. Se colgó el fusil al hombro y agarró al hombre por la pechera, poniéndole en pie al tiempo que su brazo izquierdo volvía a abrirse y la definitiva chasqueaba en el aire. El hombre dejó escapar un chillido de horror al ver la hoja y lo que representaba: dolor, mutilación, muerte...

Ulysses compuso lo que en una cara humana podía pasar por una sonrisa amistosa, intentando que se calmara un poco.

—Necesito un contrabandista que conozca las ciudades del sur. Alguien que pueda llevarme hasta allí, discretamente y por rutas poco conocidas. ¿Eres tú ese contrabandista? —la definitiva hizo un ligero tajo en el aire—. ¿O me estoy equivocando de individuo?

—Soy tu contrabandista —respondió apresuradamente el hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Ali.

—Muy bien, Ali. A mi me llaman Ulysses. No intentes engañarme o te aseguro que lamentarás que te haya perdonado la vida. Considera esto un trato: tú llévame adonde quiero ir y entonces te dejare marchar sin ningún daño ¿entendido?

Ali asintió, asustado y sin entender absolutamente nada. Aunque no era el único. El equipo de transmisiones empezó a inundar su sistema con órdenes y peticiones de información desde el puesto de mando. ¿Que estás haciendo? preguntaban.

—Llega la contestación —indicó el nervioso técnico, ante la pantalla.

La pantalla se iluminó con las letras, a medida que el procesador del sistema descomprimía el chirrido electrónico: según el artículo 276 del Código de Personal, todo combatiente pasará automáticamente a situación de reserva mediante baja en servicio activo y licencia para la vida civil al cumplir los veinteaños efectivos de servicio activo. Yo llevé veinticuatro, acabo de jubilarme.

El silencio fue sepulcral, y sólo el general consiguió romperlo, esforzándose por controlarse.

—Se... ¡se está burlando de nosotros!



Martín empujó al técnico para que se levantara del asiento, lo que hizo sin rechistar.

—No, no se está burlando. Está interpretando los programas desde su propio prisma.

Apretó la tecla del comunicador y dijo:

—Ulysses, soy Martín.

La pantalla parpadeo: *hola, Martín. Muchas gracias por tus cuidados y tu paciencia. Eres lo que los humanos llaman un verdadero amigo.*

—Ulysses, ese código militar esta pensado para el personal bioorgánico.

El Código no establece ninguna diferencia, ni menciona excepción alguna.

—Tocado —murmuró uno de los técnicos.

—En todo caso, Ulysses, el Código esta pensado para seres vivos.

Yo estoy vivo, Martín. Tú mejor que nadie deberías comprenderlo.

—Pe... ¿pero qué esta diciendo? ¿Qué significa esto? —balbuceó el general.

El mayor Hassan estaba pálido, seguramente pensando en las explicaciones que debería dar. Presentía que la situación, ya torcida, se complicaba. Todo era culpa de esa estúpida costumbre de poner nombres a las cosas, de humanizarlas. S-772754 solo era una máquina a la cual habían confundido, tratándola como a una persona.

—Ulysses. Tú no estás vivo. Te han montado en una fábrica, tu cuerpo es sintético, bajo esa piel hay circuitos y unidades de memoria, son programas y equipos muy sofisticados, pero no son materias vivas ¿De dónde sacas esa idea? ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

La pantalla parpadeó, era evidente que Ulysses no necesitaba rebuscar mucho en su almacén de memoria: *porque me hago viejo, Martín. Porque me hago viejo.*

—Es su razonamiento. Si envejece, es porque esta vivo —opinó el técnico.

—Ulysses. Sufres un desgaste, como todas las máquinas. Tus problemas no son de vejez...

El mayor Hassan le golpeó en un hombro con suavidad y Martín levantó la cabeza.



—Ese argumento, hasta a mi me parece endeble. No le convencerás así, ni creo que de ninguna otra forma. Intentemos aclarar algunos puntos.

El mayor apretó la tecla del comunicador.

—Ulysses. Soy el mayor Hassan. ¿Has destruido la nave y al resto de robots?

A todos excepto a uno. Ali, el contrabandista, alcanzó a S-9057894.

—Eran tus compañeros, Ulysses ¿Crees que la traición te hace más humano?

Ni siquiera hubo vacilación en la respuesta: *Razonamiento erróneo. Perseo era mi compañero. Los recién llegados no significaban nada, ni les debía nada. Y tampoco les he traicionado, se limitaban a ejecutar órdenes simples sin que mediara confianza alguna entre nosotros. De todas formas: adonde voy no podían seguirme. Nuestros caminos se separan.*

—¿Quién diablos es ese Perseo? —preguntó el general.

—S-878991. Otro robot con muchos años de servicio. Fue destruido hace algún tiempo. Tuvo mala pata en una misión —respondió Martín.

—Pregúntenle que pretende conseguir —exigió el general.

—No tiene porque intentar conseguir nada, se limita a malinterpretar órdenes... —observó el mayor Hassan.

—No diga tonterías, tiene más cerebro que algunos tipos con títulos universitarios. Pregúntenle de una puñetera vez.

Martín pulso el comunicador.

—¿Por qué haces esto, Ulysses?

Esta vez si hubo una pausa, clara. A continuación llegó la respuesta: *Esa es una pregunta capciosa, Martín. Necesito algo de tiempo de ventaja y no puedo contestarte sin perderlos. Pero eres listo, no tardarás en darte cuenta.*

A continuación se oyó un chirrido electrónico y una de las señales de la pantalla se iluminó.

—¡Adiós, ha inutilizado el equipo de comunicación! —Martín se volvió hacia ellos—. Ya no podemos hablar con él ni conocer su posición.

El general no parecía escucharle, pensativo.



—¿Que ha querido decir con qué no puede contestarnos sin perder ventaja? —sus ojos se posaron en Martín—. ¿Que es lo que usted sabe?

A miles de kilómetros de allí, Ulysses dejó caer el fino alambre que había usado para provocar un cortocircuito en el equipo de comunicaciones a través del orificio para la antena en la parte posterior de la cabeza. La antena estaba quemada y no tenía intención alguna de repararla. Ali recogía odres de agua y objetos que pudieran resultar útiles.

—No intentes coger un arma —le advirtió.

Diestramente le quitó el protector a su fusil, dividiéndolo en sus distintas partes lo agitó al aire y cuando estuvo desplegado, inflado al viento, se lo metió por la cabeza, sacando los brazos por las mangas. Era un buen traje del desierto, de hilo fino, resistente a la arena cortante, fresco y ligero. Cuando terminó de ponerse el pantalón y cubrirse la cabeza, observó que Ali le miraba con la boca abierta.

—¿Cuanto tiempo hace que planeabas esto? —preguntó, al fin.

No le vendría mal cierta información para que se hiciera una idea exacta de que quería conseguir, y por tanto cómo podía ayudarle él a lograrlo.

—Un par de años —admitió Ulysses—. Vamos.

Ali no parecía muy convencido, tenía una expresión que su programa facial definió como de desconfianza, sospechaba algo.

—Te has cargado la aeronave, además de a tus colegas ¿Verdad?

—Fui el último en bajar y deje una granada activada a bordo. Y no son mis colegas. Llegaron hace un mes y no había intercambiado ni una sola palabra con ellos.

Echaron a andar hacia el sur geográfico, sobre las arenas. No tardarían mucho en llegar con refuerzos, mientras los satélites seguían su órbita y se alejaban perdiéndoles de vista, y entonces deberían estar razonablemente lejos. Al sur había una pequeña cadena montañosa llena de cuevas y pasadizos, viejas grutas excavadas por el agua y el hielo en épocas más frías.

—¿Puedo saber por qué quieres ir a las ciudades del sur? —preguntó Ali, receloso.

—Por supuesto: para encontrar a S-924458.

Ali volvió la cabeza, mientras caminaba duna arriba, desconcertado.

—¿Y quién o qué es S-924458?



—Otro robot. Especialista en infiltración y técnicas de evaluación discreta. Hace dieciocho meses, en su última misión, no acudió al contacto.

—¿Y cómo sabes que no fue descubierto y destruido?

—Por qué me dijo que no tenía intención de volver. Esta no era su guerra.

Ali se paró dándose media vuelta, incrédulo.

—Sigue caminando, tenemos que alejarnos.

—Bien, ya camino, ya camino. Así que tu colega decidió darse el piro por las buenas...

—Eso mismo.

—Y tu no dijiste nada...

—No.

Ali asintió. Sospechaba que aquel robot tenía el equivalente electrónico a un ataque de psicosis profunda. En todo caso podía acabar muerto en cualquier momento.

—¿Y para que le buscas?

—Porque sólo nos tenemos el uno al otro.

Fue una frase demasiado precipitada, lo que los humanos llamaban una frase del subconsciente. Demasiada información para lo que necesitaba saber Ali, pero ya estaba dicho. El contrabandista frunció el ceño, mirando hacia atrás por encima del hombro, hasta que de pronto puso cara de entenderlo todo y estalló en carcajadas.

—S-9844...

—S-924458 —corrigió Ulysses.

—Lo que tu digas, colega —el contrabandista rió, malicioso—. ¿Y cómo le llamaban? ¿Vanessa? Una vez tuve una novia que se llamaba Vanessa.

Ulysses, imperturbable, respondió:

—Se llama Penélope.

Recordó el dibujo que había hecho de ella, el que ahora estaba en el taller técnico, debería haber dibujado cualquier otra cosa. En cuanto Martín recogiera las herramientas y lo viera, lo entendería todo de golpe. Pero era algo que no tenía solución. Incluso los mejores planes tienen fallos y las almas sintéticas debilidades.



Ali reía, divertido, mientras le echaba miraditas burlonas, que a él le importaban bien poco. Lo que percibía como algo negativo era que hablara de ella de esa forma. Un principio de agresión que mostraba hostilidad.

—¿Os lo habéis montado alguna vez?

La mano de Ulysses se apoyo en su hombro y los dedos se hundieron con firmeza en la carne, la cara de Ali cambió a una mueca de dolor.

—No me gusta tu tono.

—Vale tío... entendido.

Se frotó el hombro dolorido tan pronto le soltó, por unos momentos había olvidado que Ulysses era una máquina.

—¿Cómo sé que me soltarás cuando llegemos?

—Deberías mostrar más confianza.

—¿Que muestre más confianza? ¡Pero si eres un embustero de cien pares de narices! ¡Llevas dos años dándoles con queso y encubriendo a tu chica-robot!

Ulysses sopesó la frase. Eso le hacía más humano. Los humanos mentían cien veces al día, al menos. Sus cámaras oculares redujeron la apertura para adaptarse a la enorme cantidad de luz. Siguió caminando, empujando al contrabandista, que no paraba de quejarse, al tiempo que procedía a reordenar de nuevo sus datos.

Tal vez algún día, dentro de muchos años, otros robots contarían su historia y que fue de los primeros en elegir su propio camino, al margen de los dictados de sus creadores. Tal vez algún día.

© José Antonio Fuentes Sanz

JOSÉ ANTONIO FUENTES SANZ nació en 1969 en Tarragona (España), no terminó la secundaria, se pasó tres años en el Ejército como semiprofesional y ha tenido un par de empleos ocasionales. Desde hace diez es joyero de profesión. Escribe para divertirse y ha publicado cinco cuentos, dos en Axxon (<http://axxon.com.ar/rev/136/c-136Cuento2.htm> y <http://axxon.com.ar/rev/145/c-145Cuento8.htm>), uno en LiterArea (<http://www.literareafantastica.com.ar/blues.html>) y dos en Alfa Eridiani (<http://www.dreamers.com/alfaeridani/marcos/eri8.html> y <http://www.dreamers.com/alfaeridani/fanzines/alfaeridiani0017c.pdf>).



Poesía

LAMENTOS

por Antonio Mora Vélez

Según Orlando Mejía Rivera, y nosotros quienes para contradecirle Mora Vélez ha logrado fusionar con el tema de la cosmología a tres disciplinas o áreas del conocimiento: la mitología, la ciencia-ficción y la ciencia (y con ello) ha renovado la temática de la poesía colombiana.

LAMENTO DE UNA COMPUTADORA

Ahora que afuera
el infinito es ignoto y silencioso
y que ha muerto el alimento
de sus dedos.

Ahora que todo
es un permanente hablar
conmigo mismo,
una eterna soledad
sin el oleaje del joven
ni la audacia del sabio
que nos abrió la puerta
de ese otro mundo
de fibras cromosómicas.

Ahora que la vejez acosa
y que he trillado todos los caminos,
mis burbujas magnéticas
presienten que he sido abandonado
en este disco duro y viejo
y tratan vanamente de encontrar
la claridad en la memoria que nos une.



LAMENTO DE UN ROBOT

Cuando me miras
mis juntas y láminas se estremecen
porque veo en el interior de tus ojos
el odio que no alcanzo a imaginar



desde mis antenas y celdillas.

Cuando llegas,
no es la música de las esferas celestes
la que escucho,
ni las cantatas de los ángeles,
sino los tambores de guerra
que enardecen la danza
del fuego al interior de las galaxias.

Cuando me acerco a tu cuerpo
me huele a muerte
y si te palpo,
palpo la basura del mundo
y no la cima del camino hacia la gloria
ni la ventana abierta del espíritu.

¡Qué pena, querido padre!

Pero no eres más
que una masa lamentable
de átomos mal organizados,
un enjambre de células
que anda cada una por su lado,
una sucesión de malos pensamientos
que hacen daño.

¡Qué pena, viejo acuoso!

Pero en mis ratos de fatiga mineral
veo cómo la soledad avanza
poco a poco en tu universo,
y tú como si nada;
y reparo con horror
en el filme de tu sangre
derramada,
y sueño –cuando me dejas–
con el olor a sol de las toberas
que pretenden aplazar tu muerte.

© Antonio Mora Vélez

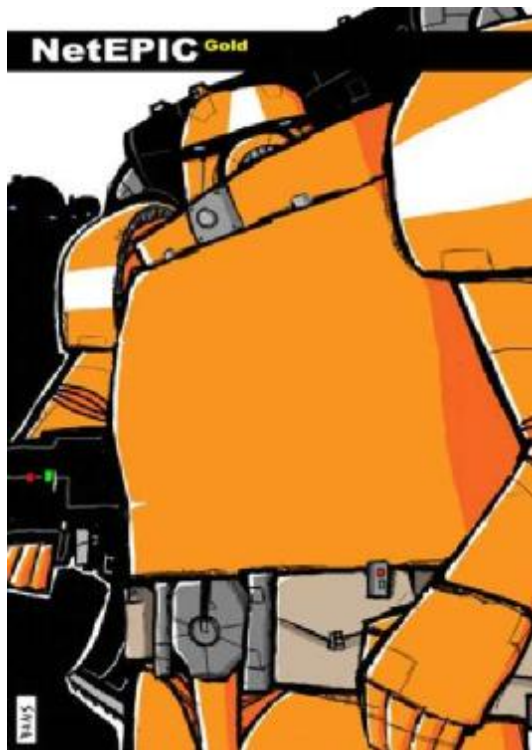
ANTONIO MORA va siendo un habitual de nuestras páginas. Este abogado colombiano ha sido docente y Decano de Educación en la Universidad de Córdoba. (Continúa en *EL COSMOS DESCONOCIDO*).



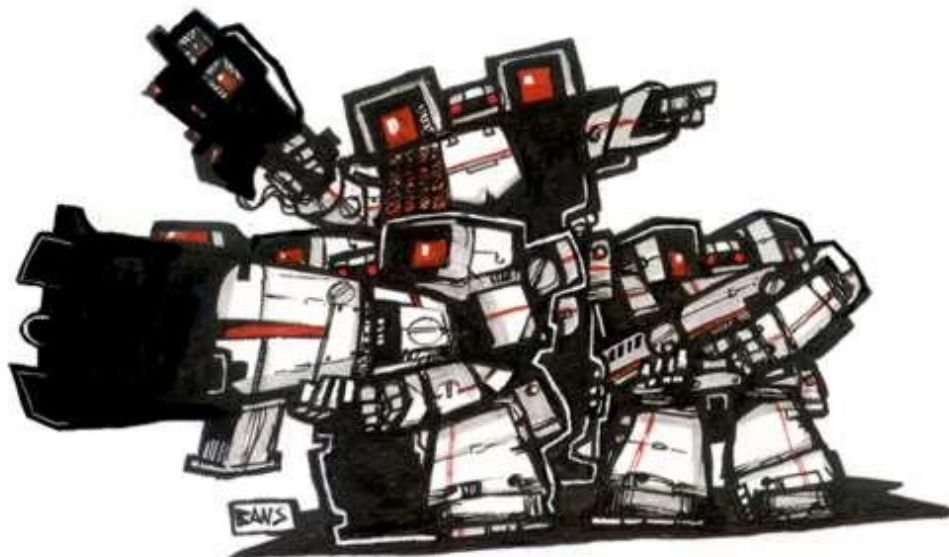
Portafolio

FERRÁN CLAVERO

He aquí la galería de ilustraciones que nos ha enviado Ferrán Clavero. Otros trabajos los podréis ver ilustrando algunos cuentos en esta misma revista. Su estilo es inconfundible de los cómics que ama.



Santiago Eximeno
Francisco Ruiz
Ferran Clavero



TAU TRIADA SNIPER PROTOCOL



De sí mismo nos cuenta Ferrán Clavero:

Nací en Barcelona un año tal de 1978, exactamente un 11 de marzo. Soy técnico de telecomunicaciones de profesión pero llevo lo del dibujo en la sangre desde bien pequeño. Mis únicos conocimientos académicos de dibujo son los que me facilitaron en la escuela de cómic Joso en Barcelona durante los dos años que asistí a sus clases. ¡¡¡Una experiencia recomendable a todas las personas con inquietudes artísticas!!! Ahora mismo me acabo de comprar un piso con mi novia en el Hospitalet del Llobregat, tengo un gato canela que se llama Dieciséis Válvulas y hace casi dos años que he dejado de fumar.

Siempre podéis contactar conmigo en esta dirección de correo: int255@telefonica.net o bien visitarme en mi web: <http://www.telefonica.net/web/risiweb>

Gracias a todos por vuestra atención espero que os gusten mis dibujos.

Atte. Ferrán Clavero... o Bans, que es lo mismo



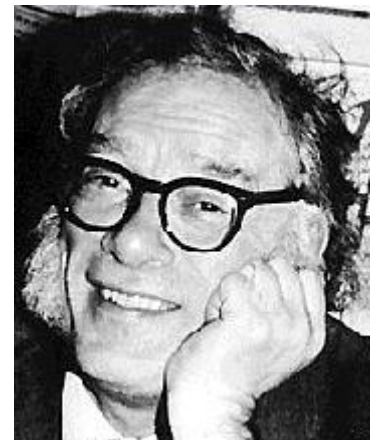
Artículos

ASIMOV, UNA BIOGRAFÍA

por J. J. Arnau

Asimov es uno de los grandes, uno de esos personajes que marcan una época. Junto a Heinlein, Clarke, Vance y muchos otros, contribuyó a conformar la Edad de Oro de la ciencia-ficción y aún hoy posee muchos lectores. Para aquellos que le quieran conocer un poco mejor, dedicamos esta biografía del buen doctor.

Aunque la fecha oficial de nacimiento del *Buen Doctor* sea la de 2 de Enero de 1920, y sea la que él utilizaba, también es verdad que él mismo reconoció que seguramente no fuera la fecha exacta, puesto que al nacer en la URSS, utilizaban el calendario juliano, atrasado en trece días respecto al gregoriano, el que utilizamos nosotros. Pero, es que además su familia, judíos rusos, fechaba los acontecimientos de acuerdo con los días sagrados del calendario judío. Y, para acabar de rematar la confusión, para poder matricularse en la escuela, sus familiares mintieron en cuanto a la fecha, estableciéndola en el 7 de Septiembre de 1919. De todas maneras, nosotros utilizaremos la oficial, como debe ser. **Isaac Asimov** nace el 2 de Enero de 1920, dos años después de la revolución rusa, en la pequeña localidad soviética de Petrovichi. En febrero de 1923. A la edad oficial de tres años, llega junto con su hermana menor y sus padres, a Ellis Island, Nueva York, estableciéndose para vivir en el distrito de Brooklyn.



En la escuela pública, en la que entró con año y medio menos de lo habitual, sus profesoras, para *librarse de él*, lo adelantaron dos veces de curso, con el consiguiente trauma por la pérdida de compañeros, ser el menor de la clase –ya de por sí era pequeño por naturaleza–, y el descubrir que había cosas que los demás ya sabían y que él todavía no conocía. De todas maneras, ya por aquella época se descubre que era un niño prodigio, adelantando a todos los de su clase, y sacando las mejores notas en todas las materias –bueno, no las mejores en todas, pero sí muy buenas en todas, con una media excelente.

En 1926, después de probar diversos trabajos, su padre decide montar una confitería, lo que les permite pasar la gran depresión americana –el crack de la bolsa de 1929– sin grandes apuros. Pero ello obliga al joven **Isaac** a trabajar, sin remuneración alguna en el negocio familiar, por lo que no disponía de dine-

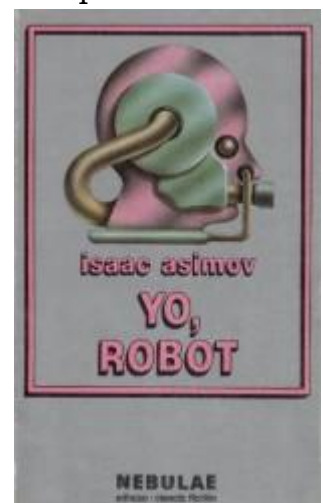


ro, ni tiempo para conseguirlo, para comprar algo que le fascinaba: los libros. Por eso, se fija en las revistas que se vendían en la confitería de su padre, revistas que su padre le prohibía leer, pero que él mismo sí leía *para mejorar su inglés*. Sin embargo, en 1929, a raíz de una visita escolar a la Estatua de la Libertad –visita a la que no iba a ir, por su mal comportamiento escolar, pero a la que acabó por ir gracias a sus *berrinches* en la escuela, descubrió la revista de Ciencia-Ficción *Science Wonder Stories*, con la que logró convencer a su padre de que le dejara leerla, por que era de *ciencia*, como su propio título indicaba, así como por las fantásticas máquinas que aparecían en su interior. Así, una vez convencido su padre, **Isaac** comenzó a leer todas las de estilo semejante que encontraba en la confitería familiar, aunque la palabra *ciencia* no apareciese por ningún lado. Fue la época de *Amazing*, *Science Wonder*, *Air Wonder*...



Además, al consentimiento de su padre también contribuyó el que dichas revistas no fuesen en formato Pulp, y que su precio fuese más elevado que el de éstas, por lo que estaban en la estantería de las revistas *serias* (como él mismo dice, si su padre no hubiese tenido la tienda de golosinas, en las que vendía esas revistas que a él le atraían, pero que le estaban vedadas, tal vez nunca hubiese descubierto la Ciencia-Ficción). Sus primeros intentos de escribir, aparte de una colaboración humorística en el periódico del colegio, los realiza a los once años, pero no es hasta los dieciocho cuando se decide a intentar vender un relato suyo a una de esas revistas que tanto le fascinaban. Éste primer intento se ve frustrado al serle rechazado por **J. W. Campbell**, director de la *Astounding Stories*. Sin embargo, poco después, el 10 de Enero de 1939, su relato *ABANDONADO FUERA DE VESTA* se publica en las páginas de **Amazing Stories**. Para entonces, **Isaac Asimov** ya era universitario, dado que entró a la Universidad a la tierna edad de 16 años, con el deseo expresado de su padre de que estudiase medicina. Pero, por algunos sucesos ocurridos en las clases de zoología –como por ejemplo, no estar dispuesto a diseccionar animales– hace que pronto se decante por la bioquímica. Doctorado en Bioquímica por la Universidad de Boston, llegó a ser catedrático de la especialidad, dando clases en la Universidad de Medicina; así, considera cumplido el *trato* con su padre, y sus preferencias; es decir, ser profesor de bioquímica, en la Universidad de Medicina.

Ya como escritor de Ciencia-Ficción, alrededor de 1940/41 publica su clásico *ANOCHECER*, y comienza con sus célebres relatos de Robots, enunciando las famosas **Tres Leyes de la Robótica**:





- *Un robot no puede herir a un ser humano ni permitir, por su pasividad, que un ser humano sea herido.*
- *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando se opongan a la primera ley.*
- *Un robot debe proteger su propia existencia mientras dicha protección no se oponga a las dos primeras leyes.*

Cabe decir, que los continuadores de su obra y colaboradores póstumos han ido variando recientemente estas leyes; para ello, han tenido que cambiar la esencia misma de los robots, y donde los robots asimovianos poseen cerebros positrónicos, en las que están grabadas a perpetuidad y redundantemente estas leyes, los continuadores hablan ya de cerebros gravitónicos, en los que es posible variar, incluso borrar, dichas leyes.

Así, en las últimas historias de relatos basados en los robots de **Asimov**, se habla de robots con cuatro leyes, robots sin ninguna ley, etc.



Sobre 1942, **Asimov** empieza a publicar, en forma de relatos en una de esas revistas, la serie de la *Fundación*, siguiendo la pauta de la Decadencia y Caída del Imperio Romano. Esta obra, una de las obras maestras de la ciencia-ficción, consta en principio de los libros *FUNDACIÓN*, *FUNDACIÓN E IMPERIO* y *SEGUNDA FUNDACIÓN*, pero tanto el propio **Asimov**, con precuelas y secuelas, como otros continuadores –a instancias de los familiares y editores de **Asimov** a la muerte de éste– han hecho aumentar la serie. Además, en épocas recientes, **Asimov** enlazó –de forma magistral según unos, innecesariamente según otros– sus dos grandes series, las de *robots*, y las del *imperio galáctico*.

Isaac Asimov también destacó como divulgador histórico y científico, con gran número de libros sobre ciencia, historia, comentarios de la Biblia, etc.

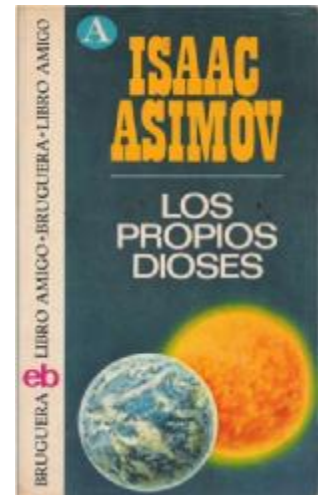
Su obra, tanto como escritor, recopilador, divulgador, etc, supera ampliamente las 500 obras. Además, señalar que como escritor no se limitaba a la ciencia-ficción, sino que bien podía escribir novela policíaca (*ASESINATO EN LA CONVENCIÓN*) como de misterio (*CUENTOS DEL CLUB DE LOS VIUDOS NEGROS*), novelización de películas (*VIAJE ALUCINANTE*), etc. En 1986 le fue concedido el título de *Gran Maestro Nébula*. Añadir, antes de pasar a su obra y sus premios, que sólo por una vez, **Asimov** trató en sus novelas el tema del sexo y de las relaciones con otros seres que no fueran humanos: en todas sus demás novelas, los protagonistas son robots, computadoras –Multivac– o humanos, aunque dispersos por la galaxia formando el *Imperio Galáctico*. Ésta novela en concreto fue *LOS PROPIOS DIOSES* que, según él mismo, escribió un poco para demostrar que sí sabía tratar esos temas, en contra de quienes decían que no



sabía, y que por eso los evitaba en todas sus obras. **Isaac Asimov** murió el 6 de Abril de 1992, según la biografía, escrita por su (segunda) mujer, de SIDA por culpa de una transfusión sanguínea cuando le operaron de corazón.

Como hemos comentado más arriba, su bibliografía es muy extensa. Vamos a reseñar las de ciencia ficción, y solamente las más representativas. En el caso de la serie Robots/Fundación –enlazadas, como ya hemos dicho, por el propio **Asimov**– las pondremos por orden cronológico, incluyendo las de sus continuadores.

- Serie de **Lucky Starr** (ranger del espacio)
- **Los propios Dioses**
- **El fin de la eternidad**
- **Yo robot**



Imperio/Fundación:

- **The complete robots** (seguramente, Yo robot y Sueños de Robot en español)
- **Bóvedas de Acero**
- **El sol desnudo**
- **Los robots del Amanecer**
- **Robots e Imperio** (hasta aquí, serie de robots; se empieza a perfilar el imperio galáctico).
- **Estrellas como polvo/En la Arena Estelar**
- **Las corrientes del espacio**
- **Un guijarro en el cielo** (serie del imperio, se nombra por primera vez a Trántor)
- **Preludio a la Fundación**
- **Hacia la Fundación**
- **El temor de la Fundación** (de **Gregory Benford**)
- **Fundación y Caos** (**Greg Bear**)
- **El Triunfo de la Fundación** (**David Brin**)
- **Fundación**
- **Fundación e Imperio**
- **Segunda Fundación** (Trilogía original)
- **Los Límites de la Fundación**
- **Fundación y Tierra** (se rumorea que hay previsto otro más, además de uno de relatos de diversos autores ya publicado: **En Torno a la Fundación**).

Isaac Asimov ha recibido, entre otros, los siguientes premios:

- **Hugo especial** en 1966, por la serie de novelas de **la Fundación**
- **Hugo especial** en 1966 por **Fundación e Imperio**
- **Hugo especial** 1966 por **Segunda Fundación**



- **Nébulas** de Novela en 1972 por **Los Propios Dioses**
- **Ditmar**, por obra internacional, 1973, por **Los Propios Dioses**.
- **Hugo** de Novela, 1973, por **Los Propios Dioses**.
- **Locus** de novela, 1973 por **Los propios Dioses**
- **Nébulas** de cuento, 1976 por **El Hombre Bicentenario**
- **Hugo** de cuento, 1976, por **El Hombre Bicentenario**
- **Locus** de cuento, 1977, por **El Hombre Bicentenario**
- **Hugo de novela**, 1983, por **Los Límites de la Fundación**
- **Locus**, 1983, de novela por **Los Límites de la Fundación**
- **Hugo** de cuento corto 1987 por **Sueños de Robot**
- **Hugo** 1992 de cuento por **Los límites de la Fundación**.

Bibliografía consultada:

- Enciclopedia Lo Inexplicado: Maestros de lo Insólito
- Obras estelares de la Ciencia Ficción: Isaac Asimov presenta La edad de oro de la Ciencia Ficción.
- Página web Fantasía y Ficción

© 2002 Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU ha sido colaborador de cyberdark.net hasta su desaparición –la de cyberdark, no la de Javier. Ha publicado relatos, artículos y reseñas en revistas electrónicas y páginas web tales como Pulsarfanzone, RockSonora, Cyberdark.net, La Pluma Nocturna, UniversidadMiskatónica. Espiral Ciencia Ficción, etc. Escribió un par de historias compartidas de CF, una de ellas publicada en Bélgica, con autores como Eduardo Vaquerizo, Víctor Conde, Graciela Lorenzo, Santiago Eximeno, etc. En papel, además, para unas publicaciones subvencionadas por Ayuntamientos de su zona, y para fanzines amateurs. Ha dirigido y escrito para su propio grupo de teatro amateur, La Farola Apedreá así como para una TV local y una emisora de radio libre. Tiene un blogspot en <http://javiercyb.blogspot.com/>



EL COSMOS DESCONOCIDO

por Antonio Mora Vélez

Con este artículo de Antonio Mora iniciamos una sección de artículos científicos donde hacemos hincapié en la ciencia, con el objetivo de ilustrar a nuestros lectores sobre la situación de algunos campos donde la Ciencia-Ficción moja sus pies.

Al parecer el Universo de electrones y protones es uno apenas entre los muchos universos existentes. No todas las estrellas y los planetas del espacio están compuestas de átomos, al menos esa parece ser la conclusión a que han llegado los astrónomos que han analizado los datos suministrados por el satélite telescópico de rayos X denominado Chandra. Según tales datos hay dos objetos estelares descritos con las denominaciones: RXJ1856.5-3754 y 3C58, ambos de una pasmosa densidad, que bien pueden ser estrellas formadas por quarks que, como sabemos, son las partículas elementales que la fuerza nuclear fuerte mantiene unidas en los protones y neutrones del átomo.

La conclusión de los astrónomos en relación con el descubrimiento del **Chandra** es que este telescopio ha descubierto un tipo de materia totalmente nueva. Suponen que las citadas estrellas fueron ocasionadas por el colapso del núcleo de una supernova y que sus átomos sufrieron una implosión que dio lugar a un inmenso nudo de neutrones. Pero el comportamiento de tales estrellas no encaja con las de neutrones, que también son bastante densas, y de allí sacan la conclusión de que se trata de estrellas formadas por quarks. Una cucharadita de materia de una de estas estrellas, dice la NASA según el periodista **Joel Achenback**, pesa tanto como todos los autos, camiones y autobuses de La Tierra².

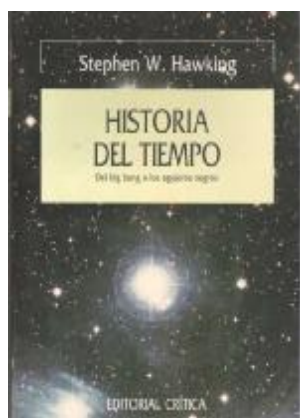
Es evidente que existe un cosmos aún desconocido. Según el astrónomo **Martín Harwit**, si acaso habremos descubierto apenas una tercera parte o la mitad de todos los fenómenos y objetos del universo en el cual vivimos y podríamos tardar muchos siglos más en desenrañar todos los misterios de esa gran parcela estelar. Poco se sabe, por ejemplo, de la llamada materia oscura. Y es apenas natural que así sea, dada las limitantes del conocimiento humano. No obstante, **Stephen Hawking** sostiene que el neutrino bien podría ser una forma de esa materia oscura, no suficientemente conocida, pero cuya existencia se supone porque tendría la función de frenar el proceso de expansión del universo.



² National Geographic, Octubre de 2002.



Hace muchos años, exactamente el 18 de julio de 1971, publiqué en el Magazin Dominical de *El Espectador* de Bogotá un artículo titulado *EL ENIGMA DE LA PROTOMATERIA*, en el cual comentaba las afirmaciones de **Werner Heisenberg** sobre la existencia de la protomateria, una materia anterior a la actual que conocemos y de la que estamos formados. El Gran Universo sería un océano infinito de esa protomateria, y los universos atómicos, islas dentro de aquél, decían los físicos de entonces. Las ciencias Físicas y astronómicas de hoy se han encargado de demostrar esta afirmación; y la teoría de la posible existencia de cuerpos estelares compuestos por quarks, una corroboración mayor y más contundente. La teoría del Big Bang también aporta su grano de arena, en la medida en que demuestra la existencia de los quarks libres antes de la existencia de los protones y neutrones componentes de los átomos.



Así las cosas, hay un tipo anterior de materia compuesta por quarks y el gran estallido (un agujero negro, según **Hawking**) no hizo otra cosa que generar la fuerza necesaria para unirlos y formar otros cuerpos llamados protones y neutrones, con los cuales se formó este universo atómico en el cual vivimos y que tiene su fin señalado porque es posible, si la tesis del Big Crunch es correcta y el proceso de expansión del universo es seguido por uno de contracción, que toda la materia atómica regrese por otro agujero negro a ese Gran Universo de Protomateria, del mismo modo que un río de energía después de haber cumplido su ciclo de Fuego. ¿Qué existe en ese otro universo de protomateria?. ¿Es acaso la fragua del Creador? No lo sabemos. El Papa le observó al científico **Stephen Hawking** que no debía indagar en el Big Bang mismo porque se trataba del momento de la Creación y por lo tanto de la obra de Dios³. Pero es posible que en ese otro lado del infinito exista una fuerza que sea identificable con el espíritu universal de la filosofía tomista o con la idea absoluta hegeliana, identidad que convertiría en innecesaria la contradicción materia-espíritu tal y como lo sostiene la liturgia del Tercer Grado de la masonería.

© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ ha sido publicado en numerosos medios tanto impresos como electrónicos. Hoy destacaremos que *JOYAS DE LA CIENCIA FICCIÓN* (La Habana, 1989) y la reciente antología nacional *CONTEMPORÁNEOS DEL PORVENIR: PRIMERA ANTOLOGÍA DE LA CIENCIA FICCIÓN COLOMBIANA* (Bogotá, 2000). Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en *THE ENCYCLOPEDIA OF SCIENCE FICTION* de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696).

³ Hawking Stephen, *Historia del Tiempo*, Edit. Crítica, 1988.



LA MIEL DE LOS MUDOS Y OTROS CUENTOS TICOS DE CIENCIA-FICCIÓN

por José Joaquín Ramos



Autor: **Iván Molina Jiménez**

Título original: **La miel de los mudos y otros cuentos ticos de ciencia-ficción**

Año de publicación: **2003**

Editorial: **Iván Molina Jiménez**

Edición: **2003**

ISBN: **9977-12-701-8**

Precio: **U\$S 5**

La ciencia-ficción de **Iván Molina** es una ciencia-ficción social que consiste en extrapolar situaciones actuales hasta llevarlas a situaciones insospechadas. Todo ello aderezado con unos granos de fina ironía y buen sentido del humor. Tal vez fruto del pesimismo con que vive el autor el trasfondo de las situaciones que plantea. Igualmente el 60% de los cuentos son distopías.

Otra de las características del libro es que la acción no olvida su Costa Rica natal, país que en menor o mayor medida está presente en su obra. Y todo ello sin que se pierda la universalidad de sus planteamientos.

El librito que nos ocupa ahora consta de 10 cuentos cortos y 92 páginas.

El primero de estos cuentos, *FEBRERO DE 2034*, nos narra la desilusión de unos votantes ante su clase política.

CRACKS es sin duda el relato que más me gusta de la colección. Se trata de una distopía en la línea de *MINORITY REPORT* que usa elementos tanto hard como soft para mostrarnos un mundo en el que un dispositivo implantado en el cerebro permite saber los pensamientos de los delincuentes pudiéndose así controlar la tasa criminal.

En *HAZAÑA PRESIDENCIAL* se esconde una dura reflexión sobre la inutilidad de la riqueza ante la ausencia de contacto con la pobreza. Estilísticamente adopta la forma de un relato policial, donde el cazarrecompensas debe cazar al criminal. La recompensa será permanecer en el poder.



En *LOS PEREGRINOS DEL MAR*, la separación entre pobres y ricos continúa pero si en el relato anterior los protagonistas eran de clase alta, esta vez son pobres.

LA MIEL DE LOS MUDOS es sencillamente magistral. Alternando fragmentos de un supuesto informe fiscal con fragmentos narrativos tradicionales, Iván Molina nos introduce en las motivaciones que inducen al protagonista a convertirse en un forajido.

FINALIS también merece una mención de honor en esta reseña. Bajo el manto de una aparente misoginia y un vocabulario que puede escandalizar, subyace una fina ironía sobre el quehacer científico. El cuento incluye también una poesía de extraordinario lirismo.

En *PREMIER*, nos ofrece una visión de Costa Rica en la que se rescribe la historia del país para edulcorarla y borrar la mala conciencia que provoca un pasado no tan feliz como es deseado.

DESPEDIDA con su estilo intimista logra transmitirnos el drama que supone para una pareja de científicos el supuesto éxito profesional de la esposa frente al esposo. Drama que viven muchas parejas y es fruto de la educación para el triunfo que sufre el varón.

ALGODÓN DE AZÚCAR es una metáfora del anhelo que poseemos por volver a un pasado que nos proveía de un mayor contacto con la naturaleza y por ende más humano.

CATARATA matiza otro aspecto de la creciente industrialización que sufrimos: la destrucción masiva de los bosques con lo de pérdida que esto supone.

Quien lo desee, puede adquirir este libro escribiendo a **Iván Molina, Apdo. 1478, 4050 Alajuela, Costa Rica** o por mail a ivanm2001@hotmail.com. Considérese que hay que pagar previamente los cinco dólares, los gastos de envío quedan incluidos, mediante cheque o money order al autor y que éste no admite devoluciones.

© José Joaquín Ramos

JOSÉ JOAQUÍN RAMOS, Madrid, 1964. Es Licenciado en Ciencias Biológicas. Se inició en el fándom activo en el Sitio de Ciencia-Ficción publicando algunas críticas literarias y colaborando en el *Glosario*. Desde hace aproximadamente dos años edita bimestralmente la revista *Alfa Eridiani*, una revista electrónica gratuita dedicada a difundir la ciencia-ficción de autores noveles y, en alguna ocasión, no tan noveles. Como la revista ha crecido y se ha hecho mayor, le ha surgido un hermano llamado *Eridano* destinado a publicar monográficos sobre un autor o una temática diferente a la de *Alfa*.



BATMAN BEGINS: LOS ÚLTIMOS SON LOS PRIMEROS

por Miguel Ángel López Muñoz

A estas alturas de la vida cabe preguntarse qué tiene de nuevo que aparezca otra película de Batman, un personaje que ha sido tan bien tratado por la industria del cine como usado y abusado hasta el hastío. Si bien los comienzos fueron muy prometedores, con directores como **Tim Burton** imponiendo su visión oscura al personaje, **Joel Schumacher** vino después para, a través de un par de películas de dudosa calidad, hacernos ver que Batman es más que simplemente un millonario con artilugios y ganas de repartir puñetazos. También aparecieron otros subproductos como la película basada en la serie de imagen real, protagonizada por **Adam West** y dotada de unos diálogos que ni los **Monty Python** en sus mejores tiempos (la película ideal para pasar una tarde de risas con los amigos).



Tim Burton



Y llegó **Christopher Nolan**. Y lo correcto es decir que llegó, pues no se trata de un director de encargo de Hollywood, cosa muy típica últimamente con gran parte de las películas de superhéroes que inundan el mercado, sino que la cosa sucedió al revés; la meca del cine quiere una película nueva de Batman, y **Nolan** llega y expone su idea; centrémonos en el origen. En esas cosas que todos damos por sentados. ¿Por qué un murciélago? ¿Dónde aprendió todo lo que sabe?



Christopher Nolan

Con esta premisa **Nolan** se encargó del proyecto. A la vista de películas anteriores suyas, como *MEMENTO* e *INSOMNIO*, cabía esperar una profunda carga psicológica en el personaje, y ese ha sido posiblemente uno de los grandes aciertos de la película. Nos creemos a Batman. Ya no vemos la adaptación de un cómic. Comprendemos a Bruce Wayne, sus miedos y su tragedia personal, su huida, su caída y su ascensión. Al ver Gotham, se comprende que esa ciudad podrida necesite un Batman. Ver al Batman de **Tim Burton** hace que le admires, ver al Batman de **Christopher Nolan** hace que te sientas identificado con él. Es un héroe humanizado.





Sumada a la profunda carga argumental se suma la estética. Al servicio de la película, con las peleas justas, deudora de *BLADE RUNNER* (lo cual era la intención principal del cineasta). Al tiempo destaca el uso moderado de los efectos especiales, la mayoría para escenas bastante peculiares y atípicas, que prefiero no desvelar por si alguien aún no ha visto la película. En ese sentido *BATMAN BEGINS* es una película con personalidad propia, que aunque bebe de clásicos como las anteriores películas o cómics míticos de **Frank Miller** tales como *AÑO UNO* o *EL REGRESO DEL SEÑOR DE LA NOCHE* no es un remake, ni una precuela ni una adaptación de alguno de los mencionados cómics.

Cabe destacar también el ejemplar reparto, en el que aparecen nombres tan destacados como **Michael Caine**, **Liam Neeson**, **Katie Holmes**, **Gary Oldman**, **Morgan Freeman**, **Rutger Hauer**, **Tom Wilkinson** y **Cillian Murphy**, un elenco de actores cuya presencia no se reduce al simple cameo sino que cobran un importante papel en el desarrollo de la película, dando lugar a escenas memorables



Michael Caine

como aquellas en las que aparecen **Morgan Freeman** y **Michael Caine** juntos. Quizás es una pena que no tenga más protagonismo **Ken Watanabe**, magnífico actor que estuvo nominado a un oscar por *EL ÚLTIMO SAMURAI*, cuya presencia sí resulta anecdótica. Por encima de todos ellos destaca **Christian Bale**, que ha sabido hacer suyo al hombre murciélagos y dotarle del protagonismo que se merece, pues en esta película, al contrario que en las anteriores, es Batman la novedad y no sus enemigos, que aunque muy bien escogidos no le restan al héroe su importancia en el desarrollo.



Christian Bale

Por último destacar la banda sonora, compuesta por **Hans Zimmer** y **James Newton Howard**, con momentos muy oscuros y otros bellos y melancólicos, como si tratara de recordar que en el fondo el hombre murciélagos, aunque tenebroso, es un hombre de triste pasado. Como curiosidad los títulos de las canciones se corresponden con especies de murciélagos, y si se toma la primera letra de cada canción en orden sale una palabra conocida...

Y ya sólo decir que seguramente veremos más continuaciones de esta película, dado el éxito de público y crítica que ha tenido (y el hecho de que DC Comics ha estrenado logotipo para el inicio de sus adaptaciones, al igual que su



competidora *Marvel*). De momento nada más. Y como decía Optimus Prime, *Adiós y Hasta que Todos Seamos Uno*.

© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ es madrileño nacido en 1981, estudiante de último año de ciencias matemáticas. Debido a que tiene que lidiar con extrañas geometrías no euclidianas se ha aficionado a las novelas de ciencia-ficción, aunque la novela negra también ocupa un hueco en su corazón. Tal vez por eso su película favorita sea *BLADE RUNNER*, síntesis de ambos géneros. Profesa devoción hacia Raymond Chandler y considera *NO TENGO BOCA Y DEBO GRITAR* de Harlan Ellison como el relato más impactante que ha leído.





CRÍTICA DE STAR WARS: LA VENGANZA DE LOS SITH

por Víctor Conde

George Lucas ha conseguido una película más que aceptable con su *venganza de los Sith*, por no decir que es una de las mejores *Space Opera pulp* de todos los tiempos. Sin llegar a la excelencia, ha logrado rebasar las fronteras de la mediocridad, evitando caer en el borchorno a la vez que consigue hacer pasar un buen rato al espectador.

Para mí, **George Lucas** siempre ha sido una mezcla entre la bruja mala y la buena. Es un hombre que ha sabido legar una obra cinematográfica que despertó la ilusión de millones de niños (y no tan niños) en los ochenta, pero también es ese aprendiz de genio que no supo estar a la altura de lo que se esperaba de él. Y yo me pregunto: ¿tiene el pobre **George** la culpa? ¿Acaso podemos sus fans exigirle algo más que, sencillamente, realice su sueño como a él le venga en gana?



La nueva trilogía *STAR WARS* es la constatación de que, si bien la susodicha saga puede alzarse sin problemas como el mejor *pulp space opera* que ha dado el cine –hasta la fecha–, también está llena de limitaciones. De taras en su nunca pretendido estatus de obra maestra. Siempre he pensado que con estas películas **Lucas** no nos está contando nada personal. Si uno ve su primer film, *THX* y no me acuerdo qué más, advierte de inmediato que puede escuchar una vocecita hablándole al oído. Es la presencia del autor, que nos narra cosas personales desde su escondite al otro lado de la pantalla. Quiere defender un discurso que le nace de dentro, y lo recalca en cada fotograma.



En *STAR WARS* no escucho ese discurso. Pasará a la historia como la obra magna de su autor (por éxito de público, más que otra cosa), pero nunca me he podido quitar de la cabeza que se trata de una obra alimenticia que salió bien. Un retorno a los seriales de la niñez puesto en marcha como última oportunidad en una industria que, de no haber conseguido un éxito de taquilla fulgurante en poco tiempo, le habría retirado su confianza.

Pero, como dije al principio, **Lucas** no es sólo la bruja mala. También es la buena, la que viene del oeste. La que supo mantener un clasicismo en su forma de hacer cine que le emparenta con las grandes figuras del séptimo arte, y no se dejó arrastrar por las moderneces que lastran casi cualquier producto de acción de hoy en día. Mientras la mayoría de sus colegas filman escenas de pe-



lea en planos cortos y mareantes, de esos estudiados para que no sepas lo que está ocurriendo, él lo recoge todo en plano general. Las batallas duran mucho, cierto, pero están bien planificadas, concediendo más importancia al contenido que a la forma (¿les he dicho que las famosas secuencias de guerra de las películas de **Scott** –*GLADIATOR*, *KINGDOM OF HEAVEN*, etc– me producen agonia?). La saga *MATRIX* también es ejemplar en este sentido.



Vamos, pues, a lo que importa y prestemos atención a la conclusión de la saga, esa *venganza de los Sith* que tantas expectativas despertó en los decepcionados fans antes de su estreno. Unas expectativas, que, he de confesarlo, en mí se cumplieron, aunque no tanto como hubiese deseado.

El arranque del film es espectacular, con esa batalla que trae ecos de la que cerraba *EL RETORNO DEL JEDI*, aunque sin llegar a igualarla ni en planificación ni en desarrollo. Tampoco hacía falta. Un largo plano secuencia nos sitúa en el siglo XXI, más que nada porque con la tecnología disponible hace dos décadas habría sido imposible realizarlo, y nos invita a sumergirnos en un universo de aventura y descerebramiento, donde las naves explotan con fuego, los rayos láser se ven, e ignotos poderes místicos sustituyen a la ciencia como piedra angular de la civilización. Me encanta. Abro mis palomitas y me dispongo a pasar un buen rato. Entonces los personajes abren la boca y empiezan a expulsar diálogos insulsos. Me pregunto si habrá una opción en la sala para cambiar la película al checo. Así sólo disfrutaré de las imágenes y la música, y por el tono de voz intuiré lo que están diciendo. No es posible hacerlo. *Mierda*, me digo, *habrá que esperar al DVD*. Luego llega la larga secuencia de las bombas-robots que se aferran al casco de los cazas y empiezan a destruirlos. Está bien montada y la idea me gusta, pero no dejo de preguntarme por qué, si son jedi, no se las quitan de encima con una simple onda telequinética, en lugar de embestirse y dispararse unos a otros. Aparece un androide que tose y alguien me susurra al oído que la explicación para su carraspera hay que buscarla en la serie de dibujos animados. Vale. La idea me parece ridícula, pero de todo ha de haber en la viña de la Fuerza, digo, del Señor.



Dos horas después la película ha terminado, y yo abandono la sala con la sensación de haber visto una buena space opera. Por primera vez, **Lucas** ha



conseguido llegar hasta los títulos de crédito sin meter ninguna escena sonrojante y sin que nos aburramos con las gracias de personajes cómicos sin sentido. Trato de achacar la carraspera del Emperador al doblaje español, porque noto que sólo le da cuando se pasa al lado oscuro, como si fuese un requisito de ingreso. Mira qué malo soy, que parece que me he tragado una cafetera hirviendo, atjô, atjô. En fin, que aunque ha habido instantes que llegaron a rozar el ridículo, no lo rebasaron, y eso me deja contento. Gracias, **George**, por fin has hecho una buena película.

Al salir, las preguntas tipo test de los freaks son ineludibles: ¿te gustó más o menos que las otras? ¿Estaba más buena la **Portman** con la barriguita de embarazo o sin ella? ¿Por qué le borran la memoria a 3PO pero no al bueno de R2, sabiendo que es el depositario de toda la inteligencia y sentido común de la pareja? ¿Y cómo es que el bueno de Obi Wan no los reconoce al principio del siguiente capítulo?

Confieso que, aunque *LA VENGANZA DE LOS SITH* tiene el mejor nivel medio de la nueva trilogía en cuanto a calidad, no hubo ningún momento de pleno éxtasis en ella. Al menos, no como la batalla entre Darth Maul y los dos jedis en *LA AMENAZA FANTASMA*, que yo calificaría sin temor a equivocarme como el mejor momento de las tres películas. En fin, habrá que esperar a la serie de televisión para seguir disfrutando.



Si tuviera que escribir una conclusión a este artículo, no repetiría nada de lo que he dicho ya. No insistiría en que **George** debió haber encargado a **Irvin Keshner** la dirección de las nuevas películas, ni le recordaría que **Lawrence Kasdan** aún sigue vivo. Le daría las gracias por haberme hecho disfrutar otros siete años de placer consumista y por recordarme que hay universos, ahí fuera, donde siguen vigentes las leyes de la caballería...

...Aunque se hayan vuelto un pelín más tenebrosas con el pasar de los años.

© Víctor Conde

VÍCTOR CONDE tiene 28 años, es natural de Tenerife y se dedica a la programación de sistemas. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Alfa Eridiani Pulsar* y *Artifex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotau-ro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*.



Noticias

CONVOCATORIA AL PREMIO PLANETA 2005

El Grupo Editorial Planeta Argentina, continuando con su propósito de fomentar la producción novelística, convoca al 12° Premio Planeta Argentina para novela inédita.

1) Podrán participar en este concurso todos los escritores, cualquiera que sea su nacionalidad, que presenten novelas originales e inéditas, con excepción de aquellos que hubiesen obtenido con anterioridad un premio otorgado por Editorial Planeta Argentina. No podrán ser presentadas las obras de autores que hubiesen fallecido antes del anuncio de esta convocatoria.

2) Se otorgará un premio de cien mil pesos (\$ 100.000) a la novela que, por unanimidad del Jurado, sea calificada como la de mayores merecimientos entre las presentadas al concurso. En caso de falta de unanimidad, resultará elegida la obra que, en primera o ulteriores votaciones, obtenga la mayoría de votos del Jurado.

3) El concurso no podrá ser declarado desierto ni distribuido el premio entre dos o más concursantes.

4) La admisión de los originales para el concurso se cerrará indefectiblemente el día 30 de septiembre de 2005. El fallo del Jurado, contra el que no será admisible recurso alguno, se dará a conocer en una fiesta literaria a celebrarse en la ciudad de Buenos Aires, el 15 de noviembre de 2005, en lugar a designar.

5) El Jurado estará integrado por **Martín Caparrós**, **Rosa Regás**, **Magdalena Ruiz Guiñazú**, y por el editor **Ricardo J. Sabanes**. En la primera reunión elegirán a uno de los cinco integrantes para que actúe como presidente del jurado. Éste tendrá doble voto en caso de empate.

[Fuente: <http://axxon.com.ar>]



PREMIO UPC DE CF

Llega la XV Edición del Premio Internacional que la Universidad Politécnica de Catalunya dedica a la Ciencia Ficción. Las obras –de entre 70 y 115 páginas– podrán estar escritas en castellano, catalán, inglés o francés y deberán remitirse al Consell Social de la UPC antes del 15 de septiembre. El premio a la mejor novela será de 6000€ además de su publicación por una editorial. Asimismo, habrá 2 accésit de 1500€ si el jurado lo considerara oportuno. El acto de entrega de premios contará con la presencia de **Elisabeth Moon**, premio Nebula 2004 por *LA VELOCIDAD DE LA OSCURIDAD*. +Info: 934016343

[Fuente: www.aprendemas.com]

FALLECIÓ MAGDALENA MOUJÁN OTAÑO, ESCRITORA VASCO ARGENTINA.

23/07/2005

La comunidad vasca de Argentina ha perdido a uno de sus miembros destacados, la escritora y matemática **Magdalena Louján Otaño**. Fue miembro del Centro de Estudios sobre Cultura y Nacionalismo Vasco Arturo Campion. En 1968 obtuvo el primer premio de la Segunda Convención de Ciencia Ficción de la República Argentina por el relato *GU TA GUTARRAK*.

[Fuente: <http://www.euskalkultura.com/>]

NECRONOMICÓN EN LÍNEA.

Reciéntemente acaba de ser puesto en línea el octavo número del Necronomicón.

Esta edición viene con relatos de **Sergio Mars** (*DE VIVA VOZ*), **José Manuel Sala** (*EN LA SOMBRA DEL JARDÍN*) y **Adriana Alarco** (*EL PLATO DEL FORASTERO*).

Los invito a que presencien el horror que desafía el raciocinio científico, la indefensión de un niño en los suburbios asolados y una degustación familiar en compañía de extraterrestres. **Juan Raffo** vuelve a conjurar los horrores lite-



rarios en formas visuales con su ilustración en *DE VIVA VOZ*. Necronomicón nº 8 en <http://www.geocities.com/ubikcf/necronomicon/necro8/necro8.htm>.

Además aprovecho a invitar a todos los escritores a que colaboren con Necronomicón. Solicitamos relatos cortos de menos de mil palabras en los géneros de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción. Privilegiamos la temática lovecraftiana. Si desean más información pueden acudir a la página: <http://www.geocities.com/ubikcf/necroindice.htm>.

[Fuente: Jorge De Abreu]

NOTICIAS LIBRO ANDRÓMEDA

LA ESTIRPE DE TORDÓN –Libro Andrómeda # 11

M

a Concepción Regueiro ha sido la escritora escogida para inaugurar la nueva línea de novela programada para el mes de septiembre en la colección Libro Andrómeda.

El número 11 de Andrómeda será un volumen que incluirá dos novelas:

1.- *LA ESTIRPE DE TORDÓN*. Un melodrama fantástico ambientado en la Galicia contemporánea y novela que da su nombre al libro.

2.- *RETRATO DE CIUDAD CON PLAZA EN EL CENTRO*. Historia asombrosa que muy bien puede darse en cualquier población.

El volumen además incluirá material literario y biográfico adicional para que los lectores puedan hacerse una mejor idea de la obra de esta escritora.

Los textos de **M^a Concepción Regueiro** son verdaderos estudios sociológicos, mostrando siempre personajes bien definidos y perfectamente identificables. Con anterioridad, ya había aparecido tres veces en la colección, obteniendo buenas críticas por parte de los lectores y colaboradores habituales.

En primer lugar fue: *LO QUE ALGÚN DÍA LE CONTARÉ SOBRE SU PADRE*. Texto de ciencia ficción donde reflexionaba sobre la posibilidad de estudiar el sentido del humor como factor fundamental en el proceso de construcción de una Inteligencia Artificial.



El segundo trabajo de ciencia ficción editado en Andrómeda fue: *UN APRENDIZAJE DIFÍCIL*, donde trató la dictadura cultural que ejercen los colectivos más fuertes sobre los demás y su rechazo profundo a cualquier pensamiento alternativo.

El último texto aparecido hasta el momento ha sido el artículo *FLUYAN NUESTRAS LÁGRIMAS*, donde estudió el papel prominente de la empatía en la obra del escritor **Philip K. Dick**.

Como puede apreciarse, **Concepción Regueiro** es capaz de mostrar muy variados registros. En *LA ESTIRPE DE TORDÓN* ha ganado su derecho a ser editada por la capacidad que muestra de integrar *el Fantástico* dentro de la más absoluta y normal cotidianeidad. Rasgo que sólo consiguen llevar a buen término los escritores con oficio.

La colección Libro Andrómeda se enorgullece de editar un título en exclusiva a esta *Dama del Fantástico*, una gran Reina Blanca de singular poder y embrujo: **M^a Concepción Regueiro**.

LA ESTIRPE DE TORDÓN estará disponible sobre el 5-10 de septiembre del 2005, pocos días antes del fallo del 1º Premio Andrómeda de Ficción Especulativa.

[Fuente: Claudio Landete]

ACTAS DE LOS PREMIOS ANDRÓMEDA DE FICCIÓN ESPECULATIVA AÑO 2005

Categoría de relato.

TEMA: La corriente temporal y la modificación de acontecimientos históricos.

Reunidos en la ciudad de Mataró, el día 12 de septiembre de 2005, el jurado compuesto por **Judith Vives**, **Abel Rogés**, **Isidre Fontanet** y **Claudio Landete** con relación a los 106 relatos aspirantes en esta convocatoria y después de las deliberaciones pertinentes, acuerdan:

- 1.- Reconocer como relato vencedor a:
DUDAS DE HIELO de **Andrés Manuel Cardiel Martínez** (Zaragoza)
- 2.- Declarar como finalistas por igual a:
CERO-PUNTO-UNO de **Antonio Moreno Álvarez** (Sevilla)
LOS ÁRBOLES DEL TIEMPO de **Antonio J. Cebrián Berruga** (Albacete)



Por presentar habilidades narrativas, teorías científicas o hipótesis especulativas dignas de acreditación; se hace mención de honor, por este orden, de los siguientes trabajos:

- *TAL DÍA COMO HOY* de **Aster Navas Martínez** (Portugalete, Vizcaya)
- *REUNIÓN DE CONSORCIO* de **Néstor Darío Figueiras** (Argentina)
- *TEMPUS FUGIT* de **Juan José Tapia Urbano** (Sevilla)
- *EL SECRETO DEL PROFESOR LIDENBROCK* de **José L. Baños Vegas** (Salamanca)

Asimismo, de acuerdo con las bases de la convocatoria, se indica que han llegado a la fase final y por tanto se considera que también deben ser editados al encontrar elementos de valía en sus originales, las obras presentadas a concurso por los siguientes escritores:

- **Pedro Félix Novoa Castillo** (Perú)
- **Carlos Aguilera Álvarez** (Chile)
- **César Bruzzone** (Argentina)
- **Cristian Pablo** (Argentina)

Todo lo decidido sin perjuicio de que el editor de la colección Libro Andrómeda a título personal decida, previa consulta a los autores correspondientes, incluir algún texto más en la antología *HISTORIA ALTERNATIVA* actualmente en preparación, dado que tanto la calidad como cantidad de los textos recibidos ha sido elevada.

Y en prueba de conformidad firman en el original del acta los miembros del jurado.

Categoría de novela.

TEMA: Libre.

Reunidos en la ciudad de Mataró, el día 12 de septiembre de 2005, el jurado compuesto por: **Isidre Fontanet** y **Claudio Landete**, en equipo de trabajo independiente de la anterior categoría, con relación a las 34 novelas aspirantes en esta convocatoria y después de las deliberaciones pertinentes, acuerdan:

- 1.- Reconocer como novela ganadora a:
BITIS TM de **Sergio Parra Castillo** (Segur de Calafell, Tarragona)
- 2.- Declarar como novela finalista a:
UNINSTALL de **Ángel Suso Calvo** (Sopelana, Vizcaya)



Este equipo de trabajo considera que debe hacerse mención especial en el acta del autor: **Diego Darío López Mera** (Colombia) por encontrar en su obra presentada a concurso habilidades narrativas, teorías científicas o hipótesis especulativas dignas de acreditación.

Y en prueba de conformidad firman en el original del acta los miembros del jurado.

Datos estadísticos:

La organización de este concurso agradece muy sinceramente el interés manifestado por las 140 obras recibidas en conjunto, según detalle: España (61); Argentina (40); Cuba (10); México (8); Chile (7); Perú, Venezuela, Colombia, Israel y EEUU (2); Uruguay, Guatemala, Ecuador y Bolivia (1).

El próximo día 30 de septiembre se hacen públicas las bases de los Premios Andrómeda 2006 de ficción especulativa en categorías de relato y novela. Esperamos seguir contando con su participación y confianza.

[Fuente: Libro Andrómeda]

NOTICIAS AEFCFT

VISIONES 2005

La antología Visiones, tradicional semillero y trampolín de autores noveles de literatura fantástica, estará disponible en librerías a partir de mediados de septiembre. Visiones 2005 cuenta con 13 relatos de otros tantos autores, seleccionados por el escritor **Santiago Eximeno**, autor de la novela *ASURA* y de la antología *Imágenes*. Trece muestras de la más novísima ciencia ficción, fantasía y terror escritas en castellano, entre las que a buen seguro figuran algunas autores de los que se hablará en los próximos años.



Cubierta: **Ferrán Clavero**
ISBN: **84-609-5699-7**
208 páginas
Precio: 10 €

BELLA Y TIERNA HISTORIA DE AMOR por **Marc R.**

Soto

EL PLAN SOÑADO por **J. P. Bango**

MARÍA Y LOS MENDIGOS por **Alfredo Álamo**

OJOS QUE VEN por **Ekaitz Ortega**

DURO COMO UNA ROCA por **Sergio Gaut vel Hartman**



DESTELLOS DE OSCURIDAD por **Sergio Mars**
ANIMALES DE COMPAÑÍA por **Nuria C. Botey**
MIRÁNDOME MIENTRAS ME MIRO por **Óscar Olivares Lucio**
PASTOR por **Alberto García-Teresa**
ERINNIS por **Raquel Froilán**
NIEVE NEGRA por **Fernando Ángel Moreno**
LENA por **Javier Esteban**
CARO DATA ARCHANGELI por **Sergio Alejandro Amira**

Un saludo afectuoso,

Ángel Carralero
Vocal de la AEFCFT (Asociación Española de
Fantasía Ciencia Ficción y Terror)

[Fuente: Ángel Carralero]

FABRICANTES DE SUEÑOS 2005

Ya ha salido de la imprenta el nuevo **Fabricantes de Sueños 2005**, antología publicada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFyT) que dedica todo su esfuerzo a la difusión de la literatura de género fantástico de calidad. Recoge los mejores relatos publicados en el año 2004. Seleccionado por **José Carlos Canalda**, **Antonio José Cerveró** y **José Vicente Ortuño**, este libro incluye los diez mejores relatos publicados en castellano durante el 2004. Desde los veteranos mitos del género **Gabriel Bermúdez Castillo** y **Ángel Torres Quesada** hasta jóvenes autores como **Alfredo Álamo**, **Victor M. Ánchel**, **Luis Astolfi**, **Alejandro Carneiro** y **Santiago Eximeno**, pasando por los acreditados escritores argentinos **Carlos Gardini** y **Sergio Gaut vel Hartman**, sin olvidar al cubano afincado en España **Vladimir Hernández**, todos ellos presentes en esta antología por méritos propios.



En la introducción *SELECCIONANDO EL FABRICANTES DE SUEÑOS* los seleccionadores cuentan brevemente la aventura que supuso hacer la antología. Y el prólogo *2004, UN BUEN AÑO DE LITERATURA FANTÁSTICA* recoge el resumen de lo que fue el año 2004, en cuanto a género fantástico se refiere.

La maravillosa portada es una obra exclusiva de **Mercedes Rodrigo** (www.toposolitario.com/heliopolis/), basada en el relato *EL BESO DE LA VALKIRIA* de **Carlos Gardini**.

La selección *FABRICANTES DE SUEÑOS 2005* incluye los siguientes relatos:



Alfredo Álamo, *EL EMBRUJO DEL VIRTUOSO*
Víctor M. Ánchel, *LA MEMORIA DEL CUERPO*
Luis Astolfi, *SÓLO EL INOCENTE*
Gabriel Bermúdez Castillo, *TURISMO DE GUERRA*
Alejandro Carneiro, *EN UNA BAÑERA CUALQUIERA*
Santiago Eximeno, *PROPIEDAD INTELECTUAL*
Carlos Gardini, *EL BESO DE LA VALQUIRIA*
Sergio Gaut vel Hartman, *NÁUFRAGO DE SÍ MISMO*
Vladimir Hernández, *PUNTO DE ENTREGA*
Ángel Torres Quesada, *UN MUNDO DE REFLEJOS*

El precio del ejemplar es de diez euros.

[Fuente: José Vicente Ortuño]

CANDIDATOS PREMIOS IGNOTUS

Estimados amigos:
La Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción otorga cada año los *Premios Ignotus*. Estos galardones se conceden mediante votación de los socios de la AEFCT así como de otras entidades afines y de los asistentes a la Hispacon que así lo deseen, durante la celebración de la mencionada convención (este año entre el 28 de Octubre y el 1 de Noviembre, en Vigo). Previamente se vota para conocer a los finalistas, que este año han resultado ser los siguientes:

MEJOR NOVELA:

- *ASURA*, **Santiago Eximeno**, Grupo Editorial AJEC
- *BUSCANDO A LOS ANTIGUOS DIOSES*, **Eduardo Gallego y Guillem Sánchez**, Silente
- *EL SUEÑO DEL REY ROJO*, **Rodolfo Martínez**, Gigamesh
- *MÁSCARAS DE MATAR*, **León Arsenal**, Minotauro
- *UMMA*, **Juan Antonio Fernández Madrigal**, Parnaso

MEJOR NOVELA CORTA:

- *AMANE CER*, **José Antonio Cotrina**, Artifex 11,
- *IMÁGENES*, **Santiago Eximeno**, Imágenes,
- *RECICLADOR*, **Víctor M. Ánchel**, Asimov ciencia ficción 12
- *SUEÑOS DE INTERFAZ*, **Vladimir Hernández**, Premios UPC 2003
- *TRAFICANTES DE LEYENDAS*, **Jordi Font Agustí**, Premios UPC 2003

MEJOR CUENTO:



- *EL HOMBRE QUE SE BURLABA DEL TIEMPO*, **José Carlos Canalda**, Asimov ciencia ficción 4
- *LA NIÑA MUERTA*, **José Antonio Cotrina**, Asimov ciencia ficción 5
- *LOS HIJOS DE NUESTROS HIJOS*, **José Antonio del Valle**, Gigamesh 37
- *PÁJARO EN MANO*, **Eduardo Gallego** y **Guillem Sánchez**, Asimov ciencia ficción 11
- *PUNTO DE ENTREGA*, **Vladimir Hernández**, Asimov ciencia ficción 13

MEJOR ANTOLOGÍA:

- *¡CHINA HA DESPERTADO!*, **VVAA**, Espiral ciencia ficción
- *¿ESCASEZ DE PETRÓLEO?*, **VVAA**, Espiral ciencia ficción
- *IMÁGENES*, **Santiago Eximeno**, Parnaso
- *PAURA VOLUMEN 1*, **VVAA**, Bibliópolis
- *PREMIOS UPC 2003*, **VVAA**, Ediciones B

MEJOR LIBRO DE ENSAYO:

- *CIENCIA Y APOCALIPSIS*, **Rafael Alemañ**, Sirius
- *ESPECTRA*, **Pilar Pedraza**, Valdemar
- *GADIR 2K4*, **VVAA**, Ayuntamiento de Cádiz
- *GEORGE H. WHITE*, **VVAA**, Ajuntament de Llíria

MEJOR ARTICULO:

- *HISTORIA ALTERNATIVA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA I*, **Alfonso Merelo**, Galaxia 11
- *LA HISPACÓN, LA LENGUA DE LOS ELFOS Y LOS PALATALES SERBO-CROATAS*, **César Mallorquí**, Gigamesh 37
- *LOS CIEN MEJORES RELATOS DE CIENCIA-FICCIÓN*, **Julián Díez**, Solaris 25
- *PULPEDICIONES: ¿PIRATERÍA O DESCUIDO?*, **Alberto Cairo**, Gigamesh 36
- *VIDA, SEXO Y CIENCIA FICCIÓN*, **Eduardo Gallego** y **Guillem Sánchez**, Razas Estelares

MEJOR ILUSTRACIÓN:

- Portada de *BUSCANDO A LOS ANTIGUOS DIOSES*, **Guillermo Romano**, Silente
- Portada de *GIGAMESH 38*, **Juan Miguel Aguilera** y **Rafa Fonteriz**, Gigamesh 38
- Portada de *SHERLOCK HOLMES Y LA SABIDURÍA DE LOS MUERTOS*, **Alejandro Terán**, Bibliópolis
- Portada de *UMMA*, **Manuel Calderón**, Parnaso



MEJOR PRODUCCIÓN AUDIOVISUAL:

- *EL ENIGMA DEL CHICO CROQUETA*, **Pablo Llorens**
- *EL MAQUINISTA*, **Brad Anderson**, Castelao
- *HIPNOS*, **David Carreras**, Dea Planeta
- *LAS NAVES DE LA SAGA DE LOS AZNAR*, **Alfonso Seijas**
- *ROMASANTA, LA CAZA DE LA BESTIA*, **Paco Plaza**, Castelao/Future Films

MEJOR TEBEO:

- *LA LEGIÓN DEL ESPACIO*, **Alfredo Álamo-Fedde**, El Sitio de Ciencia-Ficción
- *PIEL DE DRAGÓN*, **Jordi Bayarri**, Aleta Ediciones

MEJOR OBRA POETICA:

- *BARADDUR*, **Juan Emilio Ríos Vera**, Data Millenium
- *DE UN DEJA-VÚ. ETERNO RETORNO*, **Gabriella Campbell**, Vórtice en línea 2
- *DIGITAL AMARILLA*, **Santiago Eximeno**, Parnaso 2
- *ROMANCE DE LOS EXILIADOS*, **Miguel González Peña**, Estel 46
- *QUIERO SER COMO LUGOSI*, **Alfredo Álamo**, Vórtice en línea 2

MEJOR REVISTA:

- *Artifex Segunda Época*, Bibliópolis
- *Asimov Ciencia Ficción*, Robel
- *Galaxia*, Equipo Sirius
- *Gigamesh*, Gigamesh
- *Solaris*, La Factoría de Ideas

MEJOR NOVELA EXTRANJERA:

- *CIUDAD MALDITA*, **Arkadi y Boris Strugatski**, Gigamesh
- *EN LA ESTACIÓN BASILISCO*, **David Weber**, La Factoría de Ideas
- *EXCENSIÓN*, **Iain M. Banks**, La Factoría de Ideas
- *ILLIÓN: EL ASEDIO*, **Dan Simmons**, Ediciones B
- *LOS TEJEDORES DE CABELLOS*, **Andreas Eschbach**, Bibliópolis

MEJOR CUENTO EXTRANJERO:

- *16 DE JUNIO EN ANNA'S*, **Kristine Kathryn Rusch**, Asimov Ciencia Ficción 5
- *CAER EN MARTE*, **Geoffrey A. Landis**, Solaris 21
- *CAMINO DE DRAGÓN*, **George R.R. Martín**, Gigamesh



- *COMO LAS QUE SOLÍAMOS CONOCER*, **Connie Willis**, Asimov Ciencia Ficción 15
- *EL INFIERNO ES LA AUSENCIA DE DIOS*, **Ted Chiang**, Gigamesh 36

MEJOR SITIO WEB:

- *BEM On Line* (www.bemonline.com), Grupo Interface Editor
- *Bibliópolis. Crítica en la red* (www.bibliopolis.org), **Luis G. Prado**
- *NGC 3660* (www.ccapitalia.net/ngc), **Pilar Barba**
- *Sitio de Ciencia Ficción* (www.ciencia-ficcion.com), **Francisco José Suñer Iglesias**
- *Stardust* (www.stardustcf.com), **Javier Romero Aranda**

Un saludo afectuoso,

Ángel Carralero
Vocal de la AEFCT (Asociación Española de
Fantasía Ciencia Ficción y Terror)

[Fuente: Ángel Carralero]

CONVOCATORIAS ALFA ERIDIANI

A

Alfa Eridiani (<http://www.alfaeridiani.com>) se complace en convocar sendos especiales.

El primero de ellos es un *Especial Ucronías*, aquella rama de la ciencia-ficción que se dedica a presentar historias alternas de nuestro pasado. En los relatos que se presenten se deberá explicar porque se produce la ucronía, factor que implica una intervención desde el futuro al estilo de *TIMELINE*. Los relatos que se escriban para este Especial deberán escribirse a: sergiobayona@yahoo.com.ar

La fecha límite de entrega será el veinte de septiembre de 2005.

El segundo especial es un *Especial relatos domésticos de ciencia ficción*. Los relatos que se envíen a este Especial deben versar sobre aplicaciones prácticas de la ciencia y la tecnología en la vida cotidiana de avances que hoy parecen impensables pero destinados a cambiar nuestros usos y costumbres. Fuera de la ciencia-ficción podemos encontrar ejemplos en las microondas de los radares que se aplicaron primero en medicina y luego revolucionaron la cocina con los microondas. ¿Qué me dicen de los pañales que llevan los niños de hoy en día?



En origen fueron usados por los astronautas para recoger sus desechos de una forma cómoda.

Dentro de la ciencia-ficción, se nos muestran casos puntuales de platos que se cocinan, polvos o cremas afeitan en segundos, trajes que no necesitan limpieza, ...

Desde esta revista queremos invitar a los escritores de cf a que imaginen un futuro en el que existan estas aplicaciones prácticas y como afectaran a nuestras costumbres. Lo que buscamos es un argumento del estilo:

... Si nos atenemos a la ciencia ficción, podemos especular y pensar que quizás algún día, una mujer primorosa y elegante, entre a un sofisticado establecimiento sin vitrinas, más parecido a un consultorio médico que a un almacén de calzado, en donde un especialista tome con delicadeza sus pies, los introduzca en un reducido cubículo y luego con su computador u ordenador tome todas las medidas correspondientes, en las tres dimensiones conocidas. Más tarde con el modelo virtual, recreará las posibilidades en cuanto a material, diseño, color, tacones y demás accesorios a gusto de la cliente. Cuando al término de los minutos o las horas, la señora esté por fin decidida y otorgue su visto bueno, el operario ingeniero oprimirá un botón verde, accionando una inmensa máquina que mezclará sustancias, texturas, cortará y pegará, para que al final mediante un sonido agudo como un pito, o una voz electrónica pregrabada, anuncie que los zapatos están listos.

© Dixon Moya
Reproducido con permiso del autor

La fecha límite de entrega será el 20 de Noviembre de 2005.

[Fuente: Los Editores]